HARLEQUIN

BIANCA



# Amor despiadado

# Argumento

Cuando Lisa Hayward llegó a Manhattan esperaba que la recibiese su hermano y no un hombre de negocios con un sugerente acento sureño e intención de seducirla.

-Mis amigos me llaman Thorn -le había dicho él.

Pero cuando Lisa le preguntó como le llamaban sus enemigos él había respondido:

-Despiadado.

Sin embargo, el potente magnetismo de Thornton Landers funcionó y en cuestón de días ella había accedico a casarse con él. Pero descubrió más tarde que había un disniestro motivo para aquella proposición; la venganza.

# Capítulo 1

CON UN nerviosismo mezclado con un miedo casi premonitorio Lisa paseó la mirada por la abarrotada sala de llegadas internacionales del aeropuerto de Nueva York.

Sólo tenía unas cuantas fotos de Mark cuando era niño y reconocerlo a partir de ellas iba a resultar tarea difícil. El también la estaría buscando a ella, pero él ni siquiera tenía fotos y le iba a costar aún más.

Quizá debieran haber acordado llevar una nariz de payaso o un globo en la mano, pensó con su habitual sentido del humor.

Entonces vio entre la gente a un hombre moreno con las facciones marcadas. Llevaba un traje y tenía el físico de un atleta: los hombros anchos y las caderas estrechas. Observaba a la multitud como si buscase a alguien.

Ella no recordaba ninguna imagen de Mark y las fotografías tampoco eran de mucha ayuda, pero estaba segura de que Mark tenía que ser más rubio que aquel hombre.

Mientras seguía observándolo, él fijó la mira

da en Lisa, que se sintió atraída hacia él de- repente, como si hubiera entrado en un campo magnético.

Otro carro chocó con el suyo y distrajo su atención.

-Lo siento -se disculpó inmediatamente una voz con un acento tan inglés como el de ella-. No consigo controlar este condenado cacharro. Tiende a irse hacia un lado -añadió el rubio y agradable joven.

Lisa rió.

-Ya sé de qué hablas. El mío también se escora a babor.

Él le dedicó una traviesa sonrisa.

-Bueno, es una manera de conocer gente -dijo mientras sus ojos recorrían con admiración la esbelta figura de Lisa-. ¿Podemos compartir el taxi o esperas a alguien?

-Alguien tiene que venir a recogerme.

-Ese alguien tiene suerte -contestó él mientras enderezaba finalmente el carro y le sonrió antes de alejarse.

Casi todo el mundo le sonreía a Lisa. Incluso los más malhumorados. Era como si sus luminosos ojos color avellana y su expresión de alegría le levantase el ánimo a la gente.

-¿Lisa Hayward? -dijo una fascinante voz grave y con un leve acento.

Se volvió y vio allí al atlético hombre que un momento antes le había llamado la atención. Era mucho más alto que ella y, de cerca, mucho más impresionante y atractivo.

Tenía el negro pelo peinado hacia atrás y, de no ser por ello, seguro que se le harían rizos. Los ojos, adornados por unas espesas pestañas, eran verdes. De un verde oscuro e intenso con un ribete aún más oscuro bordeando el iris.

Al mirar a aquellos ojos se quedó sin respiración.

-¿Mark? -preguntó con una extraña sensación en la boca del estómago.

Aquel hombre debía de tener treinta y pocos años, la edad de Mark, pero por alguna razón no quería que fuese su hermano.

Él la miró. Estudió su cara, el hoyo de la barbilla y la perfecta piel, la delicada nariz, la boca grande, los brillantes ojos y la cascada de rizos castaños antes de responder:

-Me temo que no. Pero he venido a buscarte.

-Ah...

El alivio y una inexplicable y repentina alegría pusieron una radiante sonrisa en su cara.

Se estaba preguntando cómo la habría reconocido tan fácilmente, ¿quizá se parecían ella y Mark?, cuando él le tendió una mano morena y sólida.

-Yo soy Thornton Landers.

Aquel nombre le resultaba conocido aunque no sabría decir por qué. Hubo una pausa de décimas de segundo, como si él esperase que ella reconociese el nombre, y entonces añadió:

-Mis amigos me llaman Thorn -y sonrió con un encanto tan devastador que ella casi cayó de espaldas.

Se quedó estrechándole la mano y mirando aquella impresionante cara morena hasta que se dio cuenta de que debía de parecer una niñita intimidada. Retiró la mano y le preguntó:

-¿Y tus enemigos cómo te llaman?

-Despiadado.

Lo dijo en un tono desenfadado, pero Lisa sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Seguro que era verdad, pensó. Bajo aquel encanto sentía que habitaba una frialdad, una implacabilidad que lo hacían temible.

Lisa sintió otro escalofrío.

Como si hubiera notado su reacción, él añadió en un tono amable:

-Pero estoy seguro de que vamos a ser amigos -tomó el rebelde carro y preguntó alzando las cejas-. ¿Nos vamos?

Fuera, el polvoriento aire olía al humo de los motores, a metal caliente y alquitrán, pero era una tarde de junio cálida y el cielo tenía un azul pálido e inocente.

En casa debían de ser más de las doce de la noche, pensó Lisa con

asombro.

Estaba sentada junto a él en el interior de su elegante Mercedes plateado y ya habían dejado el ordenado caos del aeropuerto atrás cuando él le preguntó:

-¿Qué tal vuelo has tenido?

-El hombre que estabaa sentado a mi lado ha dicho que aburrido, pero yo me he divertido. Aunque no veo la televisión, si puedo evitarlo, me han hecho mucha gracia las pantallitas de los respaldos de los asientos, y las bandejas de plástico de la comida.

La boca de él se curvó.

Ella se avergonzó un poco. Debía de pensar que era muy ingenua y tontorrona.

-Ha sido la primera vez que he volado -dijo enfadándose consigo misma por ponerse a la defensiva-. 0, al menos, la primera con uso de razón.

-¿Naciste en Estados Unidos, no?

-Sí, eso es... Pero sólo tenía tres años cuando mi madre me llevó a Inglaterra.

Y desde entonces había llevado una vida muy normal y tranquila en la que los libros y los sueños habían sido la única vía de escape.

Y hubiera seguido siendo una vida normal y tranquila si Mark no se hubiese puesto en contacto con ella de repente. La carta que llegó iba dirigida a su madre y le comunicaba que su padre había muerto de un ataque al corazón.

Lisa le había contestado dándole la triste noticia de la muerte de su madre y a los pocos días había recibido otra carta dándole el pésame.

Siempre me arrepentiré de no haberme puesto en contacto con vosotras en todos estos años. Ahora ya es demasiado tarde...

Supongo que tú no me recuerdas. Yo te recuerdo como una niñita con el pelo rizado que se agarraba a mi dedo cuando empezaba a caminar y que se sentaba en mis rodillas y se quedaba dormida...

Pero eso, fue hace mucho tiempo. Escríbeme y cuéntame a qué te dedicas ahora. ¿Te has quedado sola tras la muerte de nuestra madre?

Tras descubrir en qué circunstancias se encontraba Lisa había vuelto a escribirla sugiriendo que se mudase a Nueva York.

Tal y como están las cosas lo mínimo que puedo hacer es buscarte un trabajo y una casa. Si no te gusta la vida aquí siempre podrás volver a Inglaterra y no habrás perdido nada.

Lisa, sin más familia en el mundo y con el dolor acosando aún su animoso corazón, no tardó en aceptar la oportunidad de reunirse con aquel hermano al que casi no conocía.

Mientras el coche cruzaba el residencial barrio de Queens en

dirección a Manhattan, el sol se ponía ante ellos y teñía de dorado'los árboles y las casas.

Pero Lisa casi no veía lo que había a su alrededor. Seguía inmersa en sus pensamientos hasta que a su mente volvió una pregunta que le hizo mostrar su curiosidad:

-¿Mark y yo nos parecemos?

Él le lanzó una breve mirada desde el asiento del conductor.

-No, en absoluto.

-¿Entonces cómo es que me has encontrado tan rápido? Había mucha gente y bastantes mujeres solas.

Él pareció quedarse desconcertado durante una décima de segundo, como si aquella pregunta le hubiese descubierto. Entonces respondió con despreocupación:

-Era obvio que ibas buscando a alguien y he pensado que podías ser tú.

Ella adoptó un gesto serio. Había algo extraño en su respuesta.

Alejó de su mente la absurda sospecha de que no le decía la verdad. ¿Por qué iba a mentir?

-¿Eres amigo de Mark, no? -le preguntó a continuación en un tono desenfadado.

-Más bien un compañero de trabajo -le respondió él con frialdad.

-Trabajas para él, entonces.

-En este momento es él quien trabaja para mí --afirmó él en un tono neutral.

-Ah...

Lisa había creído entender que, tras la muerte de su padre, su hermano era el dueño de Electrónica CMH.

Entonces, como si se arrepintiese de su brusquedad, aquel hombre le ofreció una explicación.

-La corporación Landers ha comprado su empresa.

Ella reconoció al fin su nombre: era Thornton Landers, el gran jefe, el niño prodigio de los negocios que a los treinta años ya se había hecho multimillonario por sus propios méritos, además de haber heredado los negocios de su padre.

Las revistas se lamentaban de que apenas se supiese nada de su vida privada, que defendía con empeño y constituía un enigma en un mundo en el que las relaciones públicas eran parte del juego. Lo único que la prensa daba por seguro y repetía con frecuencia era que se trataba de un hombre de negocios duro y obstinado.

Aquello sorprendió desagradablemente a Lisa. Con razón había esperado que ella reconociese el nombre.

Considerando la gravedad de su torpeza se disculpó un tanto

incómoda:

-Lo siento. No sabía que les hubieseis absorbido.

-No te preocupes -le dijo con algo de sarcasmo-. No eres la única que no lo sabe: aún no es del dominio público.

En aquellas palabras resonó un eco de amargo triunfo que ella no pudo comprender. Sin embargo lo que de verdad no comprendía era por qué un hombre como Thornton Landers iba a buscarla a ella.

Estuvo a punto de preguntarlo abiertamente pero se lo pensó mejor y atacó indirectamente.

-Es muy amable por su parte el venir a buscarme, señor Landers.

-Es un placer -dijo él volviendo la cabeza para sonreírle-. Y si vamos a ser amigos prefiero que me llames Thorn.

Lisa se sintió arrastrada por una marea de atracción hacia él y tardó un momento en reponerse y atacar de nuevo.

-Yo creía, bueno, Mark creía... que podría venir él mismo a recibirme.

La pregunta flotaba en el ambiente y Thorn la respondió.

-Ha habido un cambio de planes de última hora y le ha sido imposible. Ha surgido un problema y ha tenido que salir para Hong Kong esta misma mañana.

-¿Hong Kong? -repitió ella-. ¿Quieres decir que no está en Nueva York?

Entonces, meneando la cabeza, añadió:

-No, no hace falta que contestes. Si está en Hong Kong es evidente que no está en Nueva York. Debes de estar pensando que soy muy tonta, pero es que no esperaba que estuviese fuera y estoy...

«Sola de repente, y me siento abandonada y un poco preocupada», pensó ella sin decirlo.

-¿Algo cansada y aturdida? -sugirió él ante el silencio de ella-. Y, por supuesto, decepcionada de que esté yo aquí en vez de tu hermano.

No, no estaba decepcionada. Confusa sí, y sorprendida de saber quién era él. Pero aquella atracción había sido tan fuerte que, aunque sabía que no llevaría a nada, no se sentía exactamente decepcionada.

Haciendo un esfuerzo le planteó al fin la pregunta que le rondaba por la cabeza hacía un rato.

-¿Por qué has venido tú?

Él la miró de medio lado.

-Creía que había quedado claro que he venido a buscarte.

De improviso se estaba burlando de ella y los ojos le brillaban.

A ella le dio un vuelco el corazón y se le empezó a agitar como un pez en la red.

-Lo que quiero decir es por qué tú precisamente e intentando

ocultar el efecto que él provocaba en ella añadió en un estudiado tono burlón-. No debe de ser muy normal que el gran Thornton Landers les haga los recados a sus empleados.

Se hizo un breve y tenso silencio.

Quizá, como la mayoría de los machistas, no tenía sentido del humor. ¿0 habría pensado que estaba siendo deliberadamente grosera?

Estaba a punto de disculparse cuando él rompió a reír. Fue una risa agradable y contagiosa.

-Tendré que acordarme de darte unos azotes por decirme eso, cuando nos conozcamos mejor.

-No tengo de qué preocuparme, ya que no está escrito que eso vaya a pasar -consiguió decir ella.

-¿Qué es lo que no está escrito?

-Que nos vayamos a conocer mejor. Sus oscuras cejas se alzaron levemente. -¿Por qué lo dices?

-Bueno, una vez que me hayas dejado en el apar tamento de Mark...

-Su apartamento está vacío y él no volverá en tres semanas o sea que no te voy a dejar allí.

-¿Entonces me vas a llevar a un hotel? -le dijo ella pensando en los escasos dólares que llevaba en el monedero.

Al tiempo que detenía el coche ante un semáforo en rojo, él le contestó con suavidad:

-No, lo he organizado todo para que te quedes en mi casa.

Ella estaba intentando tragar saliva para aclararse la garganta cuando él la miró y añadió:

-Así podré vigilarte.

Era como si hablase con una niña.

A ella le dolió y, olvidándose de su anterior sentimiento de desamparo, le contestó indignada:

-No necesito que me vigile nadie. Soy una mujer adulta.

La mirada de Thorn bajó entonces hasta la curva de sus senos y permaneció fija allí unos instantes.

Ella se estremeció. Era una sensación tan erótica como si se hubiese acercado y le hubiese, desabrochado los botones.

Con una chispa de luz en los ojos, él comentó:

-Eso no se puede negar -y al ver que se sonrojaba continuó-, pero en lo que a Nueva York concierne eres como un inocente bebé y yo me siento responsable de tu seguridad.

Ella contraatacó en un tono que intentaba ser mordaz.

-Me parece muy noble por tu parte pero no alcanzo a comprender

por qué te sientes responsable.

El semáforo se puso en verde y ya habían recorrido más de media manzana cuando él admitió por fin:

-Tu hermano ha tenido que dejar Nueva York por culpa mía y ahora no está él para cuidar de ti.

De repente se dio cuenta de que, si sabía poco de aquel hombre como figura pública, menos sabía de su vida privada. Cayó en la cuenta, con una extraña sensación de disgusto, de que podía estar casado y tener hijos.

-¿Estás casado? -dijo sin pensárselo dos veces.

-¿Eso es una proposición?

-¡Claro que no! Simplemente... -entonces se quedó callada al comprender que se burlaba de ella.

-¿Querías asegurarte? -sugirió él.

Lisa vio la sonrisa que apareció en su cara y supo que él quería decir asegurarse de que no lo estaba.

¿Habría notado el efecto que le causaba? ¿0 es que pensaba que todas las mujeres querían cazarlo? Probablemente ambas cosas, pensó ella con desánimo.

-Bueno, no me vendría mal -contestó Lisa con cautela-. Al fin y al cabo no se nada de ti -dijo preparando cl alfiler para deshincharle el orgullo al verlo sonreír-. No puedes censurarme el que estés felizmente casado.

-Me temo que no tengo más remedio que aplastar tus esperanzas. No tengo ni mujer, ni niños -y añadió malévolamente-, ni amante ninguna en este momento. Estoy solo.

-¡Ya!

Lisa tuvo una absurda sensación de satisfacción, como si le hubiesen regalado algo.

-O sea que tendrás que fiarte de mí. ¿Te preocupa?

-¿Debería preocuparme?

-Puede que sí. Como bien has dicho, no sabes nada de mí. Sólo tienes mi palabra de que las cosas han sido como te las he contado y de que soy quien digo que soy. Podría incluso ser uno de los malos y estar raptándote en este momento.

Aunque lo había dicho en un tono jocoso hubo algo en su voz que hizo estremecerse a Lisa.

Claro que él lo hacía adrede con el fin de aturdirla y ganar ventaja. l

Ella le respondió con calma.

-Podría ser. Pero no tengo dinero, ni buenos contactos, y no sé de qué te iba a servir.

-Eres una mujer adulta -comentó él en tono de burla.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿Quieres decir que para mañana por la mañana podría estar en Buenos Aires?

-Estaba pensando más bien en mi cama.

-¿De verdad? -trató de parecer mundana y divertida ante aquella broma pero la simple idea de estar en la

cama con él hizo que le temblase la voz-. ¿Y esa es tu idea de la protección?

-Si lo que quieres es protegerte de mí no tienes más que acudir a mi ama de llaves.

Aquello sonó tan inglés que Lisa no pudo evitar sorprenderse.

-¿Tienes un ama de llaves?

-La señora Kirk. Es la decencia en persona. Hija de un predicador escocés, hace tiempo esposa de un párroco y ahora una respetable viuda.

Súbitamente rompió a reír. -¿Crees que te engaño otra vez? -Se me ha pasado por la cabeza.

-Pues no. Es todo verdad. Cuando la contraté, al principio, me daba hasta miedo. Para serte sincero, aún me lo da.

Lisa dejó escapar una risita.

-Gobierna el apartamente con mano de acero.

-¿Dónde está tu apartamento? -le preguntó ella volviendo a las cuestiones prácticas.

-En la Quinta Avenida, frente a Central Park -respondió él como si nada.

¿Y dónde si no?, pensó ella. El de Mark también estaba en el centro pero en una zona menos prestigiosa.

Mientras hablaban habían recorrido el túnel que unía Queens con Manhattan por debajo del río y ahora avanzaban por los cañones de acero, cemento y cristal del centro. El sol ya se había puesto y el cielo estaba de un azul índigo que contrastaba con las miles de luces de colores y parecía envolver la ciudad con su manto.

En cualquier otro momento, Lisa hubiera estado completamente cautivada por el panorama pero ahora sólo concedía a los rascacielos y el abundante tráfico una parte de su atención. La otra parte la absorbían su acompañante y la situación en que se encontraba.

Thornton Landers era enigmático en más de un aspecto. Al enterarse de quien era él, ella había esperado una personalidad arrogante y orgullosa, sin sentido del humor. Pero, aunque sí había algo de arrogancia en la manera en que levantaba la cabeza, también era encantador, inteligente y atractivo.

El poder y el dinero podían darle a un hombre un momentáneo atractivo pero no había nada superficial en el magnetismo que de él emanaba.

Y era amable. Bajo su apariencia burlona parecía estar genuinamente preocupado por ella. ¿Por qué, si no, se iba a molestar en ir a buscarla y llevarla a su apartamento? Y a pesar de todo, Lisa notaba ciertas vibraciones que la incomodaban, algo que no llegaba a comprender...

-Esta es la Quinta Avenida -dijo él interrumpiendo sus pensamientos.

Ella miró por la ventanilla del coche para ver la famosa calle y contempló las galerías y los museos entre tiendas muy conocidas y edificios de apartamentos de lujo.

Al llegar a la altura del edificio Fitzgerald, el Mercedes giró y entró en una calle privada hasta llegar a una barrera que se alzó para dejarlos acceder al aparcamiento subterráneo.

Aparcó el coche en una plaza reservada y después rodeó el coche para ayudarla a salir. Muy cerca estaban los ascensores y la cabina del guardia de seguridad.

Un hombre robusto de uniforme apareció y dijo con una voz arenosa:

-Buenas tardes, señor Landers.

-Buenas tardes, Joe. Esta es la señorita Hayward, que va a ser mi invitada durante unas semanas. ~

Lisa le dedicó una sincera sonrisa a Joe.

-Buenas, señorita -le contestó él con una sonrisa de aprobación.

«Es guapa», pensó el hombre. «Y parece que brilla el sol cuando sonríe. Y no mira por encima del hombro, ~ como otras».

Thorn le lanzó las llaves y añadió:

-Haz que Pete nos suba el equipaje, por favor.

-Claro.

Thorn guió a Lisa por la cintura hasta el ascensor. Todo el cuerpo de ella temblaba y lo sentía tan cerca que el corazón se le lanzó al galope.

-Joe me recuerda a William Bendix -comentó con la voz algo entrecortada mientras subían hacia el último piso.

Thorn la miró divertido y contestó:

-A mí también. Pero me sorprende incluso que hayas oído hablar de William Bendix.

-A la señora Bartholomew, la anciana que ayudaba a cuidar, le gustaban las películas antiguas -explicó Lisa.

El vestíbulo era de mármol pálido, con estatuas clásicas y un

candelabro de cristal. También había un tramo de escaleras de mármol que bajaban al piso de abajo.

Frente a la escalera había una puerta blanca y dorada que se abrió, obediente, ante la llave electrónica de Thorn. Ella trató de que todo aquello no la impresionase mucho y se dejó guiar a través del espacioso recibidor hasta el salón.

Era amplio y hermoso, y la decoración se basaba en el blanco con toques de color aquí y allá. Estaba amueblado de modo simple y cómodo y tenía pocos muebles modernos. Era el hogar de un hombre al que le gustaba que no le complicasen la vida.

Entonces hizo su entrada una mujer de apariencia severa, con el pelo corto y gris y unas gafas de montura de metal. Iba incongruentemente vestida con una camiseta, unos pantalones verdes y morados y unas zapatillas de deporte.

-Ah, señora Kirk... -dijo Thorn mientras Lisa trataba por todos los medios de no reírse.

La voz de Thorn también había parecido temblar de risa pero cuando se volvió para presentarlas tenía la expresión completamente seria.

-Cómo está usted... -murmuró Lisa educadamente.

Los oscuros ojos de pájaro de la anciana la observaron sin sonreír.

Lisa, que se sintió incómoda, añadió entonces como disculpándose:

-Me temo que mi presencia le va a dar bastante trabajo extra.

Como si hubiera pasado la prueba, la cara de la mujer se relajó y exclamó:

-¡Bah, eso no importa! -entonces, con una mirada de complicidad, añadió-. Me apuesto lo que sea a que este hombre te ha dicho que soy un dragón.

Lisa prefirió ser diplomática y respondió:

-Me ha dicho que es usted la decencia en persona.

-¿De verdad? -dijo mirando a Thorn con desconfianza-. Bueno, me voy a la cama. Ya he dejado algo de cena para la nena.

A1 tiempo que ésta se alejaba hacia sus habitaciones, Lisa, más tranquila, le preguntó a Thorn:

-¿Lleva mucho tiempo contigo?

-Desde que murió su marido, hace diez años. Lleva más de quince en Estados Unidos.

-Todavía tiene un acento escocés muy fuerte...

Un timbre que anunciaba la llegada del equipaje interrumpió las palabras de Lisa.

Tras explicarle a Pete, un joven pelirrojo, dónde debía dejar las maletas y darle una propina antes de marcharse, Thorn llevó a Lisa a

la cocina.

Era una cocina espaciosa, de diseño, alicatada en azul marino y blanco con una mostrador curvado y un banco junto a él. En el ambiente flotaba un delicioso olor a café y el «algo de cena» de la señora Kirk hubiese bastado para todo un regimiento.

Al ver la comida, Lisa confesó:

-Tengo sed, pero nada de hambre.

-¿Demasiadas bandejas de plástico? -sugirió Thorn en tono jovial.

Ella asintió riendo.

-Puede ser.

-Aunque es más probable que sea debido a la diferencia horaria. A menos que estés acostumbrada a estar de fiesta hasta las tres de la mañana...

Ella negó con la cabeza. Aparte de cuidar a la señora Bartholomew lo único que había hecho en su vida a esas horas era dormir. Alguna fiesta de vez en cuando no le hubiera venido mal, pensó con tristeza.

-Me siento culpable al desaprovechar tanta comida -dijo entonces.

-No tienes por qué. No se va a desperdiciar. Mañana a primera hora la señora Kirk se la llevará a un comedor de caridad, para que la aprovechen los desamparados.

Ahora dime, ¿qué quieres beber? Algo frío, un zumo de fruta o una limonada... El café no te va a dejar dormir.

El que le ofreciese una limonada la hizo sentirse tratada como una niña y además estaba tan cansada que ni una orquesta tocando a todo volumen le impediría dormir.

-Prefiero un café -le dijo desafiantemente.

Thorn se encogió de hombros y sirvió el humeante café en dos tazas rústicas que resultaban tan absurdas en aquella cocina de diseño como las zapatillas de deporte de la señora Kirk en el lujoso salón.

Al acercarle a Lisa su taza sus dedos se rozaron. Ella dio un salto como si hubiera recibido una corriente eléctrica. Los ojos verdes y burlones de él se clavaron en los de ella.

-¿Está caliente, no?

-Sí.

Se sentó en el banco y se arrepintió inmediatamente: si él se sentaba al lado estaría atrapada.

Pero él no hizo ningún movimiento para acercarse a ella aunque no dejaba de observarla.

Tras un instante, él rompió el silencio para preguntarle con delicadeza:

-¿Cuántos años tienes, Lisa? ¿Dieciocho o diecinueve?

Ella tenía una profunda sensación de irritación cuando él la trataba

como una niña, aunque sabía que aquello la protegería en cierto modo.

-Casi veintiuno -replicó levantando la cabeza-. ¿Y tú?

-Casi treinta y tres -dijo él con un brillo de risa en aquellos extraordinarios ojos.

-¡Qué viejo! -se burló ella-. Pero, aun así, no consigo verte como una figura paternal.

-Ni quiero que lo hagas --le informó él en un sedoso tono-. Lo último que quiero ser para ti es un padre.

Al ver en sus ojos la mirada del depredador, el nerviosismo y la alarma se mezclaron en el corazón de Lisa y un escalofrío le recorrió la piel.

Él lo percibió y su expresión cambió. Ahora su cara reflejaba un cordial interés.

-Me has dicho que saliste de Estados Unidos cuando tenías tres años.

-Sí. Cuando el matrimonio de mis padres se rompió mi madre me llevó de vuelta a Inglaterra.

-¿Era inglesa?

Lisa asintió con la cabeza.

-Nació y se crió en Sussex y sentía que sus raíces estaban allí. Aunque para entonces mis abuelos ya habían muerto.

-¿Por qué no se llevó a Mark?

-Quiso hacerlo, pero mi padre sólo accedió a divorciarse con la condición de quedarse con su hijo. Al principio ella se negó pero luego decidieron preguntárselo a Mark, que ya tenía catorce años. Y él prefirió quedarse con su padre.

-¿Fue un divorcio amistoso?

-No, fue muy amargo. Mamá hizo todo lo posible por mantenerse en contacto con Mark pero, aunque le escribió a menudo, jamás recibió respuesta alguna. Más tarde descubrí que habían destruido todas sus cartas antes de abrirlas... -la voz le tembló y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Apartó la vista de él, tratando de no parpadear.

-¿Tu madre y tú estabais muy unidas?

-Mucho.

Como si quisiera darle tiempo para recuperarse, Thorn se acercó para rellenarle la taza e hizo lo propio con la suya antes de decir:

-Sigue.

Ella tragó saliva y lo obedeció.

-Tuve noticias de Mark tras la muerte de nuestro padre. Por una extraña casualidad nuestros padres murieron los dos en el plazo de

pocas semanas. Papá de un ataque al corazón y mamá en un accidente de tráfico.

Las oscuras cejas de Thorn se unieron en un gesto de asombro.

-Y tras dieciocho años sin importarle nada, ¿qué lo llevó a ponerse en contacto contigo?

-¡Es que sí le importábamos! -la alegría asomó al expresivo rostro de Lisa-. Me ha dicho que siempre se sintió culpable por no haber mantenido la relación, pero que no había querido oponerse a papá.

Con un toque de crueldad, Thorn preguntó entonces.

-Si su padre tenía tanta influencia sobre él que se convirtió prácticamente en un desconocido para vosotras, ¿por qué quería ahora que vinieses aquí?

Ella le respondió con cierta torpeza.

-La verdad es que no estoy segura, pero creo que le hacía sentirse mal el que papá no me hubiera dejado nada en el testamento. Aunque yo no esperaba que lo hiciese. Mark me preguntó en qué condiciones estaba...

_¿y?

-Y yo se lo expliqué.

-Dime.

Ella satisfizo su curiosidad un poco a regañadientes.

-No tenía ni casa ni trabajo.

-¿Cómo puede ser eso?

-Cuando mamá y yo volvimos a Inglaterra encontró trabajo cuidando a una señora a la que no le importaba tener también una niña viviendo en la casa. Al ir creciendo me fui ocupando de ayudar a mamá, ya que la señora Bartholomew cada vez estaba más impedida. Thorn la observaba de cerca con el gesto congelado, ocultando sus pensamientos.

-Poco después de la muerte de mamá la anciana tuvo un ataque al corazón y su familia decidió internarla en una residencia y poner la casa en venta.

-Y cuando Mark se enteró de tus circunstancias te pidió que vinieses aquí.

-Eso es.

-¿Y tú accediste?

Lisa percibió la censura en su voz y aquello la hizo reaccionar.

-No buscaba que alguien me solucionase la vida. Él se ofreció a buscarme un trabajo y una casa, y eso es todo. Además, nada me retenía en Inglaterra.

Sintiendo que su vida había entrado en vía muerta, Lisa había agarrado al vuelo la oportunidad de empezar de nuevo.

Los verdes ojos de Thorn parecían ahora más sombríos.

-¿No tenías novio?

Había tenido varios, pero ninguno especial hasta que llegó lan. Con él había estado tranquila y feliz y había esperado compartir el futuro junto a él hasta que la dejó por una rubia muy sexy llamada Janine.

-Nadie a quien no pudiera dejar atrás -respondió con calma.

-¿Ni familia ni amigos?

-Sí, un par de amigos. Pero Mark es el único familiar cercano que tengo en el mundo.

Y ni siquiera había ido a recibirla.

Thorn había admitido que fue culpa suya pero, de todas maneras, podía haberla dejado al menos unas líneas escritas para darle la bienvenida...

-¿No ha dejado ni una nota para mí?

-¿Un nota? ¿Por qué? ¿Es que esperabas que lo hiciera?

-No es que lo esperara pero...

-Por lo que yo sé no ha dejado nada. Debe de habérsele pasado con las prisas de última hora.

Una vez más Lisa tuvo la rara impresión de que Thorn mentía, de que le ocultaba algo.

Pero estaba claro que aquellas extravagantes ideas eran tonterías suyas, producto del cansancio por el vuelo y el cambio de horario.

## Capítulo 2

MIENTRAS contemplaba la expresiva cara de Lisa, Thorn le preguntó rápidamente: -¿Quieres más café? Ella negó con la cabeza.

-¿Entonces quieres irte directa a la cama o prefieres ver el resto del ático?

Lisa se sintió de improviso más animada, quizá a causa del café.

-Me gustaría ver el resto.

Además de las habitaciones de la señora Kirk y lo que ya había visto, había tres plácidos y lujosos dormitorios con cuarto de baño propio, un enorme comedor, una oficina cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías con libros y un muy bien equipado gimnasio.

-¿No tienes piscina? -bromeó ella.

-Hay una abajo. Nado todos los días antes del desayuno.

Con razón parecía estar tan en forma, pensó Lisa.

Tanto en el salón como en la cocina una de las paredes estaba compuesta de paneles de cristal ahumado que se descorrían para dar acceso a una gran terraza con jardín.

El aire de la noche era fresco y, a pesar del humo del tráfico, parecía puro. En el jardín había enormes jardineras con flores y frondosos árboles y muy cerca se escuchaba también el rumor del agua en una fuente.

-¿Te gusta?

Lisa alzó una resplandeciente cara hacia su acompañante y dijo con sinceridad:

-Es exquisito.

-Como tú -repuso él como si de verdad lo pensase.

Aunque ella sabía muy bien que no era así le emocionó aquel cumplido. Con el corazón latiendo a toda velocidad se acercó a la balaustrada para ver la ciudad a sus pies.

Thorn la siguió y se detuvo a su lado, tan cerca que podía sentir la tibieza de su cuerpo y el débil aroma de su colonia. Tras uno o dos segundos, ella notó, nerviosa, que él no miraba el panorama sino a ella.

La vista de Central Park y Manhattan iluminado era impresionante, pero Lisa estaba como ciega ante aquella magia y era consciente sólo de aquella presencia a su lado.

Su voluntad, mucho más fuerte que la de ella, parecía centrarse en atraer la mirada de Lisa. Durante un instante ella se resistió con la extraña sensación de que si lo miraba estaría perdida.

-Lisa -dijo él suavemente.

Como si no pudiera evitarlo giró la cabeza y quedó atrapada por el

hechizo de aquella cara morena y aquellos irónicos ojos verdes que emanaban magnetismo.

Él sonrió. Fue una breve sonrisa de satisfacción.

-Ya debes de estar lista para dormir, ¿no? -preguntó entonces.

Aquellas simples palabras rompieron el hechizo.

-Sí... -respondió ella apartando la vista.

-Pues ven.

La guió de vuelta al interior y hasta el dormitorio blanco y verde en que habían dejado su equipaje. Una vez ante la puerta, él le tendió la mano. A ella le sorprendió aquel gesto tan formal y se la estrechó. Entonces, calculadoramente, tiró de la mano de Lisa para acercarla y abrazarla.

Con un sólo dedo le levantó la cara y le cubrió la boca con la suya. Aunque fue un beso tentativo no hubo nada de inocente en él y aquel breve pero seguro contacto hizo que el mundo se pusiera cabeza abajo.

Un instante después, asombrada y sin aliento, quedó libre.

Él susurró tiernamente:

-Buenas noche, Lisa.

Y dicho esto desapareció.

Ella entró y, como en un sueño, sacó del equipaje el pijama y los productos de higiene que necesitaba y se preparó para acostarse en el suntuoso cuarto de baño. La imagen que le devolvía el espejo tenía las mejillas sonrosadas y los ojos color avellana parecían los de alguien embriagado.

Hasta ahora otros abrazos sólo le habían provocado una agradable sensación. ¿Cómo era posible que el simple roce de los labios de Thorn la hubiesen hecho sentirse como si hubiese saltado desde un avión sin paracaídas?

Tras meterse en la amplia y mullida cama, Lisa apagó la luz y se acomodó. Creía que se quedaría dormida inmediatamente pero se encontró con que montones de preguntas e ideas le revoloteaban dentro de la cabeza como inquietas polillas.

¿Por qué la había besado Thornton Landers?

Aunque aquel beso la había hecho perder el equilibrio, a la vez había registrado algo que la preocupaba: había sido algo preparado. Como si la hubiese besado para observar su reacción y no porque hubiera sentido la necesidad de hacerlo.

Entonces, si no lo había hecho porque realmente lo deseara, ¿con qué fin había sido?

A un hombre como él no debían de faltarle mujeres a las que besar. Seguro que las mujeres caían rendidas a sus pies dispuestas a aceptar

ser suyas en cualquier circunstancia. Y no sólo porque fuese rico y poderoso: si no hubiese tenido un centavo la reacción hubierá sido la misma. Su impresionante físico y su devastador atractivo sexual, combinados con aquella fachada de cierta arrogancia, eran irresistibles.

Era una combinación que la había embrujado y la idea de pasar tres semanas viviendo con él le creaba una sensación de miedo e ilusión.

Pero no había posibilidad de que llegara a ser algo serio, se dijo Lisa reprimiendo un sentimiento de tristeza. Aunque la atracción que él había ejercido sin querer en ella era potente no podía durar mucho.

¿Sin querer? No estaba tan segura. Puede que fuese deliberadamente. Puede que al verla tan inocente e inmadura hubiese decidido divertirse un poco con ella.

Un loco deseo de arriesgarse por una vez, de jugar con fuego, le dijo que podría ser divertido para los dos. Por poco tiempo.

Cuando aquellas tres semanas pasasen seguramente no volvería a verlo nunca más. Llevarían vidas distintas y se moverían en círculos diferentes.

Aquella idea le resultó curiosamente deprimente.

Hizo lo que pudo por apartarla de su mente y concentrarse en el futuro inmediato y en la promesa de diversión y placer que le traía...

Lisa se despertó despacio y se desperezó. Se frotó los ojos y los abrió al fin para encontrarse con que la luz de la mañana ya entraba por las rendijas de la persiana.

La habitación le resultaba desconocida y por un instante se sintió completamente desorientada. Entonces empezó a recordarlo todo y los recuerdos trajeron consigo una oleada de júbilo.

Por alguna razón, Thorn Landers la había besado y ya nada volvería a ser igual.

Y ahí fuera la esperaban Nueva York y el comienzo de una nueva vida. Gracias a Mark.

Por primera vez desde la muerte de su madre, la

sombra que se había instalado sobre su alma desapareció y en su lugar sintió un impulso impaciente y la alegría de vivir.

Saltó de la cama y abrió un poco las láminas de la persiana. La luz dibujó rayas sobre el verde edredón y la moqueta color marfil. Miró el reloj y se dio cuenta de que era casi la una y media.

No era sorprendente que se levantase tan tarde. El cambio de horario había hecho que pasase varias horas despierta en medio de la noche, hasta volverse a dormir de nuevo cuando amanecía.

Deshizo el equipaje rápida y eficazmente y colgó sus escasas ropas

en los lujosos armarios empotrados con una mirada irónica.

Tras ducharse se puso un vestido abotonado de colores, tan bonito como barato, y se hizo una cola de caballo con los castaños rizos antes de aventurarse a salir. Era viernes y Thorn estaría trabajando.

Para apoyar su conclusión el apartamento parecía desierto. Entonces oyó un débil sonido de música y risas.

Encontró a la señora Kirk en la cocina. Llevaba un chandal color amarillo canario y estaba haciendo masa para pizza mientras veía un concurso en la televisión.

-¡Ya te has levantado, nena! -dijo apagando la televisión-. Sírvete zumo o café mientras te preparo algo de comer. ¿Te apetece pastrami con integral?

-Sí, gracias -repuso ella sin tener ni idea de lo que era pero con ganas de probar cosas nuevas-. Siento haber dormido hasta tan tarde -añadió mientras se servía un zumo de naranja-. No quisiera molestarla.

-¡No importa! El señor Landers me dijo que te dejase dormir.

-¿Está trabajando?

La dama estaba sacando un plato con una carne rosada en finas lonchas de la nevera y tenía una sartén en la mano.

-Ha ido a la oficina a primera hora pero ahora que ya estás levantada lo llamaré.

-No, no le moleste. Puedo arreglármelas sola...

-Son las órdenes que me ha dado -la interrumpió la señora Kirk-. No quiere que andes sola por ahí hasta que te espabiles un poco más.

-Pero eso es ridículo -protestó Lisa sintiéndose encerrada-. ¿Qué me iba a pasar en la Quinta Avenida?

La señora Kirk encogió los huesudos hombros.

-Se siente responsable de ti -le contestó mientras ponía las lonchas de carne fritas entre dos rebanadas de pan moreno-. Aquí tienes.

Lisa le dio un bocado y dejó escapar una exclamación de placer. Ante la cara de satisfacción de la señora Kirk preguntó:

-¿Qué es exactamente el pastrami?

-Carne ahumada con especias. Hay gente que lo come frío pero yo lo prefiero caliente...

Mientras ella daba buena cuenta del sandwich, el ama de llaves desapareció, supuestamente para llamar a Thorn.

Tras terminar su sencillo almuerzo, Lisa se sirvió un café y en aquel instante volvió la señora Kirk. Corrió uno de los paneles de oscuro cristal y señaló hacia afuera:

-Hay una hamaca ahí fuera, por si prefieres tomarte el café al sol.

Ella sonrió como para agradecerle la sugerencia y salió a la terraza.

Hacía mucho calor comparado con la temperatura que el aire acondicionado le daba al apartamento. Mientras se tendía en una hamaca bajo una sombrilla azul y blanca oyó decir al ama de llaves:

-El señor Landers estará en casa dentro de nada...

Puede que Nueva York tuviese la reputación de ser una ciudad violenta, pero había miles de personas que vivían y trabajaban allí sin que les ocurriese nada. ¿Por qué tenía que escoltarla Thornton Landers?, pensó ella mientras observaba la blanca silueta de una nube recortándose ante el cielo azul lapislázuli.

Y sin embargo, la idea de tenerlo cerca no le resultaba desagradable. Aunque su presencia la alteraba en varios aspectos también la excitaba y animaba, le despertaba los sentidos...

Cuando abrió los ojos, Thorn estaba a su lado. Llevaba el nudo de la corbata a medio deshacer y la chaqueta al hombro colgando de un dedo. Allí estaba mirándola, alto, moreno y amenazador. ¿Amenazador? ¿Por qué le habría venido aquella palabra a la mente?

-Debo de haberme quedado dormida -dijo algo aturdida-. Lo último que recuerdo era una nube que cambiaba de forma y se convertía en un conejo...

¡Y ahora deliraba!

Él parecía divertido y asintió:

-Sí, las nubes son algo soporífero.

Se sentó a su lado, cadera con cadera, y le preguntó:

-¿Todavía estás cansada?

-No, no mucho. Debe de ser el calor...

-Si prefieres descansar en vez de salir...

-¡No! -exclamó ella- Me muero de ganas de ver Nueva York.

-¿Alguna zona en particular?

-El Bronx, Staten Island, Brooklyn pero, sobre todo, Manhattan y el parque.

Él se puso en pie riendo y le tendió una sólida y bronceada mano para ayudarla a ponerse en pie.

-Como la única forma de ver Manhattan en condiciones es caminando te sugiero que empecemos ya. Y, si estás de acuerdo, creo que lo mejor es hacer un recorrido general lo primero e investigar ciertas zonas más adelante.

Ella asintió, feliz.

Al ver los zapatos de tacón que llevaba, Thorn añadió: -Te sugiero que te pongas un calzado más cómodo mientras yo me cambio.

Unos minutos después bajaban en el ascensor. Thorn, que parecía aún más alto que el día anterior, se había puesto unos cómodos pantalones y una camisa de cuello abierto. Las mangas, arremangadas,

dejaban ver sus musculosos brazos cubiertos por un fino vello negro. Tenía un aspecto dinámico y peligrosamente atractivo.

Tras echar una ojeada a las sandalias bajas que Lisa se había puesto, Thorn exclamó:

-¡Son perfectas!

-Son lo único que me podía poner -admitió ella-. Casi nunca me compro zapatos bajos: no soy lo bastante alta para llevarlos.

-¿Y eso te preocupa?

-No dejo que me preocupe. Me imagino que soy como me gustaría ser.

-¿Cómo?

-Más alta, con las piernas muy largas y los ojos azules y el pelo rubio -contestó ella rápidamente.

Pero de alguna manera el pensar en Janine ya no le hacía daño.

Thorn tomó uno de sus rizos con un dedo y jugó con él.

-Entonces los rizos son naturales.

-Por desdicha.

Él meneó la cabeza y repuso:

-Yo te prefiero como eres. Rubias de piernas largas las hay a docenas.

Ella supo que probablemente estaba adulándola, pero, aun así, el cumplido le hizo sentirse bien. Más tarde, bajando por la Quinta Avenida, un pensamiento le vino de repente a la cabeza a Lisa.

-¿El apartamento de Mark está lejos de aquí?

-A un kilómetro y medio, más o menos. ¿Por qué lo preguntas?

Aunque había respondido con desenfado, Lisa hubiera jurado que su reacción había sido de cautela.

-Me gustaría ver dónde vive.

-Entonces te lo enseñaré -prometió él-. Pero no hoy. Hoy tengo otros planes: para empezar, un paseo por Central Park.

Para su sorpresa y alegría el paseo fue en uno de los coches de caballos abiertos aparcados ante el Hotel Plaza.

Mientras recorrían el conocido parque, Lisa lo miraba todo con los ojos brillantes.

-Me pregunto si Mark viene aquí alguna vez -dijo pensando en voz alta-. La verdad es que no sé apenas nada sobre él: qué tipo de persona es y qué hace en su tiempo libre... Ni siquiera sé qué aspecto tiene -añadió mirando a su acompañante.

Con la expresión rígida, Thorn respondió a la pregunta tácita:

-Es como yo de alto, fuerte, y tiene el pelo rubio y los ojos castaños. Las mujeres suelen encontrarlo irresistible.

Sus palabras tenían un eco que la sorprendió. ¿Era amargura o

resentimiento lo que su tono indicaba? No podía ser, debía de estar equivocada. Alguien como Thornton Landers no podía tener envidia de nadie.

Pero era evidente que no le tenía un especial cariño a Mark. ¿Quizá fuesen rivales, en más de un aspecto?

Estaba a punto de preguntarle qué relación tenía con Mark cuando, cambiando súbitamente de conversación, él empezó a hablarle del zoo del parque y las otras atracciones.

-Se puede montar a caballo, hay conciertos al aire libre y, en invierno, se puede patinar en el lago...

Tras visitar el parque se dirigieron de nuevo hacia el sur. Se detuvieron un momento ante la torre Trump para contemplar su hermoso atrio de mármol rosa con cascadas de agua y exuberante vegetación.

Al volverse para continuar se encontraron de frente con una llamativa y bien vestida morena cuya joven belleza arruinaban el exceso de maquillaje y una expresión de descontento.

-Thorn, cariño -exclamó-, ¡cuánto me alegro de verte!

La expresión de petulancia había desaparecido para dar paso a otra de apetito sexual tan mal disimulado que hizo sentirse incómoda a Lisa.

-Carole... -le saludó él con una frialdad que hubiese cortado a cualquiera que no hubiera estado tan cautivado.

Tras lanzarle una breve y envidiosa mirada a Lisa, agarró a Thorn por el brazo, casi clavándole las uñas color ciruela en la piel. A continuación lo recriminó por no haberle devuelto las llamadas y casi le arrancó el compromiso de asistir a su fiesta de cumpleaños, que tendría lugar seis semanas más tarde en el Waldorf.

-Lo intentaré. Ahora, si nos disculpas... -contestó Thorn sardónicamente, tomando a Lisa de la cintura.

Ni siquiera había intentado presentar a las dos mujeres y sus prisas por poner fin al encuentro habían rayado en la grosería. No es que a Lisa le hubiera gustado prolongarlo: su estudiada frialdad ante la desesperación de la chica había hecho el incidente muy desagradable.

Como si pudiera percibir lo que Lisa sentía, él se disculpó:

-Lo siento. No es más que una niña tonta y mimada. Misteriosamente irritada por la poca importancia que

Thorn parecía darle, Lisa contestó: -Está claro que está enamorada de ti.

-Encaprichada -la corrigió él.

-Pues a mí me ha dado pena.

-No tiene por qué dártela.

-Podrías haber sido más... -Lisa se mordió la lengua. -¿Amable?

-Sí.

-¿Has oído alguna vez eso de cortar por lo sano? -le dijo él con cierta brusquedad-. A veces es lo mejor.

Ella se enojó consigo misma al ver que estaban discutiendo y enturbiando lo que podría ser un día maravilloso.

-Lo siento -murmuró-. No es asunto mío si quieres poner fin a la relación...

-No hay relación alguna a la que poner fin -se paró de golpe y la agarró por los hombros sin suavidad alguna. Entonces la miró a los ojos y dijo con calma-. En vez de sentir pena por ella podrías ponerte en mi lugar: jamás le he dado esperanzas, todo lo contrario, y aun así me ha estado persiguiendo durante meses.

-Lo siento, no me había dado cuenta -repuso Lisa.

Pero él no había terminado.

-Durante toda su vida su padre le ha comprado cada cosa que quería. Incluso intentó comprarme a mí. Cuando descubrió que no podía la envió a Europa seis meses... Por desdicha no parece haberle hecho el efecto deseado.

-Lo siento -repitió Lisa.

Él la soltó y dijo con un corto suspiro:

-Ahora, ¿por qué no nos olvidamos de esto y seguimos con nuestra visita turística?

Ella no podía estar más de acuerdo.

El tiempo era cálido y seco, pero, aparte de un par de recorridos en taxi, siguieron caminando durante horas. Recorrieron el centro haciendo zigzag desde la catedral de San Patricio al parque Battery, con su hermosa vista de la Estatua de la Libertad.

Thorn demostró ser un guía excelente además de un acompañante divertido e interesante con un buen sentido del humor, a veces un tanto irónico.

El edificio Empire State, el bohemio Grenwich Village, el barrio chino, lleno de tiendas exóticas y cabinas de teléfono con adornos de pagoda, la Pequeña Italia y la conocida Wall Street ya no eran sólo nombres para Lisa: eran lugares reales en los que había estado y de los que sabía cosas.

Estaba emocionada y no intentaba disimularlo. Saltaba de alegría. Si Thorn la consideraba poco sofisticada, ¿qué importaba? Además su alegría debía de ser contagiosa porque él parecía disfrutar de todo tanto como ella.

Y, en general, había llevado bien el estar tan cerca de él. Si en algún momento el roce de su mano o una de sus miradas la habían

desconcertado, creía que lo había disimulado bien.

De camino hacia Broadway, que recorría todo Manhattan de norte a sur para sorpresa de Lisa, pararon en la terraza de un café para tomar algo frío.

-Incluso cuando se ponga el sol seguirá haciendo mucho calor.

-No me importa -le dijo ella con alegría-. Por suerte siempre he aguantado bien el calor.

-¿Todavía no estás cansada?

Ella negó con la cabeza.

-Entonces tienes que ver la parte alta de Broadway y Times Square por la noche... Pero, antes de seguir, ¿por qué no comemos algo? ¿Te gusta la pasta?

-Me encanta cualquier tipo de pasta -dijo sin dejar lugar a dudas con su entusiasmo.

-Gracias a Dios que no eres una de esas mujeres que viven a base de lechuga -dijo él con tal fervor que Lisa se preguntó si su última novia habría sido de esa clase de mujer.

Volvieron a internarse en el barrio italiano y pararon en Mamma Mia, un entrañable restaurante con manteles de cuadros rojos y velas en botellas de vino.

La robusta propietaria saludó a Thorn como si fuera un viejo amigo y les sirvió enseguida un par de platos de humeante spaghetti y una botella de vino tinto, mientras un hombre narigudo y con bigote tocaba la guitarra para entretener a los clientes.

Era un local romántico y animado y, aunque estuvo de acuerdo con Thorn en que era demasiado típico, a Lisa le encantó y se lo dijo.

-A mí también -dijo él sorprendentemente-. Vengo aquí cuando necesito un cambio radical.

Para cuando acabaron el café, el cielo ya estaba oscuro y, como él le había advertido, aún hacía calor. Tomaron un taxi que les dejó en el corazón de la zona de los teatros.

Tras una larga visita a pie, en que Lisa descubrió que las luces y el neón eran aún más espectaculares de lo que ella había esperado, pararon a beber algo en un tranquilo bar.

Al sentarse, la fatiga cayó sobre Lisa como una avalancha. Pero era puramente fisica: su mente aún se agitaba.

Thorn, notó ella con admiración, no sólo parecía aún alerta sino lo suficientemente fresco como para correr una maratón.

-¿Qué quieres tomar? -le preguntó éste sonriendo. Lisa trató de ocultar el hecho de que no tenía ni idea de qué beber y le preguntó:

-¿Qué vas a tomar tú? -Bourbon con hielo.

-Suena bien --dijo ella con desenvoltura.

-No es muy recomendable para bebedores novatos. ¡Ya estaba tratándola otra vez como a una niña! -¿Qué te hace pensar que soy una novata? Él se encogió de hombros y dijo: -En ese caso, dos de bourbon, por favor.

Un sorbito del líquido ámbar la convenció de que mejor hubiese pedido limonada pero no estaba dispuesta a admitirlo. Adoptó un aire mundano y esperó a que el hielo se fundiese y suavizase la bebida.

Su estrategia no engañó a Thorn que, con un brillo travieso en los ojos, le preguntó:

-¿Qué te parece comparado con el escocés?

Ella se negó a morder el anzuelo e intentó cambiar de conversación.

-Eso que acabas de decir ha sonado muy inglés. ¿Pasaste allí mucho tiempo?

-Me eduqué allí.

Ella quería saber más y le preguntó:

-¿Tu familia viene de Inglaterra?

-Sí, mi abuelo era de la zona central. Tras emigrar a Estados Unidos y hacer algo de dinero fijó su residencia aquí en la costa este y empezó a crear un imperio que incluía negocios navieros, inmobiliarios e industriales. Aunque sé casó y vivió aquí en América muy feliz, siempre siguió pensando que las universidades británicas eran las mejores del mundo. 0 sea que mi padre, que era hijo único, estudió en Oxford.

-Y tú seguiste sus pasos. Es una especie de tradición familiar, ¿no? ¿Tus hermanos también fueron o eres hijo único?

Aquella inocente pregunta tuvo un efecto devastador.

Lisa observó que su expresión cambiaba y que apretaba la mandíbula. Tras unos segundos de silencio contestó:

-No. Tenía una hermana.

Lisa reparó en el tiempo pasado y adivinó una historia triste. Buscó desesperadamente algo que decir para cambiar de tema cuando él intervino bruscamente:

-Debes de estar cansada. Será mejor que nos vayamos a casa.

Paró un taxi y durante todo el camino, Quinta Avenida abajo, se mantuvo callado y distante.

Sin embargo, para cuando llegaron, la rigidez se había borrado de su rostro.

-No sé cómo darte las gracias -le dijo ella tras entrar en el aparentemente vacío apartamento-. Me lo he pasado muy bien.

-Yo también -dijo él pareciendo sincero.

Entonces notó la cara *de sorpresa de ella y admitió un tanto

irónicamente:

-Últimamente me he dado cuenta de que me aburren las mujeres sofisticadas a las que sólo les interesa el aspecto que tienen, mujeres que han perdido la habilidad de ser ellas mismas y de disfrutar de la vida. ¿Qué quieres beber antes de irte a la cama?

La verdad era que no le apetecía nada, pero el deseo de permanecer junto a él un rato más era demasiado fuerte.

-Lo mismo que tú -dijo sin pensárselo, añadiendo luego más calmada-. Y luego una ducha fría antes de acostarme.

-Tengo una idea mejor que una ducha. Espera un momento...

Y desapareció para volver de la cocina con una bandeja en la cual había una botella de champán, zumo de naranja y dos copas.

La tomó de la mano y la condujo hacia una pared de cristal al fondo del gimnasio. A Lisa le temblaban las rodillas.

-Hazme el favor de apretar ese botón.

Cuando ella lo hizo los paneles de cristal se hicieron a un lado para dejar entrar el aterciopelado aire de la noche.

A la derecha de la terraza había una mesa baja y dos hamacas y, en el centro, una pequeña piscina. La luz jugueteaba en su superficie. Hasta sus oídos llegó el relajarte murmullo de las burbujas en el agua.

-Un jacuzzi -le dijo Thorn al tiempo que dejaba la bandeja en la mesa.

Al darse cuenta de lo que él tenía en mente, y sofocándose de pronto, Lisa le dijo con cierta inseguridad:

-Ya sé lo que es un jacuzzi.

-¿Pero lo has usado alguna vez?

Ella respondió sin admitir que ni siquiera había visto uno hasta ese momento:

-Bueno, no.

Él volvió a entrar en el gimnasio para volver con dos albornoces.

-Pues esta es tu oportunidad. Ya verás lo refrescante que es.

-Pero... Es que no tengo bañador -le dijo ella a media voz.

No era exactamente verdad: tenía uno, pero era uno viejo que se había comprado cuando aún estaba en el colegio. Y no quería que él la viese con aquel harapo.

-Mi querida niña -dijo él cáusticamente-, lo último que necesitas es un bañador. Sólo tienes que quitarte la ropa y meterte en el agua.

Por supuesto que nadie iba a verla: estaban en un ático. Pero ese no era el problema.

-A menos que te dé vergüenza...

Dijo aquello en un tono que dejaba claro que le parecía pacato el que no quisiera desnudarse. Mientras ella buscaba alguna respuesta

que no la hiciese parecer demasiado puritana, él le aseguró:

-Si quieres no miro. Ella aún dudaba.

-Bueno, ¿a qué esperamos? -dijo él mientras se quitaba la camisa.

Y Lisa vio el inconfundible brillo del desafío en sus ojos.

## Capítulo 3

MALDITO sea!, pensó Lisa. Pero, ¿por qué no aceptar el reto?

Mientras ella, sin pensárselo dos veces, empezaba a desabrocharse los botones del vestido, él sonrió y dijo jocosamente:

-¿Quieres que fije la mirada en el horizonte para que no te sonrojes?

-Haz lo que quieras -le espetó ella.

Aunque nunca había exhibido su cuerpo, no se avergonzaba de él en absoluto.

Levantó la barbilla y lo miró desafiantemente a los ojos mientras dejaba caer el vestido al suelo. A continuación hizo lo propio con la delicada ropa interior.

El se quedó contemplándola unos instantes a la luz que llegaba del gimnasio. Vestida parecía tan poco voluptuosa como un chico. Desnuda parecía una Venus de bolsillo y bien proporcionada.

Ella vio la sorpresa en los ojos de él antes de volverse para meterse en el jacuzzi.

«Un tanto a mi favor», pensó triunfalmente mientras entraba en la burbujeante bañera. ¿0 no? De repente ya no estaba tan segura. Al fin y al cabo, sólo había hecho lo que él quería.

Se sentó en el asiento junto al borde. El agua le llegaba hasta los hombros y apoyó la cabeza en el reposacabeza de madera.

Dejó escapar un murmullo de placer.

-Me alegro de que te guste -comentó Thorn.

Ella lo miró y vio que estaba sirviendo una mezcla de zumo de naranja y champán en las copas. Estaba completamente desnudo.

Lisa nunca había estado ante un hombre desnudo. Quería apartar los ojos pero no podía: era como si estuviese hipnotizada.

¡Qué hermoso era! Tan delgado y elegante, con la piel con un brillo como de seda...

De improviso él levantó la cabeza y la sorprendió observándolo.

Ella sintió que le subía la temperatura y, de algún modo, consiguió apartar los ojos.

Él lanzó una suave risita.

-Mira todo lo que quieras. A mí no me da vergüenza.

Ella continuó con los ojos fijos en el vacío mientras él se acercaba para sentarse a su lado.

-Toma -le dijo tendiéndole una de las copas-. Es un Bucks Fizz, a ver si te gusta...

-Mmm... Es buenísimo -consiguió decir tras dar un sorbo con los ojos cerrados.

-No estés tan tensa -le dijo él al darse cuenta de su rigidez-. No voy a tirarme a por ti.

-Ya me lo imagino -murmuró ella.

-Entonces relájate y disfruta.

Pero en aquellas circunstancias era imposible.

Cuando la copa estuvo por fin vacía, él la tomó de entre sus dedos y ella oyó que la depositaba en el borde.

El agua burbujeaba a su alrededor y los chorros de agua caliente le acariciaban la piel. La sensación era relajante, tonificante y sensual a un tiempo y poco a poco se fue tranquilizando y comenzó a disfrutar.

Él debía de haberse movido un poco, porque de repente su cadera desnuda rozó la de ella. Lisa se quedó quieta, casi sin atreverse a respirar. Quería apartarse y a la vez no quería.

-¿Estás dormida? -preguntó él en voz baja.

Ella notó su aliento, cálido y agradable, en los labios y abrió los ojos.

Al instante se halló perdida, indefensa, sumergida en la dulzura de su beso. Fue la sensación más maravillosa que había experimentado nunca y deseó que no se acabase.

Cuando él se apartó, ella suspiró y volvió a abrir los ojos. La cara de Thorn estaba muy cerca de la suya y pudo ver con toda claridad el brillo del triunfo en su mirada.

Aquella mirada fue como una ducha de agua fría.

Él advirtió el cambió de expresión en el rostro de Lisa y al instante disimuló el gesto triunfal. Pero ya era demasiado tarde, el daño estaba hecho.

Lisa se puso en pie con dificultad y dijo secamente:

-Creo que voy a salir ya.

-Sí, claro.

Él siguió sus pasos y la envolvió en uno de los albornoces antes de ponerse él mismo otro.

-Lo que de verdad nos vendría bien ahora sería nadar un poco -sugirió-. A esta hora tendríamos la piscina para nosotros solos.

Ella se anudó el cinturón y negó con la cabeza, salpicándolo todo con las gotas que caían de su coleta.

-No, gracias -contestó mientras recogía la ropa y los zapatos-. Yo me conformo con una ducha, y a la cama.

Thorn sabía que lo había estropeado y, sin insistir, la acompañó en silencio hasta la habitación.

Decidida a dejar claro que no tenía más que decir, Lisa abrió la puerta y se dispuso a cerrarla con una fría despedida.

-Podemos bajar a la piscina mañana. ¿Quieres que te despierte a

las seis? -le dijo él entonces con desenvoltura.

-Ya te lo he dicho: no tengo bañador... Y no tengo intención de ir a nadar sin él.

-Dios no lo quiera -exclamó él-. Buenas noches entonces, Lisa.

Una vez en el seguro refugio de su habitación reflexionó mientras se duchaba y se lavaba los dientes. ¿Qué le habría hecho actuar así, tan en desacuerdo con su carácter?

Probablemente el bourbon, al que no estaba acostumbrada. En el futuro pediría bebidas sin alcohol, pareciese infantil o no. ¿Qué había sido de su sentido común? Una cosa era pensar en jugar con fuego y otra muy distinta llegar a hacerlo.

Pero es que nunca antes había comprendido lo fuerte que podía ser la atracción física.

¿De qué atracción física hablaba? La verdad era que se había enamorado de aquel hombre. Así de rápido.

Pero tenía que ocultarlo. Hacer que las mujeres se enamorasen de él debía de ser un pasatiempo para Thorn, algo que hacía sólo para divertirse. Y no se podía permitir darle ninguna ocasión más de burlarse de ella.

Se sentq en la cama y golpeó la almohada imaginándose que era la cabeza de Thorn. ¡Era un cerdo arrogante y cruel! ¿Cómo podía haberse enamorado de alguien así?

Pero, de alguna manera, había sucedido.

Es decir que, hasta que consiguiese matar aquel amor, tendría que disimularlo. Si no, estaría a su merced como la pobre Carole.

Si al menos no tuviera que vivir con él durante las próximas tres semanas, todo sería más fácil. Si no tuviera que verlo al día siguiente...

Lisa se llamó la atención a sí misma. Tenía que calmarse. Le echaría la culpa de lo ocurrido al bourbon y, con un poco de suerte, él lo creería.

Si lograba convencerlo de que era inmune a sus encantos, él acabaría por dejarla en paz. Y cuando su obligada estancia en su casa terminase ya no volvería a verlo más. Con aquel pensamiento en su mente, se quedó dormida.

Lisa se despertó al oír que llamaban a la puerta.

-Vamos, bella durmiente -dijo la voz de Thorn-.

Ya son casi las seis y cuarto.

Lisa apartó el edredón mientras murmuraba palabras indignas de una dama y se arrastró hacia la puerta. Abrió y se lo encontró recién duchado, con el pelo aún goteando, con un albornoz corto. Estaba peligro samente guapo y sonriente.

-Buenos días.

A pesar de sus buenos propósitos, el corazón de Lisa

se lanzó a la carrera.

-¿Has dormido bien? -añadió él.

-Sí, muy bien, gracias. ¿Y tú? -respondió ella educadamente.

-No tan bien como siempre -admitió él con cara de pena.

Se había quedado largo rato despierto recordando su imagen desnuda junto al jacuzzi, tan delicada y al tiempo asombrosamente voluptuosa.

Pero también recordó su valor, la mirada retadora de sus ojos ante su desafio. Sin saber cómo, súbitamente, la había encontrado misteriosa e interesante y, si no hubiera sido quien era...

Apartó la idea de su mente como una molesta mosca y le preguntó:

-¿Estás lista para bajar a nadar?

-Ya te dije anoche que no tengo bañador.

-Ahora sí -repuso él entregándole un paquete-. Creo que es tu talla. Date prisa, anda: te doy cinco minutos.

Antes de que ella pudiese tomar aliento para protestar ya había desaparecido.

Abrió la caja: era un bikini de diseño, en estampado de piel de leopardo, con cinta del pelo y blusón a juego.

Lisa sabía que nunca se podría permitir comprar algo tan caro y la curiosidad la hizo probárselo. Le quedaba perfecto.

Aún estaba mirando con los ojos como platos a la exótica imagen que el espejo le devolvía cuando más golpes en la puerta le advirtieron que los cinco minutos ya habían pasado.

Volvió a abrir la puerta y vio que Thorn tenía un par de toallas entre los brazos.

-Ah, ya estás preparada -dijo como saludo-. Vamos.

Ella negó con la cabeza.

-No puedo ponerme esto. Se sale de mi presupuesto.

-Ya está pagado.

-Gracias -dijo ella en un tono glacial-, pero no pienso dejar que me compres ropa.

-Si tanto te preocupa me aseguraré de que Mark me lo reembolse.

-Tampoco pienso aprovecharme así de Mark.

Prefería ponerse el bañador viejo, o no ir.

Si él se hubiera mostrado irritado o hubiera insistido más, ella se hubiera mantenido firme. Pero, en vez de eso, él dijo muy razonablemente.

-Me parece admirable, pero no quiero que empecemos el día mal. Si quieres, puedes pagármelo cuando empieces a trabajar. Además -

añadió con cara de aflicción-, si lo devuelvo le daré un disgusto a Joe.

-¿Qué tiene que ver Joe con el bikini? -exclamó ella, extrañada.

-Su mujer tiene. una tienda y anoche, antes de acostarme, le pedí que me trajese algún bañador. Esta mañana a las cinco y media, cuando ha empezado el turno, me ha traído varios para que eligiese.

Y tras una pausa añadió, burlón:

-¿Ves? Joe y su mujer se han tomado muchas molestias para que tú y yo pudiésemos bajar a la piscina esta mañana... A menos que de verdad no quieras venir...

Ella trató de mentir, de decir que no le apetecía, pero sus labios se negaron.

El leyó la expresión de su cara y dijo:

-Bueno, ¿a qué esperamos?

-Voy a ponerme las sandalias.

Cuando el ascensor se detuvo en la zona de recreo, con alegres sombrillas y plantas para dar ambiente, vio que no había nadie más y que el bar estaba aún cerrado.

El agua color turquesa tenía un aspecto muy apetecible, la superficie lisa como un espejo.

Thorn dejó las toallas y el albornoz en una tumbona y la sonrió. Llevaba un bañador negro que se le ceñía a las esbeltas caderas y realzaba la longitud de sus piernas.

-¿Una carrera hasta el otro lado? -sugirió él.

Ella, aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganarle, se acercó junto a él hasta el borde.

-Te doy una ventaja de diez segundos -ofreció él al tiempo que con una mirada de admiración recorría las curvas de su cuerpo.

Aquello significaba que la miraría mientras saltaba, pero no podía decir que no.

-¡Qué generoso por tu parte! -dijo bromeando.

Entonces estiró los brazos sobre la cabeza e, inclinándose, saltó al agua bastante bien para alguien falto de práctica. Unos segundos después, Thorn surgió junto a ella y nadó a su lado con una brazada tranquila, sin esfuerzo. Llegaron a un tiempo.

-Justo a la vez -observó él mientras se sacudía el agua de la cara.

-¡Venga ya! -repuso ella con poca elegancia-. ¡Podías haberme ganado sin ningún esfuerzo.

-Siempre gano cuando quiero... -murmuró él fijando los verdes ojos en los suyos.

Molesta e hipnotizada por aquella mirada, Lisa habló sin pensar.

-Entonces no habrás aprendido a ser un buen perdedor.

Él movió la cabeza.

-Enséñame un buen perdedor y yo te enseñaré un perdedor. Punto.

A ella le repugnó momentáneamente aquella crueldad y se apartó de él nadando a braza.

-¿Ya has tenido bastante? -le preguntó Thorn un poco más tarde.

-Sí -admitió ella-, pero tú puedes seguir si quieres.

Él negó con la cabeza.

-No, me apetece un café.

El bar ya había abierto y en el aire flotaba el aroma del café y las tortitas. Tan pronto como se hubieron secado y sentado a una mesa, Thorn se acercó al mostrador y volvió con dos tazas de café y dos bollos recién

hechos.

-Mmm... ¡Qué bueno! -dijo Lisa con admiración tras tragarse el último bocado- Y me ha encantado nadar un rato.

-¿Tanto como el j acuzzi? -preguntó él como si nada.

Ella se sonrojó como si la hubiesen metido en agua caliente.

A él le pareció gracioso y añadió:

-No hace falta que te pongas tan roja: ya había visto una mujer desnuda antes.

«A mí no», pensó ella.

-Y no es ningún crimen que te sueltes un poco el pelo.

Tal y como ella lo veía había sido soltarse mucho el pelo.

-No me acuerdo de casi nada -mintió ella con desesperación-. Quizá debiera haber seguido tu consejo y no pedir bourbon.

Él pasó por alto el comentario y continuó:

-¿Pero recuerdas como reaccionaste cuando te besé?

Ella dejó de fingir y respondió bruscamente:

-No volverá a pasar.

-Pareces muy segura.

-Lo estoy.

-¿Intentas decirme que no te gustó que te besara?

-Intento decirte que no estoy dispuesta a que se rían de mí.

-¿Reírse de ti? -repitió él lentamente. 0 sea que se iba a hacer el inocente.

-¿Por qué me diste ese beso?

Durante un instante, él adoptó una expresión de asombro e irritación. A continuación se borró de su cara toda expresión, salvo una de cierta cautela.

-¿Por qué un hombre le da un beso a una mujer?

-le preguntó él.

-Tú eres el hombre aquí. Dímelo tú.

Con la mirada centrada en la boca de ella, él contestó:

-Normalmente porque no puede resistir la tentación.

-No creo que ese fuese el caso.

-No estimas tu atractivo en lo que vale, cariño. Y, por si no te acuerdas, estabas muy seductora...

Lisa mordió el anzuelo y repuso:

-Lo que sí recuerdo es tu mirada de triunfo después.

-Eso casi parece una acusación.

-Lo es.

-¿Por qué? -preguntó él con los ojos encendidos

¿Qué esperabas? ¿Qué pusiese cara de decepción, o me quedase indiferente?

-No -admitió ella-. Pero pensé que simplemente estabas jugando... Intentando hacer que cayese a tus pies.

Thorn lanzó una maldición a media voz. Aquella jovencita ingenua era más astuta de lo que él había pensado.

-¿Quieres decir que crees que voy haciendo una muesca en el cabecero de la cama cada vez que conquisto a una chica?

-Sí. Eso es exactamente lo que quería decir -entonces le pareció ver en la cara de Thom algo similar al alivio y añadió-. Excepto que no creo que de verdad tuvieras intención de llevarme a... -se detuvo ella sonrojándose.

-¿Llevarte a la cama? -añadió él-. Mi dulce niña inocente, cualquier hombre con sangre en las venas querría hacerlo.

Tras hacer una reflexiva pausa, como si hubiera estado tratando de tomar una decisión, él estiró el brazo sobre la mesa y le tomó la mano a Lisa.

-Sin embargo, tienes razón en una cosa: sí estaba intentando que cayeses a mis pies...

Quizá, inconscientemente, no lo había creído del todo. Ahora, al oír la verdad de sus propios labios, se quedó aturdida. Mientras los ojos color avellana de Lisa se iban abriendo cada vez más, él continuó hablando:

-Pero te equivocas en todo lo demás. No era sólo un juego y no estaba jugando. Jamás en mi vida he ido más en serio.

O sea, que su falta de refinamiento le resultaba atractivo y quería hacerla su amante. Pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Unas semanas, meses quizá? ¿Y después qué? Seguro que la abandonaba cuando se encaprichase de otra mujer.

Él sonrió mirándola a los ojos y se llevó su mano a los labios. Le dio un beso en la palma y luego le hizo cerrar la mano, como para guardar aquel beso. Lisa comprendió el peligro en que se encontraba y, dignamente y con la cabeza alta, le informó:

-No tengo intención de tener una aventura contigo.

-¿Qué te hace pensar que quiero tener una aventura?

Ella se sintió tremendamente tonta y, sin saber qué decir, balbuceó:

-Lo siento pero... yo creía... que...

-Quiero casarme contigo.

Lisa se quedó totalmente desorientada y con la boca abierta.

-Cierra la boca -le dijo él con dulzura-. Me está haciendo pensar en cosas que no se pueden hacer en público. 0 seas que vamos...

Él tomó sus pertenencias y la llevó de la mano hasta el ascensor. Tan pronto como se cerraron las puertas de éste, él la abrazó sin darle un segundo para tomar aliento.

Y comenzó a besarla sin piedad. Estaban pegados de cintura para abajo y Lisa sentía la dureza de su viril cuerpo junto a la suavidad de su propia piel.

Un momento después la mano de él bajó hasta su pecho y se introdujo bajo el blusón. El breve bikini ofrecía poca protección ante sus depredadoras manos, y en un instante, Thorn comenzó a acariciarle el pezón con un movimiento rítmico del pulgar. A ella se le hizo un nudo en el estómago y una deliciosa excitación la invadió.

Se quedó sin respiración, y empezó a temblar. Las piernas le fallaban y casi no se podía mantener en pie.

Él volvió a cubrirle el pecho con el bikini mientras con la yema de su índice rodeaba aquella prueba irrefutable de la excitación de Lisa. Entonces volvió a sonreír, sacó la lengua y se la pasó por la comisura del labio.

-Tenías un poco de azúcar junto a la boca.

Ella se dio cuenta de que el ascensor ya había parado y las puertas estaban abiertas y se alegró profundamente de que el ático fuese privado.

Thorn le pasó un brazo por la cintura, dándole el apoyo que necesitaba, y cruzaron el vestíbulo para entrar en el apartamento.

Una vez más parecía desierto.

-Vamos a tomar un poco el sol, ¿te apetece?

Fue una pregunta retórica porque, antes de que ella contestase, él ya se dirigía a la terraza. Lisa estaba tan confusa que si él le hubiera sugerido saltar por la ventana probablemente le hubiera seguido sin dudarlo.

Ya estaban tumbados en las hamacas y pareció pasar una eternidad antes de que los latidos del corazón se le calmaran y sus sentidos volviesen a la normalidad.

Él se tumbó sobre un costado para acercarse a decirle:

-Sólo has dicho una palabra en los últimos diez minutos. Sabía que mi proposición te sorprendería, pero no me imaginaba que te iba a dejar sin habla.

0 sea, que realmente le había propuesto que se casasen...

Tras tragar saliva logró articular palabra:

-Estabas de broma, ¿no? ¿Por qué quieres casarte conmigo? -dijo en un tono de desorientación que reflejaba bien cómo se sentía.

-Por tu dinero -respondió él.

-¿Podrías hablar en serio, por favor? -dijo ella enojada.

-Tienes razón, preciosa. El matrimonio es algo muy serio. En el pasado siempre me he mantenido a distancia de la posibilidad.

-Entonces, nunca...

-¿Le he pedido a otra mujer que se casara conmigo?

-No. Estuve a punto de hacerlo una vez pero el sentido común prevaleció.

-¿Por qué yo?

-¿Por qué crees?

-No tengo ni idea -reconoció ella.

Él sonrió, bromista.

-Quizá estaba esperando a la mujer perfecta y tú encajas en el papel.

-No se cómo. No soy una mujer sofisticada o guapa.

No pertenezco a tu mundo.

-¿Es mi mundo tan distinto del tuyo? -Estoy segura de que sí.

-Eso te lo imaginas tú. No tienes ninguna prueba

ni has tenido ocasión de comprobarlo.

-Nunca encajaré en tu círculo social. No tengo dine

ro ni posición.

-La tendrás cuando estés casada conmigo -dijo él con total confianza-. Y ahora que eso ha quedado claro...

Lisa agitó la cabeza, sintiéndose perdida.

-No entiendo por qué te quieres casar con una mujer que has conocido hace menos de cuarenta y ocho horas.

-Tienes que haberte dado cuenta de que nos atrajimos el uno al otro inmediatamente.

-Eso no es suficiente para casarse. Dime por qué. Yo no tengo nada especial...

Cuando, debido al giro que habían dado los acontecimientos, él había decidido pedirle que se casasen no se le había pasado por la cabeza que fuese a costarle tanto convencerla. La mayoría de las mujeres saltarían de alegría ante la idea de convertirse en la esposa de Thornton Landers, con el dinero y la posición que eso implicaba.

Y allí estaba aquella chica preguntando por qué.

Él se levantó de la hamaca y se sentó junto a ella con un elegante movimiento. Tras recorrer su esbelto cuerpo con una hambrienta mirada se inclinó sobre ella y unió sus labios a los suyos.

Ella, debatiéndose entre el deseo y la cautela, mantuvo los labios cerrados.

La boca de Thorn bajó entonces hasta su cuello y jugueteó con la lengua en su blanca piel.

Era tan erótico que, sin poder soportarlo, Lisa trató de apartar a Thorn.

-Eso es: tócame -susurró él cuando ella puso las manos sobre su cálido y musculoso pecho.

¡Cuánto deseaba hacerlo! Pero sabía que si cedía se perdería y, con un gran esfuerzo, mantuvo las manos quietas.

-Abre la boca, Lisa -murmuró él.

Ella se negó a obedecer y entonces él comenzó a mordisquearle y chuparle los labios. A Lisa se le abrió la boca de asombro y él aprovechó para hacer el beso más profundo, explorando el interior con una lengua que desataba un sensual placer.

Lisa era ya un caos de sensaciones cuando él se apartó deliberadamente y le dijo:

-A esta atracción me refería. Y confío en que estés de acuerdo en que es una razón estupenda. Pero hay más, ¿quieres que te diga cuáles son?

Ante el silencio de ella, que no podría haber pronunciado palabra aunque le hubiese ido la vida en ello, él continuó:

-Eres amable y dulce y, sin embargo, encuentro muy estimulante tu ocasional brusquedad. Me gustan tu entusiasmo y la forma en que disfrutas de la vida... Aunque la vida no te ha tratado demasiado bien eres feliz y pareces contagiar esa felicidad. Es una cualidad admirable. En resumen, que me agradas y entretienes como ninguna mujer lo ha hecho antes. Y además... -añadió con ternura-, adivina qué.

-No es posible que te hayas enamorado de mí -repuso ella sin darse cuenta de la esperanza que brillaba en el tono de su voz-. Sólo me conoces desde anteayer...

El suspiró.

-¡Y yo que creía que eras tan poética! ¿No te acuerdas de lo que dijo Marlowe? «Quien amado sino a primera vista».

Así que estaba enamorado de ella. Que aquello tan maravilloso que le había ocurrido a ella también le había ocurrido a él. Era un milagro, pero había sucedido. De repente se sintió como en el séptimo cielo y cuando él sonrió le devolvió una radiante sonrisa.

-Entonces, ¿vas a dejarte de evasivas y a contestarme de una vez o no?

## Capítulo 4

p ERO mientras su corazón gritaba que sí su cerebro decía que no, que era demasiado pronto para comprometerse. Puede que estuviera enamorada de él, pero no lo conocía apenas.

Y el divorcio de sus padres le había hecho jurar que jamás se casaría precipitadamente.

-No puedo contestarte ahora mismo -dijo Lisa lentamente.

El percibió la desorientación en los ojos de ella y admitió con un suspiro:

-Yo no quería decírtelo tan pronto, quería que tuvieras tiempo de conocerme pero... -y añadió con un gesto de disgusto en los labios-. Bueno, ya que he dado el salto me muero de ganas de dejarlo todo claro.

Ella negó con la cabeza.

-Necesito pensármelo.

Él reprimió su impaciencia y dijo inexpresivamente:

-Muy bien, tienes una semana.

A ella se le iluminó la cara y él pensó, no por primera vez, que tenía una sonrisa encantadora.

-Y ahora, ¿por qué no seguimos con nuestras visitas turísticas? -dijo él en un tono más desenvuelto al tiempo que se ponía en pie para ayudarla a levantarse-. Sabes -añadió ya en el fresco salón-, vamos a empezar con un verdadero lujo: te invito a desayunar en un McDonalds.

-Ah, muchas gracias...

-No seas tan graciosa, anda -le dijo él dándole una palmadita en el trasero.

El tiempo se mantuvo estupendo y durante los días

siguientes la vida de Lisa fue más emocionante y agitada de lo que nunca hubiera imaginado. Thorn apenas se separaba de ella y fueron a todas partes e hicieron todo lo que se podía hacer mientras exploraban las distintas facetas de esa joya que era Nueva York.

Cuando ella le expresó su preocupación por hacerle faltar al trabajo, él le quitó importancia diciendo:

-Bah, no he tenido vacaciones de verdad en los dos últimos años. Además, para algo soy el jefe, ¿no?

Varias veces llegaron al apartamento a las tantas de la madrugada, tras cenar y bailar hasta muy tarde.

Él le compraba flores cada tarde, o bombones o, con cuidado para no herir su orgullo, algún recuerdo que no costase mucho de manera que a ella no le importase aceptarlo. Ella se dio cuenta de que estaba

cortejándola, dispuesto a ganar su corazón. Sin saber que ya era suyo, pensó Lisa irónicamente.

Desde los dieciséis años se había resistido a los pretendientes que intentaban manosearla sin tacto alguno. Sólo lan se había acercado a su ideal de hombre e incluso en ese caso había logrado resistirse a sus intentos de seducción. No por seguir un estricto código moral, comprendió ahora, sino porque nunca se había sentido realmente tentada.

Prefería esperar al hombre adecuado para perder la virginidad.

Sin embargo con Thorn se sentía vulnerable. Era irresistible y cada vez que la miraba o la tocaba ella se deshacía de deseo. Y los días pasaron y sus sentimientos se hicieron más profundos, hasta que estuvo completamente enamorada de él.

Cada noche cuando la acompañaba hasta la puerta

del dormitorio, Lisa deseaba secretamente que la tomase en sus brazos e hiciesen el amor hasta que todas sus dudas se esfumasen. Pero en vez de eso, él la besaba hasta que ella se mareaba y entonces, con una neutral despedida, le daba las buenas noches.

En una de aquellas ocasiones, cuando su boca y sus inquietas manos habían engendrado en Lisa un ansia que no iba a satisfacer, ella se abrazó más fuerte a él, consciente tan sólo del deseo que había despertado en su interior.

Él la apartó suave pero firmemente y le dijo:

-Buenas noche, Lisa. Que duermas bien -y añadió entonces con mal disimulada ironía-. Si no puedes dormir hay muchos libros en el estudio. Lee un rato.

«¡Maldito sea!», pensó ella una vez en su habitación. «Sabe lo que está haciendo y lo hace adrede». De ahora en adelante sería ella quien lo mantendría a raya a él.

¡Ni en sueños! La verdad era que no tenía ninguna esperanza de poder resistirse a su potente magnetismo.

Tomó la determinación de dejar de pensar en él y se metió en la cama. Pero el sueño se negaba a llegar y, tras dar muchas vueltas entre las sábanas, decidió aceptar su irónica sugerencia.

En el estudio había una ecléctica mezcla de libros: viajes, biografías, lenguaje, arquitectura, clásicos de la literatura y literatura contemporánea se amontonaban en las estanterías.

Tras acercarse a tomar uno, al pasar junto al escritorio, rozó e hizo caer una pila de papeles que estaban en la esquina.

Protestando a media voz por su torpeza se agachó a recogerlos y al tomar un sobre grande este se abrió y dejó caer su contenido. Erann primeros planos de una mujer. Lisa se quedó helada. Aunque las

miraba boca abajo no cabía duda de que era ella.

Con las manos temblando las tomó y las dio la vuelta para mirarlas bien. ¿Cuándo las habría hecho? ¿Y por qué?

Reparó en que en las fotos llevaba una blusa de lunares que no se había puesto desde que llegó a Nueva York. 0 sea, que tenían que haberlas hecho mientras aún estaba en Inglaterra. Sí, aunque el fondo estaba borroso parecía la oficina de correos de Houghton. Ya sólo quedaba saber por qué. Y la pregunta más intrigante: ¿qué hacía Thorn con ellas?

Todavía estaba como en trance, mirándolas, cuando la voz de él preguntó a sus espaldas:

-¿Algún problema?

El sobresalto le hizo dejar caer las fotografías e incorporarse de un salto. Tenía el corazón acelerado y le sudaban las manos. Era como una niña a la que hubiesen descubierto haciendo una travesura.

Se volvió a mirarlo: parecía ocupar todo el hueco de la puerta, grande y amenazador.

Ella logró articular palabra para defenderse:

-He venido a por un libro... y he tirado unos papeles de la mesa sin querer.

Los ojos de él se fijaron en las fotografías y, durante una décima de segundo, en su cara apareció un gesto de furia. Lo enmascaró rápidamente y dijo un tanto sombríamente:

-Ya, ya veo. Eso debe de haber sido el ruido que he oído. Bueno, si ya tienes el libro deja lo demás así y yo lo recogeré mañana.

Antes de que ella pudiese reaccionar, él ya la guiaba con una mano en la cintura de vuelta al dormitorio.

Al llegar a la puerta se volvió y dijo entre dientes:

-Quiero que me des una explicación: esas fotos...

-Te la daré mañana.

-Pero...

-¿Sabes qué hora es? -dijo él un tanto bruscamente-. A mí al menos me gustaría dormir un poco.

Ella tuvo que conformarse, aunque con la sospecha de que Thorn sólo intentaba ganar tiempo.

El alba ya se colaba por entre la persiana cuando al fin logró dormirse.

El ruido de alguien que llamaba con decisión a la puerta la despertó. Una soñolienta mirada al reloj le dijo que eran casi las nueve.

Acababa de incorporarse sobre un codo cuando la puerta se abrió y entró Thorn con un vaso de zumo de naranja. Nunca había entrado

antes en su dormitorio y Lisa se quedó perpleja.

Llevaba unos pantalones color arena y una camisa verde oscuro y tenía aspecto de estar bien despierto y alerta. Se acercó a la ventana, subió la persiana y dejó el vaso en la mesilla.

Ella apenas había conseguido sentarse en la cama y se sintió en franca desventaja, medio dormida y desarreglada.

Él la besó en los labios y el cuello y, apartándose, comentó:

-No hay muchas mujeres que tengan tan buen aspecto y tan buen sabor recién levantadas.

Lisa intuyó algo falso en aquel cumplido y dijo secamente.

-Supongo que tienes con quien comparar.

-¡Bruja! -dijo Thorn aunque sonreía, mostrando la blanquísima dentadura-. Venga, tómate el zumo mientras yo me disculpo por lo de anoche. Tienes que entender que las tres y media de la madrugada no es momento para ponerse a hablar.

Ella no contestó nada y él añadió:

-¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

-Quién ha hecho esas fotos y por qué. Y cómo han llegado a tus manos.

Él empezó por la última pregunta.

-Me las dio tu hermano y, al entender que te las habían hecho sin permiso, no quise decirte nada para no disgustarte.

Lisa estaba a punto de hablar pero él se le adelantó:

-Lo cual nos lleva al porqué. Mark no te había visto desde que eras casi un bebé. Cualquiera podría haberse presentado aquí diciendo que eras tú...

Ella empezó a negar con la cabeza, incrédula, y él continuó:

-En los ambientes de que te hablo no es demasiado difícil hacerse con un pasaporte falso.

-No entiendo por qué alguien iba a querer pasarse por mí -objetó ella.

-Mi niña inocente... -dijo él con más acento del sur de lo habitual-. Hay dinero en juego.

0 sea, que por eso la primera noche la había sometido a aquella especie de interrogatorio.

El seguía hablando:

-Como tu padre no te dejó nada en su testamento, Mark, que es un hombre bastante adinerado, pensaba cederte una suma de dinero además de buscarte una casa y un empleo.

-Ah... -murmuró ella.

-Con esa idea en mente contrató a una agencia de detectives para que te identificasen. Cuando comprobaron tu identidad hicieron esas

fotos y las enviaron a modo de garantía. ¿Estás satisfecha?

La explicación era lo suficientemente lógica. Pero, ¿cómo no iba a serlo?, pensó Lisa con sarcasmo. Había tenido mucho tiempo para inventarse toda la historia. ¿Y qué otra explicación podía haber?

Cuando ella asintió, Thorn se puso en pie sonriendo.

-Entonces en cuanto estés lista salimos. Hoy vamos a tomar el ferry para ir a la Estatua de la Libertad.

Thorn era un acompañante animado y estimulante y, durante las horas que pasaron juntos, Lisa descubrió muchos aspectos de su carácter que se ocultaban bajo su imagen de macho. Su opinión se confirmó cuando, charlando con la señora Kirk, ésta le comentó a Lisa que Thorn hacía donaciones al comedor de caridad en que ella trabajaba como voluntaria, además de a un hospital para enfermos terminales y un centro de acogida de animales.

Cuando Lisa se refirió a las confidencias de la señora Kirk, él dijo secamente:

-No creas que soy un santo. Me lo puedo permitir.

No, no era un hombre avaro. Ni tampoco snob. Aunque el guardarropa de Lisa era simple y escaso, Thorn la llevó sin pestañear a sitios donde las mujeres iban vestidas con lo más caro.

En uno de esos restaurantes, en el piso cientosiete de un edificio con vistas a la costa de Jersey, volvieron a encontrarse con Carole. La seguía un rubio alto con una agradable expresión y, al verlos, se paró ante su mesa mirando a Lisa con resentimiento y a Thorn con adoración.

-Thorn, cariño... ¿Te llegó mi invitación? -le dijo con una deslumbrante sonrisa.

-Sí, claro -dijo él al tiempo que se ponía en pie con una expresión neutral en la cara-. Escucha, tengo que subsanar un error -dijo volviéndose hacia Lisa-. Lisa, esta es Carole.

-¿Cómo estás? -sonrió Lisa.

-Hola -murmuró una celosa Carole.

-¿No nos vas a presentar a tu amigo? -sugirió Thorn en un tono animado.

Ella hizo caso de su sugerencia, aunque con desgana, y les presentó a Paul, que les estrechó la mano con la fuerza de un tarzán. Lisa advirtió que no parecía importarle la actitud de Carole.

Ésta decidió olvidarse de los otros dos y seguir con el tema que le interesaba:

-Entonces, ¿vas a venir?

-Si la invitación incluye a un acompañante, sí. Me gustaría llevar a Lisa.

En la cara de Carole se reflejó el desánimo y, con un suspiro de resignación y una falta de entusiasmo obvia, repuso:

-Por supuesto.

-Pues venga, vamos, cariño -dijo entonces Paul y, tras despedirse, se llevó a Carole.

Una vez más Lisa sintió compasión por aquella chica que estaba locamente enamorada de un hombre al que no le importaba ni ella ni ninguna otra mujer.

No, no era verdad, se recordó a sí misma. Thorn le había dicho que estaba enamorado de ella, le había pedido que se casara con él. Pero, aun así, ella no terminaba de creerlo. Aquella repentina petición de matrimonio había adquirido un halo de irrealidad que no conseguía borrar.

A medida que pasaba el tiempo, la primera impresión de Thorn que Lisa había tenido, la de un hombre con carisma y atractivo sexual, se iba reforzando en vez de disminuir. Pero al tiempo comenzó a admirar también su intelecto. Era inteligente e intuitivo, lo cual debía de haber ayudado a convertirlo en uno de los hombres de negocios más conocidos del país.

Además siempre parecía adivinar lo que ella pensaba y sentía: sus mentes conectaban bien y a menudo coincidían en la forma de ver las cosas, llegaban a las mismas conclusiones y se reían de lo mismo.

Y, a pesar de todo, había una parte de su personalidad que él mantenía oculta y Lisa tenía la impresión de que lo que sabía de él era lo que él quería que supiera.

Y sus reacciones al oír hablar de Mark la intrigaban. Thorn siempre le respondía con frases breves y luego cambiaba de tema enseguida. Lisa no pudo evitar preguntarse qué habría ocurrido entre los dos para que

Thorn adoptase aquella expresión tan fría en cuanto pronunciaban el nombre de Mark.

La única explicación con sentido era su rivalidad en los negocios, pero Lisa hubiera dicho que Mark no era tan poderoso como para hacerle sombra a Thorn.

Lisa sabía que Thorn no iba a contarle nada y prefirió esperar a que Mark volviese para preguntárselo a él.

No fue hasta el viernes cuando, a pesar de la insistencia de Lisa, Thorn la llevó a ver dónde vivía Mark. Y, en cualquier caso, no fue más que de pasada en el coche.

Aquella noche la llevó a tomar un cóctel y después a cenar a un sitio tranquilo. Ella, al ver lo elegante que él estaba con el esmóquin y la pajarita, deseó por primera vez tener algún vestido más bonito que

ponerse.

-¿Qué te pasa? -le preguntó él al advertir su cara de descontento.

-Nada, sólo estaba pensando en que me gustaría tener algo mejor que ponerme.

Él le dio un corto y reconfortante abrazo.

-Estás preciosa con éste. Estoy seguro de que cualquier hombre de los que están aquí me tiene envidia.

Desde el lujoso restaurante del piso sesenta y seis del Rockefeller Centre el panorama era maravilloso. Manhattan se extendía a sus pies, cubierto de rascacielos que competían por ser el más alto o el más importante. El cielo se iba oscureciendo poco a poco y miles de luces se encendían y brillaban como las estrellas.

Lisa dejó la taza de café en la mesa y comentó:

-Es una vista que corta la respiración. Me encanta mirar hacia abajo y verla, aunque nunca pensé que me gustaría estar tan alto.

-A mí también me encanta -repuso él sonriendo-. Por eso elegí un ático para vivir. Supongo que tiene que ver con proceder de una ciudad pequeña.

Lisa esperó a que terminase el trámite de pagar la cuenta y a que el camarero se hubiese ido.

-¿No naciste en Nueva York? -No, vengo de Georgia.

Por eso tenía aquel fascinante acento, comprendió ella.

-Aunque mi padre tenía los negocios en Atlanta mi madre no quería vivir allí, o sea que me crié en Peachtree, unos treinta kilómetros más al sur. Me establecí en Nueva York al volver de Inglaterra y ahora no me veo viviendo en ningún otro sitio. A pesar de todos sus defectos es una ciudad animada y viva. Acaba por atraparte.

-No me cabe la menor duda -comentó Lisa-. A mí ya me ha atrapado.

-¿Entonces te gustaría vivir aquí...? -dijo añadiendo tras una pausa-. Cuando seas mi mujer.

El corazón de Lisa se detuvo un instante y luego se aceleró. El plazo había terminado y aún no había tomado ninguna decisión.

Sí quería casarse con él, pero aparte de sus lógicas reservas tenía una vaga sensación de intranquilidad, una especie de premonición de que algo iba mal.

Tratando inconscientemente de ganar tiempo le dijo:

-El matrimonio es un paso muy importante.

Él permaneció en silencio, con una expresión en su cara imposible de desentrañar.

Ella, confusa, sugirió en voz baja:

-Supongamos que en vez de casarnos... Imagínate que acepto

acostarme contigo. Los ojos de Thorn se volvieron fríos como un glaciar.

-Creía que habías dicho que no estabas dispuesta a tener una aventura.

-He cambiado de idea.

-Pues yo no. Te he dicho que me quiero casar contigo y eso es lo que quiero. 0 boda o nada. Ya te he dado bastante tiempo para pensarlo -le dijo con los ojos clavados en sus pupilas-. Decídete ya, Lisa, porque no te lo voy a pedir más veces.

Era, pura y simplemente, un ultimátum.

Ella logró apartar la mirada y observó la sala, con su bonita decoración art decó y toda aquella gente rica y famosa. Los camareros se movían con gracia entre las mesas y el olor a café y perfume francés inundaba el ambiente mientras el apagado rumor de las conversaciones se fundía con el ruido de los corchos de las botellas al saltar.

Pero Lisa tenía los sentidos cerrados a todo aquello, inmersa en sus pensamientos. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿De qué? ¿De que aún no lo conocía bien? 0 quizá de que no podía salir bien porque procedían de mundos distintos. Aunque, ¿quién podía garantizar que cualquier matrimonio fuese a salir bien? La vida era un juego de azar.

Dejando de lado todos los temores y las dudas se agarró a lo único de lo que estaba segura: no quería vivir sin él. Quería tomar la vida y el amor con las dos manos y elevarse hacia el cielo. Y si, al igual que Icaro, caía al fin siempre sería mejor que no haber volado nunca.

Thorn se inclinó hacia adelante y la tomó por la barbilla, acercándole la cara a la suya. Ella notó el contacto sólido y tibio de sus dedos en la mandíbula.

-Bien, Lisa...

Ella tomó aliento y dijo con firmeza.

-Sí, me casaré contigo.

Una desbordada emoción afloró a sus ojos pero, antes de que ella pudiese descifrarla, fue sustituida por una satisfacción más calmada.

Él soltó su barbilla y le tomó la mano izquierda. La volvió y le besó el interior de la muñeca, justo donde le latía el pulso.

Después sacó del bolsillo una cajita de ante color marfil y la abrió con el pulgar. Un instante después le deslizó en el dedo anular un anillo de diamantes. Le quedaba perfecto.

Él, al ver su cara, le dijo:

-Si no te gusta puedo cambiarlo.

-Sí, sí me gusta -dijo ella a media voz-. Es abso

lutamente precioso... -¿Pero?

Ella, desorientada ante su habilidad para leerla el pensamiento, balbuceó:

-Sólo... pensaba que debe de ser... debe de haberte costado mucho.

Él mostró su blanca dentadura en una deslumbrante sonrisa.

-No te preocupes, no me he arruinado.

-Bueno, pero tengo la impresión de que voy a necesitar un guardaespaldas para llevarlo.

-Está asegurado -comentó él sin darle más importancia.

-Me alegro de saberlo -le aseguró ella con vehemencia.

La vista de Thorn se dirigió entonces hacia algo que estaba tras ella y su expresión cambió.

-Vámonos, ¿quieres? -dijo.

Justo cuando se levantaban para salir se acercó a ellos un hombre calvo y con barriga, con la mano tendida.

-Señor Landers... He estado intentando verle, pero en su oficina me han dicho que no estaba disponible. Thorn le estrechó la mano mientras el otro seguía hablando:

-Me puse en contacto con su cuñado hace una semana o así y...

Lisa advirtió que Thorn se ponía rígido.

-Si me perdona -interrumpió al otro hombre en un tono glacial-, estábamos a punto de irnos...

Y tras esto tomó a Lisa por la cintura y la guió hacia la puerta.

-Siento lo que ha ocurrido -le dijo una vez en el ascensor-, pero tengo la norma de no hablar nunca de negocios cuando estoy fuera de la oficina.

A Lisa le había parecido algo más que la decisión de no hablar de trabajo. Había habido una brusquedad en su prisa, una desesperación por marcharse que la había dejado mal sabor de boca.

Quizá él lo notó porque, más tarde, en el taxi, él le acarició el cuello de un modo que logró borrar la escena de la mente de Lisa.

Al entrar en el apartamento, él sugirió:

-¿Tomamos algo en la terraza?

Y, sin esperar respuesta, hizo abrirse los paneles de cristal para dejar entrar el aterciopelado aire de la noche y continuó hablando:

-Creo que lo más adecuado es champán: esto es una celebración.

Mientras él iba a por las copas y una botella fría de Dom Pérignon, ella salió y se sentó en el columpio del jardín.

Sintió que la emoción que había sentido antes renacía y se preguntó si él tendría intención de hacer el amor ahora que ya llevaba su anillo. Cuando apareció y le pasó una de las copas, sin embargo, sus maneras eran más las de un negociante que las de un amante.

Se sentó junto a ella y dijo sin más preámbulos:

-Quiero que nos casemos lo antes posible. Hay que hacer todos los trámites y además tienes que comprarte ropa o sea que, digamos... ¿En tres días?

Lisa se atragantó con el champán.

-¿Tres días? -exclamó-. ¿Por qué tan pronto?

-¿Por qué crees tú? -le preguntó con un brillo en los verdes ojos.

-Aún no... -empezó a decir ella sonrojándose.

-Ninguno de los dos tiene otros lazos -la interrumpió él-, es decir, que no veo ninguna razón para esperar. De hecho no estoy seguro de cuánto tiempo puedo esperar y, para sorpresa del mundo, me gustaría casarme con una virgen. La virginidad es un bien escaso estos días -añadió con ironía-. ¿Tú eres virgen, verdad? -dijo entonces de pronto.

Ella se sonrojó aún más de lo habitual y asintió con la cabeza.

-Pues si quieres ir virgen al matrimonio más vale que nos casemos pronto. No soy famoso por mi paciencia precisamente...

Ella ya lo conocía lo suficiente para saber que eso no era verdad. Tenía un autocontrol poco usual y era capaz de ser tan paciente como un ave rapaz observando a su presa... De repente, Lisa sintió un escalofrío. ¿Por qué le habría venido a la cabeza aquella comparación? Trató de no pensarlo y dijo con calma:

-Me gustaría esperar a que volviese Mark. Es la única familia que tengo.

-No tiene fecha fija de vuelta. Puede que tarde muchas semanas -objetó Thorn.

-Sí, pero tú podrías hacerle volver, ¿no?

-Nuestros negocios en aquella zona no se limitan a Hong Kong y gran parte del trabajo consiste en aprovechar las oportunidades según surgen. Tendrá que moverse bastante de un sitio a otro...

Lisa se negó a ceder.

-No quiero casarme hasta que vuelva Mark. Al ver su decisión, Thorn dijo simplemente:

-Muy bien, haré todo lo posible.

-Gracias -sonrió ella, aliviada.

-Entonces, ¿te casarás conmigo dentro de tres días? El corazón empezó a latirle como si hubiese corrido un kilómetro y tragó saliva.

-Sí -susurró al fin.

Al pronunciar aquella palabra un escalofrío le recorrió la espalda, y no supo si fue por la brisa de la noche o por la decisión que había tomado.

## Capítulo 5

T HORN se relajó y Lisa lo oyó suspirar de alivio. Con un elegante movimiento dejó las dos copas y, cambiando de postura, hizo inclinarse hacia atrás a Lisa hasta que estuvo medio tumbada, con la cabeza en el brazo del asiento.

Lo miró a la cara. Era una cara de facciones demasiado duras para llamarla hermosa, pero daba una impresión de virilidad extraordinaria. Una impresión que le debía mucho a la forma de los ojos y a la estructura ósea.

Thorn se inclinó más sobre ella y cubrió su boca con la suya. En cuestión de segundos la calidez de su beso había borrado todo rastro del frío que había sentido antes, y poco a poco una encendida excitación iba ocupando su lugar.

La besó hasta que ella perdió la noción de dónde estaba, hasta que no fue consciente de nada más que el sabor de la boca de Thorn explorando la suya, el contacto de sus manos recorriendo su cuerpo y el embriagador aroma masculino de su piel.

Aún en aquel torbellino de sensaciones advirtió y se sorprendió del ansia de Thorn. Un ansia que, parecía, casi no podía controlar.

Era como si le estuviese dando pruebas de que, realmente, no podría esperar mucho más.

Cuando él al fin alzó la cabeza en su cara se reflejaba la pasión tanto como en la de ella. Sus largos dedos apartaron un mechón de pelo de la mejilla de Lisa y dijo entrecortadamente:

-Es hora de parar, ahora que aún puedo.

Tras decirlo se puso en pie y ayudó a levantarse a Lisa.

Ella se tambaleó un poco, como si estuviera borracha, y él le pasó un brazo por la cintura para acompañarla hasta el dormitorio. Ella abrió la puerta con el corazón en un puño pero, aunque él debía de saber que había encendido su pasión, no hizo ningún gesto de seguirla al interior de la habitación.

Ella se volvió, casi dispuesta a pedírselo, y vio en su rostro un gesto de absoluto control.

-Thorn... -susurró.

Él negó con la cabeza y, con una malévola sonrisa, le dijo:

-Buenas noches, Lisa.

Y se alejó.

Debía de ser verdad que quería que se casara virgen. A la mañana siguiente, cuando subían de la piscina,

Lisa le recordó la promesa que había hecho de ponerse en contacto con Mark.

Thorn, con el ceño un tanto fruncido, dijo solamente:

-Voy a la oficina en cuanto me duche y me cambie. Quince minutos más tarde apareció inmaculadamente vestido con un traje gris perla y se unió a Lisa en la cocina.

La señora Kirk no estaba por ninguna parte. Rechazó las tostadas que Lisa le ofrecía y tomó un café sin siquiera sentarse.

-Hoy tenemos mucho que hacer. Vendré a buscarte tan pronto como pueda... Y no te olvides de ponerte el anillo. Me gusta vértelo puesto.

Y tras darle un beso en los labios se fue.

Tras más de una semana de tener su constante compañía le parecía raro y triste estar desayunando sola y, aunque se llamó tonta por ello, Lisa notó que le echaba de menos.

Estaba sentada en el salón mirando un periódico cuando él volvió a entrar. Ella lo miró con ilusión.

En un tono inexpresivo, él la informó:

-No ha habido suerte con lo de Mark, pero mi secretaria va a seguir intentando localizarlo y, si lo consigue, nos enviará un fax. ¿Estás lista para salir? Ponte algo de abrigo...

Tenía razón: el tiempo había cambiado radicalmente y el día era frío y gris.

Tan pronto como hubieron iniciado los trámites para la boda, Thorn la llevó a una de las mejores tiendas de la ciudad. En la sección de novias, Lisa miraba los preciosos vestidos y le sonreía con los ojos brillantes.

Con una breve expresión de algo que podía ser pena por meterla prisa para elegir, Thorn le preguntó:

-¿Quieres un vestido de novia tradicional?

-Creo que en estas circunstancias un traje será más conveniente.

Tras elegir un dos piezas color marfil de seda, él insistió en comprarle un guardarropa que incluía delicadísima ropa interior, camisones y vestidos de alta costura.

Ella descubrió enseguida que, a diferencia de la mayoría de los hombres, sí le gustaba ir de compras. Tenía mucha paciencia, un gusto excelente e ideas muy claras sobre qué le gustaba que Lisa se pusiera. Le gustaban las líneas sencillas y elegantes y las combinaciones de colores sutiles.

Lisa, que no estaba acostumbrada a aquellos lujos, empezó a protestar. Pero él le repitió que, como esposa suya, tendría que ir bien vestida.

-Por lo que a mí respecta, te encontraría igual de preciosa si fueras vestida de tela de saco. Pero mi reputación de buen marido peligraría

si lo hicieras -añadió con buen humor.

Una vez añadido el calzado a la lista, él pidió que se lo enviasen todo al apartamento y le preguntó a ella:

-¿Quieres algo más?

-Sí -respondió Lisa sin dudarlo.

-¿Qué? ¿Joyas o pieles? -dijo él alzando las cejas. -Una taza de té.

-Te invito a dos.

-Mejor aún.

Cuando llegaron a casa por la tarde las cajas ya estaban allí, al igual que la señora Kirk.

Con la censura emanando de cada poro de su piel se acercó a Thorn:

-Veo que habéis ido de compras -comentó mirándolo fijamente.

Evidentemente, la dama pensaba que Lisa era una chica inocente, y no del tipo de mujer al que se le compra ropa para comprarla a ella.

-Sí: por una razón muy especial -le contestó él con calma.

-¿Y cuál es esa razón tan especial?

-Que Lisa necesita renovar el guardarropa. Nos vamos a casar pasado mañana, o sea que borre ese gesto de desaprobación de su cara.

-¡Casaros! -exclamó el ama de llaves añadiendo a continuación en un tono más seco-. Bueno, por fin te las has arreglado para encontrar una buena chica en vez de esas mujeres de mundo tan estiradas. Me alegro de que hayas tenido el sentido común de no dejarla escapar.

Y con una mirada de aprobación a Lisa se alejó.

Durante un segundo, Thorn se quedó atónito, confuso. Como si las palabras de la señora Kirk hubieran dado justo en la diana sin que él lo hubiera esperado.

Éntonces comentó que tenía que hacer un par de llamadas de trabajo y se fue al estudio, dejando a Lisa sola para abrir los paquetes.

Antes, él le había dicho que sería mejor que se deshiciese de la ropa vieja que había llevado desde Inglaterra. Pero una innata cautela se lo impidió, y colgó sus nuevos vestidos junto a los antiguos en el armario.

A la mañana siguiente, aún no tenían noticias de Mark y Lisa casi no podía ocultar su decepción. Después del desayuno, Thorn anunció que iba a pasar por la oficina una hora o así.

-Han surgido un par de cosas de las que me tengo que ocupar personalmente y, ya que me voy a tomar dos semanas libres para la luna de miel...

Emocionada al comprobar que él iba a dedicarle aún más tiempo, Lisa se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Era la primera vez que ella tomaba la iniciativa.

Al separarse notó que él había adoptado un gesto rígido, como si aquel inesperado beso le hubiera molestado. Pero un segundo más tarde aquella cara de máscara había desaparecido y ella incluso creyó que había sido un efecto óptico.

Al llegar a la puerta, Thorn se volvió para decir:

-¿Tenías intención de salir hoy?

-No lo había pensado.

-No hace muy buen tiempo y tienes el resto de tu vida para conocer Nueva York. ¿Por quéno te quedas en casa y descansas un poco? Últimamente no has dormido mucho y... -añadió con una chispa de picardía en los ojos- las lunas de miel suelen ser agotadoras.

Lisa ignoró el embarazoso comentario y dijo:

-Si consigues hablar con Mark...

-Le diré que lo deje todo y se suba en el primer avión que salga hacia aquí.

Cuando la puerta se cerró tras él, Lisa tomó una revista y se sentó con las piernas extendidas en el sofá. Pero estaba inquieta y no se podía concentrar en lo que leía.

La señora Kirk no estaba. Debía de haber ido al centro de caridad, como todos los días. De improviso, sin saber por qué, el lujoso ático empezó a antojársele una prisión.

Lisa vagó, nerviosa, por todo el apartamento. En su mente se agolpaban las ideas. Todo había sucedido tan rápido... Aún no le parecía verdad que el día siguiente fuese el de su boda, y sin embargo, así era.

No es que tuviera dudas acerca de casarse con él. Pero la sensación de que la habían empujado, de que la había metido prisa, persistía. Si hubiera accedido a esperar una o dos semanas más...

Mark había sido tan amable con ella, se había preocupado tanto, que no quería casarse sin que él estuviera allí. 0, al menos, sin decírselo antes. Intentó animarse pensando que si lo localizaban esa misma mañana aún no sería demasiado tarde. Pero, en vista de los infructuosos intentos hechos hasta el momento, era una esperanza con pocas posibilidades de cumplirse.

Si a él se le ocurriese llamar... Aunque no sabía mucho del mundo de los negocios sí sabía que era extraño que alguien desapareciese tanto tiempo sin ponerse en contacto con su oficina...

¡Su oficina!

Lisa se incorporó. Quien había intentado localizar a Mark era la secretaria de Thorn pero quizá la secretaria propia de Mark, en Electrónica CMH, sabía algo más de él. 0 incluso puede que hubieran

hablado por teléfono.

Se puso en pie de un salto. ¿Por qué no intentarlo? Estaba a punto de descolgar el teléfono cuando se detuvo. Puede que fuese mejor ir en persona. En taxi llegaría en diez minutos y, además, necesitaba salir a la calle un rato.

Ya estaba buscando una gabardina y un paraguas

cuando cayó en la cuenta de que si salía de apartamento ya no podría volver a entrar. Quizá por eso Thorn le había preguntado si pensaba salir, para dejarla una llave.

Se quedó sin saber qué hacer y, súbitamente, recordó que en el escritorio de Thorn había visto una llave extra.

Entró en el estudio sintiéndose incómoda, como si no tuviese derecho a hacerlo. Pero sobre el escritorio, aparte del ordenador y el fax, no había nada.

Lisa dudó. Quizá la había metido en un cajón. Sintiéndose aún peor, pero sin querer rendirse ya, abrió el de la derecha y allí estaba la llave.

Tuvo que recordarse a sí misma que en cuestión de dos días sería la señora de la casa antes de atreverse a tomarla. Al tiempo que lo hacía reparó en una foto con un marco plateado. Era de una chica de su edad, .pero muy distinta a ella.

La rubia llevaba un vestido escotado y había algo abiertamente sexual en su cara. Llevaba los labios rojos y parecía una Marilyn Monroe joven. La foto estaba dedicada Thorn: «A mi querido Thorn, con todo mi amor, Ginny».

Lisa cerró el cajón y deseó no haber llegado a ver aquella fotografía. Pensar en las antiguas novias de Thorn hacía que aumentasen sus dudas.

Pero tenía que olvidar el pasado. Ella era la mujer con quien Thorn iba a casarse. Y, con aquella idea en la mente, salió del apartamento.

Poco después llegó al edificio en que estaban las oficinas de CMH y subió hasta el décimo piso. Se acercó a recepción, donde le indicaron que la oficina de Mark Hayward estaba a la izquierda. En el antedespacho se encontró con una morena de pelo corto que la miraba desde el escritorio.

-¿Puedo ayudarla en algo? -le preguntó ésta inmediatamente.

-Verá, tengo que ponerme en contacto inmediatamente con el señor Hayward y...

-Lo siento, pero está en viaje de negocios -le dijo la secretaria sin prestarle mucha atención.

-Sí, lo sé, pero...

-Si me dice de qué se trata -la interrumpió la secretaria con cierta

impaciencia-, quizá la pueda poner en contacto con otra persona que pueda ayudarla.

-Es un asunto personal. Soy la hermana del señor Hayward...

Tan concisamente como le fue posible le explicó todo a la secretaria.

-Quiero que asista a la boda y esperaba que usted supiese cómo puedo localizarlo.

Los oscuros ojos de la otra mujer se fijaron en el anillo de diamantes con evidente envidia.

-Lo siento, señorita Hayward -dijo en un tono mucho más agradable-, pero no tengo idea de dónde está exactamente. La señora Luten, su secretaria personal, está hoy de baja y yo la estoy sustituyendo.

-Ah...

Al ver la decepción que Lisa no pudo disimular, aquella mujer se volvió de pronto más humana.

-Sin embargo puedo intentar ponerme en contacto con la señora Luten. Si ella me dice dónde está el señor Hayward yo la llamaré o enviaré un fax a usted. ¿Dónde se aloja usted?

-En el apartamento del señor Landers.

-La avisaré tan pronto como me sea posible.

-Gracias -sonrió Lisa.

Aquella sonrisa iluminó su cara, convirtiéndola en una verdadera belleza. La secretaria morena comprendió entonces, con un suspiro, por qué cualquier hombre se hubiese prendado de ella.

Lisa abandonó el edificio mucho más animada. Además había dejado de llover y el cielo se había despejado un poco.

Al echar un vistazo y ver que no había ningún taxi libre acercándose decidió volver a pie. Pero a medida

que caminaba iba perdiendo el buen humor y notó que no tenía deseo alguno de volver al ático y encarar a Thorn. Sin saber por qué, intuía que él no estaría de acuerdo con lo que había hecho.

Cuando llegó y entró dio un suspiro de alivio al ver que estaba vacío. Si volvía a dejar la llave en su sitio él no tenía por qué enterarse de que había salido.

¡Pero aquello era ridículo! Era ridículo ponerse nerviosa, como si hubiera hecho algo malo. Le iba a contar que había salido y para qué.

Aunque, si lo hacía, él sabría que había visto la foto de aquella chica en el cajón. Y podía pensar que había estado hurgando en sus cosas.

Pero tenía la conciencia tranquila, y eso cambiaría si le mentía y no le decía dónde había estado mientras él trabajaba.

Acababa de volver al salón y colgar la gabardina cuando oyó que la puerta principal se abría y entraba él.

Lisa, aún en pie, se volvió y le dijo con una forzada naturalidad:

-¡Qué poco has tardado!

-Bueno, tengo planes para esta tarde y noche. He pensado que podíamos salir y quemar Nueva York, la última fiesta antes de... -se detuvo de repente, mirándola con atención-. ¿Qué ocurre?

-¿De qué? -preguntó ella.

Él se acercó y la agarró del brazo mientras observaba fijamente su cara.

-Estás nerviosa por algo. ¿Por qué?

Ella clavó la mirada en el nudo de la corbata, sin saber por dónde empezar.

Él la agitó levemente.

-Mírame.

Ella echó hacia atrás la cabeza y lo miró a la sombría cara con un nudo en la garganta.

-Dime, Lisa.

Lisa se encontró de improviso asustada. En un tono inseguro y ronco confesó:

-He ido a la oficina de Mark. Pensaba que quizá su secretaria supiera algo más de su paradero...

Los ojos de Thorn se redujeron a dos rendijas verdes y le apretó el brazo con los dedos aún más.

-¿y?

-Está enferma. Se lo expliqué todo a otra mujer que me ha dicho que haría lo que pudiese... ¡Thorn, me estás haciendo daño!

-Lo siento -repuso él aflojando la presión-. ¿Y qué más?

-Nada más, excepto que tomé la llave extra del cajón de tu escritorio. Lo siento... Espero que no te importe. La tensión pareció ceder.

-Claro que no me importa.

-Recordé haberla visto encima del escritorio y...

-No tienes por qué disculparte. Debería haberte dado una llave yo mismo.

Lisa respiró hondo.

-¿d sea, que no estás enfadado?

-¿Por qué demonios iba a enfadarme contigo?

Pero sí se había enfadado. Ella quiso aclararlo todo y dijo:

-He pensado que a lo mejor creías que estaba cotilleado...

-Es lo último que pensaría de ti.

-Y tampoco estaba segura de que quisieras que Mark viniese a la

boda -reveló al fin-. Me he estado preguntando si no habrá habido algún problema entre voso

tros dos...

-Qué chica tan rara eres -dijo él en tono de burla, añadiendo después-. Aunque encantadora.

Le dio un beso en la punta de la nariz antes de seguir.

-Y, hablando de nuestra boda: ya está todo listo. Nos casamos mañana a las diez y media en la iglesia de St. Saviour y, a menos que tu hermano llegue a tiempo, no va a haber más que un par de testigos.

-¿No tienes familia o amigos que vayan a asistir?

-No tengo familia cercana y demasiados amigos como para decidir quién sí y quien no. Además, cuanta menos gente lo sepa mejor: si se entera la prensa se tirarán en paracaídas sobre la iglesia con tal de hacer unas fotos.

-Ah... -exclamó ella comprendiendo al fin por qué se había enfadado.

Con una sonrisa que suavizó sus duras facciones, él le pasó un dedo por entre las cejas para borrar la arruga que había aparecido allí.

-No pongas esa cara de preocupación, no creo que tengamos ningún problema. Y ahora, ¿por qué no nos vamos a celebrarlo por todo lo alto?

Tras una divertida tarde en Coney Island fueron a bailar hasta la madrugada a un local de Manhattan. Thorn bailaba pegado a ella, con la mejilla junto a su pelo, y todas las dudas de Lisa se esfumaron. Nunca había sido tan feliz.

Más tarde, ante la puerta de su dormitorio, la besó con ternura y, con su cara entre las manos, susurró:

-Mañana serás mía.

Él estaba resistiéndose deliberadamente, reprimiendo su apetito y el de ella. Podía, y la llevaría, al paraíso al día siguiente...

Y de repente tuvo la extraña sensación de que, aunque era muy distinta de las otras mujeres que había conocido, aquella dulce e inocente chica podía hacer lo mismo por él.

Pero sólo cuando ya fuese su mujer. Sólo cuando hubiese alcanzado su objetivo.

Al día siguiente, Lisa se despertó tarde y vio que los deslumbrantes rayos del sol ya se filtraban por la persiana. Mientras se ponía unos vaqueros y una camiseta corta, algo cómodo hasta que llegase la hora de ir a la iglesia, pensó que daba buena suerte el que luciese el sol el día de la boda.

Y era feliz, aunque la euforia de la noche anterior había desaparecido, se dijo casi como convenciéndose a sí misma. Pero sería

aún más feliz si Mark hubiera recibido el mensaje y pudiera llegar a tiempo.

Tras desayunar con calma, Thorn sacó una caja plana y pequeña y se la entregó.

-Es un regalo de boda -dijo ante la cara de intriga de ella.

-¡Pero yo no tengo nada que darte!

-Ya me habrás hecho un regalo cuando estemos casados.

Pero lo había dicho con una expresión extraña en la cara y ella, en vez de emocionarse ante sus palabras, sintió un escalofrío.

Él lo advirtió y le preguntó rápidamente:

-¿Es que no vas a abrirlo?

Lisa lo hizo y dio un gritito de alegría al ver sobre el terciopelo negro del interior un camafeo con una gruesa cadena de plata.

En el frente aparecían los perfiles de un hombre y una mujer besándose y, en el reverso, unas manos entrelazadas.

-Thorn ijo a media voz-. No sé cómo darte las gracias. Es justo, es exactamente... ¿Dónde lo has encontrado?

-Lo mandé hacer. Es una copia de un colgante de petición de mano romano. Pensé que te gustaría.

-¡Y me gusta! -dijo con los ojos color avellana resplandeciéndole-. Es perfecto.

-Déjame ponértelo y luego me puedes dar las gracias con un beso.

Aunque era una joya hermosa y romántica resultaba pesada y fría, como una cadena de esclavo, en su deü

cado cuello. Lisa apartó de su mente aquella comparación y se volvió para abrazar a Thorn y besarle.

Las manos de él la tomaron de la cintura y la atrajeron hacia si y sus labios se abrieron ante los de ella. La pasión surgió como un relámpago entre los dos y el mundo se incendió y las llamas los envolvieron.

-Deberíamos ir a cambiarnos ya, si no queremos llegar tarde a la iglesia.

Cuando estuvieron listos para salir, Thorn le confirmó a Lisa que no había habido noticias de Mark y, aunque expresó su pena por ello, no resultó muy convincente.

La antigua iglesia, con su ornamentada fachada de piedra y su rechoncho campanario, estaba incongruentemente custodiada por un rascacielos a cada lado. El interior era oscuro y solemne y la luz que atravesaba las vidrieras dibujaba manchas de color sobre los bancos y la alfombra.

Lisa estaba parada junto a los escalones. Llevaba el traje color marfil, sin velo ni adorno alguno en la cabeza, y un ramo de flores de

albaricoque en la mano. Estaba nerviosa e insegura.

A su lado, impresionantemente guapo con su traje color gris y un clavel blanco en el ojal, estaba Thorn, tranquilo y manteniendo el control.

A pesar de que era un día tan soleado, el interior de la iglesia era frío y húmedo. Lisa no supo si se debía a eso o a los nervios, pero estuvo temblando toda la ceremonia.

Aunque respondió a todo claramente y en voz alta, el acto le parecía tan irreal como una obra de teatro. Lo único de lo que estaba segura era de su amor por Thorn. Era como un firme mástil en su interior, alrededor del cual flotaban como cintas las dudas y los temores.

Era evidente que Thorn no tenía ningún tipo de duda.

Al terminar la ceremonia en su cara había un gesto de triunfo, una arrogante satisfacción. Aquel no era un hombre al que se hubiese arrastrado al matrimonio. Era un novio que sabía lo que hacía y había conseguido exactamente lo que quería.

Tras firmar los documentos le dio las gracias al párroco, le estrechó la mano a la pareja de ancianos que había accedido a ser los testigos y, rodeando a Lisa por la cintura con el brazo, corrió hacia el taxi que les había llevado desde casa, al cual Thorn había pedido que esperara hasta el final de la ceremonia.

En sorprendentemente poco tiempo estaban de vuelta en casa. Una vez más, para asombro de Lisa, Thorn le pidió al taxista que esperase allí.

Cuando subieron, la señora Kirk les estaba esperando con una botella de champán y una tarta. Al enterarse de que no se habían hecho ni una foto insistió en que posaran a la manera tradicional, cortando el pastel de bodas.

Mientras lo probaban y bebían una copa de champán,

Thorn miró el reloj y comentó:

-No tenemos mucho tiempo.

-Bueno, ya tenéis las maletas preparadas -dijo con alegría el ama de llaves-, y he dejado fuera un traje para que se lo ponga la señora Landers durante el viaje. Lisa casi no oyó el final de la frase. Oír que la llamaban señora Landers había captado toda su atención. -¿Es que vamos a alguna parte? -le preguntó a Thorn reaccionando al fin.

-¿No te había dicho lo de la luna de miel?

-Pero no me dijiste que nos fuésemos de viaje -y añadió con un leve desánimo que no comprendía-. ¿Dónde vamos?

-Es una sorpresa -dijo con una mirada pícara-. Tenemos que salir para el aeropuerto tan pronto como te hayas cambiado.

Poco después la señora Kirk les acompañaba hasta la puerta con su habitualmente adusta cara transformada en una enorme sonrisa y enseguida estuvieron de vuelta en el taxi, avanzando en dirección al aeropuerto. Allí les esperaba el avión privado de Thorn, lo cual reforzó la impresión de riqueza y poder que Thorn le transmitía a Lisa.

Tras un despegue sin problemas uno de los tripulantes les sirvió sandwiches de salmón y más champán. Lisa estuvo a punto de pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando.

-¿Ha ido todo demasiado rápido, cariño? -le preguntó Thorn al ver la atónita expresión de sus grandes ojos.

-Me siento como Alicia en el País de las Maravillas -reconoció ella.

-Pobrecita -bromeó él-. No te preocupes, cuando lleguemos a Cayo Jacob vas a tener mucho tiempo para descansar y asimilarlo todo.

-¿Qué es Cayo Jacob?

-La palabra «cayo», quiere decir isla pequeña. Y está en la costa de Florida.

-¡Vaya...!

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano antes de introducirla bajo su espesa cabellera castaña y detenerse en su tibia nuca.

-Y el Castillo de Jacob es ideal para una luna de miel -añadió bajando la voz.

Era un nombre muy raro para un hotel, pensó ella.

-¿Es que ya lo conoces? -le preguntó a Thorn.

-Sí. Hay justo lo que vamos a necesitar: intimidad, una cómoda cama de matrimonio y ninguna distracción.

A ella se le hizo un nudo en el estómago y se le pusieron los nervios de punta.

-¿Cómo es la isla? -le dijo logrando mantener de alguna manera la voz calmada.

Y él se,la describió durante los siguientes minutos, hasta que llegaron a Miami y dejaron el avión para proseguir el viaje en helicóptero. Fue la primera vez que Lisa viajaba en ese aparato y, aunque ruidoso, le pareció emocionante.

Al mirar hacia abajo vio unas herbosas praderas y marismas que supuso que eran los Everglades y, mar adentro, no lejos de la costa, innumerables islitas que parecían ópalos engarzados en el mar color lapislázuli.

Había barcos de todo tipo navegando entre ellas y más adelante se veían ya las islas principales, Cayo Largo y Cayo Oeste.

-¿Ves los puentes? -le dijo Thorn al tiempo que se acercaba a ella para indicarle por la ventanilla dónde estaban-. Hay cuarenta y dos a

lo largo de la autopista de la costa, para conectarla con las islas habitadas.

Y, arropado por el ruido, continuó:

-¿Pero a quién le importa todo eso? Lo que de verdad llevo pensando todo el día es en esta noche... en sentir tu cuerpo desnudo debajo del mío... en escuchar tus gemidos y suspiros cuando te haga el amor de todas las formas posibles... En descubrir qué te da más placer y en enseñarte qué me da placer a mí... y en dormir con la cabeza junto a tu pecho...

Para espanto de Lisa la cara se le comenzó a enrojecer y notó que los pezones se le endurecían bajo la blusa. Escuchó la suave y satisfecha risa de Thorn y le lanzó una mirada suplicante antes de girarse, con las mejillas encendidas, para mirar por la ventana con desesperación.

Cuando empezó a hablar de nuevo ella, sintió el impulso de taparse los oídos. Pero él sólo estaba señalando y diciéndole:

-Ahí está Cayo Jacob, a la derecha. Aterrizaremos en un minuto.

## Capítulo 6

LISA miró en la dirección que Thorn le indicaba y descubrió una isla verde y alargada. Al ir bajando en círculos vio entre los árboles algo que parecía un castillo de piedra gris claro, con torres, almenas y todo. Estaba construido alrededor de un patio cuadrado.

Aunque había pensado que el Castillo de Jacob era un nombre raro para un hotel no había esperado que, en medio de aquel paisaje, también lo hubieran construido a semejanza de un castillo real.

No había ningún signo de vida alrededor cuando aterrizaron en el patio. Thorn salió y le tendió la mano a Lisa para ayudarla a bajar. Ella se agachó y corrió entre el ruido ensordecedor y el torbellino de aire que le enredaba el pelo y desordenaba la ropa antes de, estando lo suficientemente lejos, se volvió para mirar atrás.

Thorn estaba hablando a gritos con el piloto mientras descargaba el equipaje. Tan pronto como las maletas estuvieron ya en tierra el piloto se despidió amistosamente y el plateado aparato se elevó sobre las copas de los árboles hasta desaparecer.

Hacía calor incluso a la sombra y Thorn se deshizo el nudo de la corbata y se la quitó para abrirse el cuello de la camisa.

Lisa tragó saliva con los ojos fijos en aquel pilar moreno de su garganta.

A él, al ver aquel pequeño acto reflejo, le chispearon los ojos. Ella apartó los ojos rápidamente y empezó a observar el entorno. Tras el ruido y el desorden que

había creado el helicóptero todo parecía muy silencioso y extrañamente tranquilo.

-Se diría que estamos solos en la isla -comentó ella con desenfado.

-Y lo estamos -dijo él con una blanquísima sonrisa.

-Estás de broma, claro -le respondió ella dándose cuenta mientras lo decía de que no era así-. El hotel... -empezó a decir débilmente.

-No es un hotel, es una casa -dijo él.

Tomó entonces el equipaje y se dirigió cruzando el patio hacia una gran puerta con remaches y dos ventanas de vidrio emplomado a los lados. Las fuertes contraventanas a prueba de huracanes estaban abiertas.

-Cuando mi padre lo compró hizo que se modernizase un ala para usarla como casa de verano.

Y ahora era Thorn quien poseía la isla entera.

-Pero es tan.., extravagante -protestó ella.

-Sí, no se puede decir que sea normal -afirmó él-. Pero Jacob Stein era un excéntrico, un millonario preocupado por tener intimidad y

seguridad a un tiempo. En los años veinte compró la isla y construyó este edificio, que inmediatamente empezaron a llamar el Castillo de Jacob.

-¿De dónde sacó la piedra?

-Es coquina, roca de coral -repuso Thorn al tiempo que depositaba las maletas en el suelo e introducía una ornamentada llave en la gran cerradura-. Tendrás que tener cuidado de no rozarte, es muy áspera. Excepto en el suelo, en que ya se ha pulido poco a poco.

Abrió la puerta de par en par y entraron a la amplia sala central, tan ancha como la casa, y con las vigas de madera vistas.

Lisa miró a su alrededor, tan atónita como parecía. La sala estaba acondicionada como comedor y sobre la mesa había un cuenco con orquídeas.

Con los ojos fijos en las exóticas flores y tratando de entender algo, Lisa le preguntó:

-Pero, si no hay nadie en la isla, ¿quién cuida de todo esto?

-Una empresa de servicios que hay en Cayo Largo. También pueden enviarme personal doméstico si hace falta pero como estamos de luna de miel -le dijo con un acento más sureño que nunca y con una mirada que hizo estremecerse a Lisa- he pensado que sería mejor estar completamente solos.

Y después añadió en un tono más vivo:

-¿Te gustaría echar una mirada a la planta baja antes de que suba las maletas?

Ella lo siguió a través de una serie de habitaciones con paneles de madera en las paredes y altas ventanas, con chimeneas adornadas con flores y mobiliario moderno, cómodo. La cocina, perfectamente equipada, podría haber sido la de cualquier apartamento de Nueva York.

-Aún no entiendo cómo te las arreglas aquí -le dijo ella con el ceño fruncido--. ¿De dónde sacas el agua y la electricidad?

-Hay un generador y dos depósitos de agua que siempre mantienen llenos -respondió él-. ¿Lista para ver el piso de arriba?

Tras recorrerlo, Lisa siguió a Thorn hasta el dormitorio principal y mientras él se ocupaba de las maletas, ella se acercó a una de las ventanas, que habían dejado abierta para que entrase la cálida brisa. Se acodó en el alféizar y contempló el paisaje.

Había una vista maravillosa: vegetación subtropical en la playa, y el sol poniente luciendo sobre el azul mar mientras las altas palmeras proyectaban su larga sombra en la arena. En la distancia se veía el aplastado volumen verde de otra isla...

Dio un salto al notar que Thorn se había acercado en silencio por

detrás. La atrajo hacia sí para pegar la espalda de Lisa a su musculoso cuerpo y deslizó las manos hasta tomar en ellas sus pechos.

Su boca subía y bajaba seductoramente por el cuello de Lisa, besando y mordisqueando la sedosa piel mientras sus pulgares comenzaban a frotarle los pezones. Estos se endurecieron a su contacto y entonces una de sus manos abandonó el pecho para, tras desabrocharle con habilidad el botón de la cinturilla de la falda, introducirse bajo ella y acariciarle el liso estómago. Después se abrió un sensual camino hacia los muslos.

Aquel no era un jovencito torpe e inexperto, pensó ella. Aquella abrasadora caricia a través de la fina ropa interior la hizo temblar con su promesa de un placer que sólo podía imaginarse aún.

Continuó estimulándola hasta que un torrente de fuego le corría por las venas y le hizo marearse de deseo. Pero en vez de seguir para satisfacer la necesidad que había creado, de repente se detuvo y apartó las manos de ella. Y el sólido cuerpo que la había estado apoyando se alejó.

Lisa se volvió con un murmullo de decepción subiéndola por la garganta. Lo miró y observó una sonrisa de irritante ironía y lástima en su cara. Sabía exactamente lo que le había hecho sentir.

¿Pero por qué le hacía eso a ella? ¿Para castigarla? ¿Pero, por qué? ¿Para hacerla suplicar? Si era así, era una conducta impropia de un hombre que la amase.

Si es que la amaba. Aunque había hecho todo lo posible por enterrar sus dudas, estas persistían en acudir a su mente. ¿Pero si no la amaba por qué había insistido en casarse con ella? Aquella pregunta sin respuesta no desaparecía de su mente. Aunque lo amaba, él era, en muchos aspectos, todavía un enigma para ella.

Y, aún resentida por el poder que ejercía sobre ella, por la forma en que la había excitado deliberadamente, se juró que no le suplicaría y comentó con tanta desenvoltura como pudo:

-Supongo que debería deshacer las maletas.

-Mientras lo haces voy a comprobar si el generador funciona bien. A veces puede dar algún susto -fue todo lo que él repuso.

Se quitó la ropa para ponerse otra más cómoda mientras Lisa colgaba en el armario lo que había metido en la maleta la señora Kirk que, con un total desprecio por el estilo o el precio, había mezclado sus sencillas ropas viejas con las nuevas.

Antes de salir, Thorn se volvió y le dijo educadamente:

-Debes de tener hambre. Cuando hayas terminado baja a la cocina: los encargados ya han dejado una comida preparada.

Tras haber colgado su propia ropa continuó con la de Thorn, en

parte por hacer tiempo, ya que no tenía demasiadas ganas de verlo. Cuando hubo terminado con la ropa de la maleta tomó el traje que se acababa de quitar y que había dejado sobre una silla. La corbata estaba metida en el bolsillo de la chaqueta y, al tirar de ella, salió también una bola de papel que cayó al suelo.

Tras colgar el traje se agachó a por la pelota de papel y, al dejarla sobre la cómoda, reparó en su nombre escrito en el papel. Lo estiró y vio que era un fax dirigido a ella y la hora de envío eran las nueve y media de aquella misma mañana. El mensaje era claro y conciso:

Lisa, por lo que más quieras, no te cases con Landers. Salgo para casa inmediatamente. Te lo explicaré todo en cuanto llegue.

Y lo firmaba Mark.

Con la vista aún clavada en el papel, comprendió que todas sus dudas y temores estaban justificados. Ocurría algo grave. Si no, ¿por qué iba Mark a enviar ese mensaje y por qué iba Thorn a esforzarse tanto en ocultárselo?

Un leve ruido la hizo levantar la vista. Él estaba en el umbral de la puerta, con el pelo revuelto y un mechón cayéndole sobre la frente. Sonriendo dijo:

-Me estaba preguntando dónde te habías metido...

-dijo deteniéndose y perdiendo la sonrisa al ver la cara

de ella-. ¿Qué ocurre?

Ella le mostró el fax sin decir palabra.

Por un segundo, él se quedó visiblemente atónito.

Después disimuló la rabia y el desánimo y, alzando las cejas con ironía, preguntó:

-¿Estás ejercitando lo que las mujeres consideran una prerrogativa de la esposa?

-Si te refieres a si te he estado registrando los bolsillos, la respuesta es no. Al sacar la corbata del bolsillo de la chaqueta salió esto.

-Ha sido una tontería meterlo ahí.

-¿Por qué no me lo has enseñado? Tenía derecho a verlo.

Y él, sin un ápice de arrepentimiento, admitió:

-No quería que te entrasen dudas de última hora

y se estropeasen todos nuestros planes.

Ella reflexionó unos instantes antes de encajar todas las piezas.

-¡Me apuesto cualquier cosa a que ni siquiera habías intentado ponerte en contacto con él! Sabías que se opondría a la boda y preferías hacerlo a sus espaldas.

-Era la opción más sencilla. ¿De verdad te importa el que lo apruebe o no?

-¡Sí, sí me importa! Es mi hermano y lo quiero. -¡Pero si ni siquiera

lo conoces!

-Ni más ni menos de lo que te conozco a ti -terminó ella, irritada por sus palabras.

-Bueno -dijo él con una chispa en los ojos-, hay una forma de que nos conozcamos mejor.

Pero cuando trató de besarla, ella se mantuvo rígida

y apartó la cabeza.

-Quiero saber qué sucede entre Mark y tú.

-¿Nunca has oído hablar de la rivalidad natural entre los machos? -dijo él medio en broma.

-Sí, pero tiene que haber algo más.

-Está bien: nos odiamos a muerte.

-¿Por qué?

Él comenzó a besarle suavemente la mejilla.

-Esta es nuestra noche de bodas. Tenemos cosas mejores que hacer que hablar.

-Quiero saberlo -insistió ella obstinadamente.

-Te lo contaré todo mañana.

Ella lo miró fijamente a las pupilas.

-Ahora.

Una vez más una rabia rápidamente enmascarada apareció en sus ojos.

Irónicamente, le dijo:

-Se me olvida que eres joven e impaciente... -y añadió bajando la voz-. Pero no me digas que no estás aún más impaciente por otras cosas... más excitantes. Él la atrajo hacia sí y Lisa empezó a temblar al notar el calor de su cuerpo. Una mano subió por su cuello y le echó hacia atrás la cabeza y un segundo más tarde sus bocas se habían unido en un beso profundo, con una apasionada concentración que pareció fundirle los huesos.

Pero parte de su cerebro continuaba intacta a aquellas sensaciones, consciente de que intentaba dominarla con su maestría.

Lo deseaba, lo deseaba como no había deseado nunca. Pero no a cualquier precio. Quería ser tratada como un igual y no pensaba dejar que usase el sexo para subyugarla.

Abrió los ojos y puso toda su voluntad en resistirse a aquella dulce droga.

Él lo percibió inmediatamente y, agarrándola de los brazos, le susurró:

-No te resistas, Lisa.

Aquella mirada heladora la hizo asustarse, pero logró decir:

-No quiero que me trates como si fuese un objeto sexual sin

cerebro.

Terminó la frase con un gritito porque sus dedos se cerraban con más fuerza alrededor de los brazos de Lisa.

-¿Cómo quieres que te trate? -preguntó él con una tensa calma.

-ion respeto.

Un asomo de algo que podía ser admiración apareció brevemente en los ojos de Thorn.

-Tengo derecho a saber qué problema hay entre tú y Mark y por qué no quería que nos casásemos -dijo ella con la cara pálida y la voz firme.

-Muy bien, te lo contaré -accedió él al fin reduciendo la presión de los dedos yliberándolá-. Te sugiero que te sientes. No es una historia bonita.

Lisa, que estaba exhausta, agradeció la sugerencia. Se dejó caer en la silla más cercana mientras él caminaba hacia la ventana con las manos en los bolsillos y se quedaba mirando hacia afuera, de espaldas a la habitación.

Mientras esperaba que comenzase a hablar, ella observó con detalle la anchura de sus hombros y los sólidos músculos del cuello, sus correctas orejas y la forma de su cabeza, así como el modo en que el oscuro cabello se le rizaba un poco en la nuca.

Estuvo callado tanto rato que ella empezó a creer que había cambiado de opinión cuando al fin, en un tono frío e inexpresivo, empezó a hablar.

-Era hijo único y tenía trece años cuando murió mi madre. Dos años después mi padre volvió a casarse con una viuda joven y rubia que tenía una hija de diez meses. La niña se llamaba Virginia, aunque todo el mundo la llamaba Ginny.

Es decir, que aquella fotografía era de su hermanastra y no de alguna antigua novia, como ella había pensado.

Él continuó:

-Los dos años siguientes no fueron muy agradables. Nunca me cayó bien mi madrastra y sospechaba de los motivos que la habían llevado a casarse con mi padre. Aquella desconfianza se transformó en repugnancia cuando una noche, mientras mi padre estaba en viaje de negocios, entró en mi habitación completamente desnuda. Yo apenas tenía diecisiete años. Mi padre y yo siempre habíamos estado muy unidos y yo quería irme sin que me hiciera preguntas embarazosas, o sea, que lo convencí de que un año viajando antes de entrar en la universidad me enseñaría más que todo el tiempo que pasara en Oxford.

»En los cuatro años siguientes apenas vi a mi familia. Durante las

vacaciones aprovechaba para viajar por Europa. Pero, cuando iba a acabar la carrera, mi padre me dijo que al terminar quería que fuese a trabajar con él a Atlanta, aunque yo no quería hacerlo.

»Quedaban pocas semanas cuando el destino intervino. La casa de la familia se quemó y mi padre y su esposa murieron, pero milagrosamente, Ginny, que tenía siete años, se salvó.

»Volví a casa enseguida y en cuanto cumplí con todos los trámites me hice cargo de la niña y nos mudamos a Nueva York. Tenía muchas pesadillas y pensé que era mejor que cambiase de ambiente.

»Alquilé una casa y encontré a la señora Kirk, que resultó ser una joya.

Haciendo una pausa se volvió a mirar a Lisa.

-Supongo que te preguntarás qué tiene que ver todo esto con Mark. Ya llegaré a esa parte, pero quiero que entiendas el contexto de la historia -dijo pasándose una mano por la nuca para calmarse antes de continuar-. En los diez años siguientes, Ginny se convirtió en una chica preciosa, animada y llena de una inocencia alocada, y tremendamente sexy -y añadió con un deje de amargura-. Pero yo estaba demasiado ocupado levantando el negocio de mi padre para darme cuenta.

»Aunque parecía mayor, sólo tenía diecisiete años cuando, aprovechando que yo estaba de viaje, se fugó no con un universitario, sino con un hombre experimentado más de diez años mayor que ella. Para cuando me enteré ya estaban casados.

Los ojos de Lisa se abrieron como platos al comprenderlo todo.

-Eso es -dijo Thorn con crueldad-, Mark ya era mi cuñado antes de casarnos tú y yo.

-No sé... No entiendo por qué estás tan furioso -balbuceó Lisa-. Ya sé que había mucha diferencia de edad, pero por lo menos no era un cazafortunas... Y se supone que Ginny se casó con él porque quiso.

-¡Habían tenido una aventura a mis espaldas y ella estaba embarazada!

-Todavía no entiendo por qué...

Thorn la interrumpió con brusquedad.

-Y a pesar de que llevaba un hijo suyo en las entrañas él no tardó en empezar a maltratarla.

-No... -susurró Lisa.

-Un día vino con cardenales en el brazo y comenzó a llorar y confesó que Mark la pegaba. Fui a verlo para amenazarlo, pero él lo negó todo y me dijo que no me metiese en sus asuntos.

Mark no debía de ser ningún enclenque si se atrevía así con Thorn, pensó Lisa.

-Unas semanas después, durante una de sus frecuentes peleas, ella cayó por las escaleras y perdió el niño. Cuando fui a verla al hospital se derrumbó y me contó que él la había empujado. Le dije que dejase a aquel cerdo y volviese a casa.

Lisa miraba con horror la desolada cara de Thorn.

-Cuando le dejé claro que Ginny no iba a volver con él me acusó de interferir en su matrimonio y de cosas aún peores.

-¿Qué?

-Me dijo que estaba celoso, que yo estaba enamorado de ella.

A Lisa le vino a la mente la provocativa pose de Ginny en la foto, una actitud que parecía todo menos fraternal, y preguntó con cautela:

-¿Y era verdad?

En el rostro de Thorn se reflejó el asombro que sintió.

-Desde luego que no -contestó escuetamente-. Jamás la vi como algo más que una niña, una hermana pequeña -y tras una pausa añadió con amargura y angustia-. Una hermana a la que le fallé. Unos días más tarde murió de una sobredosis. Se confirmó que fue accidental, pero no hubiera llegado a tomar drogas de no ser por tu encantador hermano.

»El primer impulso que sentí fue romperle el cuello, pero cuando se me pasó el ataque de ira prevaleció el sentido común. Tenía que haber otras formas de hacerle pagar por lo que hizo.

-No lo entiendo -empezó a decir Lisa con la voz temblorosa-. Si hay tanto odio entre vosotros, ¿por qué te ha vendido CMH?

-No me la ha vendido -dijo Thorn con una media sonrisa-. Debido a unos problemas de liquidez en su empresa me hice con el control de las acciones sin que él lo supiese. Aún no sabe que trabaja para mí. Me ha llevado casi un año pero ahora lo he puesto justo en el lugar que quería...

La mirada de salvaje triunfo que había en la cara de Thorn mientras cerraba el puño lentamente era aterradora.

-Si odias tanto a Mark no entiendo por qué has querido casarte con su hermana... -dijo al tiempo que lo iba comprendiendo.

En una sociedad civilizada, Thorn no había podido vengarse como hubiera deseado en principio. 0 sea que había aplicado la idea de «ojo por ojo...»

Notó que palidecía y que se hacía la oscuridad mientras la habitación empezaba a dar vueltas... Un segundo después sintió que la mano de Thorn le bajaba la cabeza hasta colocársela entre las rodillas.

Ahora todo sería mucho más difícil para él. Ella lo quería, eso estaba claro. Pero también estaba claro que era obstinada y orgullosa.

Tras un momento, Lisa se recuperó del mareo. Cuando trató de

incorporarse, él la ayudó.

Lisa, con la cara pálida y los ojos desorbitados, recordó lo que le había dicho el día que se conocieron: que sus enemigos lo llamaban «despiadado».

Y lo era. Lo había planeado todo para que ella se enamorase de él y aceptara casarse. No había dejado ningún detalle al azar. Por eso la había acompañado a todas partes y se había encargado de que no saliese sola. Con razón se había enfadado tanto al saber que había ido a la oficina de Mark. Si éste hubiera vuelto a tiempo, la parte final del plan habría fracasado.

Quizá más tarde sintiera dolor. Por el momento sólo era consciente de un gran y frío vacío en su interior.

-Si estabas buscando alguna forma de vengarte de Mark, el descubrir mi existencia debió de ser como si te tocara la lotería.

-Sin duda.

A ella le repugnó su crueldad, pero, reponiéndose un poco, le preguntó:

-¿Cómo lo averiguaste?

-Contraté a varios detectives para que investigasen su vida, para que encontraran algo que pudiera servirme para la venganza.

-¿Y fueron esos detectives los que tomaron aquellas fotos de mí?

-Aprendes rápido --dijo con admiración-. Yo ya lo tenía todo planeado, pero quería asegurarme de que no recibía a una impostora en el aeropuerto.

-¿Cómo te las arreglaste para librarte de Mark?

-Organicé un asunto de negocios de última hora que era crucial para la supervivencia de CMH. No tuvo más remedio que ir.

»Antes de irse dejó encargada a la señora Simpson, su ama de llaves, que fuese a recogerte. Por suerte, ella y la señora Kirk van a la misma iglesia y ésta le contó a la señora Kirk que tenía intención de irse a Minneapolis de vacaciones para ver a sus padres justo el día que llegabas tú. Entonces fui a verla y le dije que había habido un cambio de planes: que yo te recibiría y que te quedarías en mi casa hasta que volviese Mark, o sea que podía irse tranquilamente de vacaciones. Me lo agradeció mucho -dijo Thorn añadiendo entonces con satisfacción-. Yo mismo la llevé a la estación de autobuses antes de ir a recogerte.

-Y después todo lo que tenías que hacer -dijo ella con amargura- era convencerme de que me casase contigo. Mi ingenuidad debe de haber sido una gran ventaja, ¿no?

-Si hubieras sido otro tipo de chica, una chica a quien le atrajesen el dinero o la posición social, hubiera sido aún más fácil.

-¿Quieres decir que no hubieras tenido remordimientos de

conciencia?

A juzgar por su cara a Thorn no le había gustado aquel comentario y ella probó a darle otro golpe.

-¿No tendría gracia que hubieras hecho todo esto para nada? A lo mejor a Mark no le importa absolutamente nada que nos hayamos casado.

-Sí le importará.

Ella recordó el fax y admitió ante sí misma que Thorn debía de estar en lo cierto. Pero, negándose a admitirlo ante él, insistió:

-Si es la bestia despiadada que me has descrito no entiendo por qué iba a preocuparse por mí.

-Bueno, yo creo que sí se preocupará.

-¿Y esperas que lo pase mal?

-Espero que pierda el sueño -dijo de un modo casi agradable-. De hecho, yo creo que el proceso ya ha empezado. Ahora mismo estará volviéndose loco para descubrir dónde estamos. A la señora Kirk le hablé de Hawai y a mi secretaria le pedí que reservase dos billetes de avión para Oahu, es decir, que tardará un par de días en encontrarnos.

-¿De verdad crees que va a venir?

-Estoy seguro -dijo él con una calmada confianza.

-Entonces esperarás que le enseñe los cardenales que me habrás hecho.

-No tengo ninguna intención de maltratarte -dijo él con sequedad.

-¿Por qué no? -exclamó ella-. Si me vas a sacrificar para lograr tus fines no sé por qué no me utilizas del todo.

-Eso sí tengo intención de hacerlo -contestó él lentamente.

Estaba claro a qué se refería y la sangre se le heló a Lisa en las venas. Se mordió el labio hasta asegurarse de que su voz sonaría firme al hablar.

-No pienso acostarme contigo.

Él mostró una sonrisa burlona.

-Yo creía que lo estabas deseando. Incluso tenías ganas de hacerlo antes de casarnos. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Todo había cambiado. Antes lo había amado y creído, o casi creído, que él también la amaba a ella. Ahora sabía que la estaba utilizando y lo odiaba.

Sí, él la llevaría a la cama para consumar el matrimonio y porque era la única mujer disponible por allí. Pero Lisa no significaba para él más que el medio de ejecutar su venganza.

-Eres un malnacido sin corazón...

Él chasqueó la lengua diciendo:

-Esa no es forma de hablarle a un marido.

-¡Yo no soy tu mujer! Y nunca lo seré.

-Yo creo que sí -repuso Thorn imperturbable.

Ella negó con la cabeza.

-Me voy de aquí.

-¿Cómo?

Aquella palabra la dejó helada. Thorn había elegido bien el destino de su luna de miel.

Lisa se enfureció por su irónica mirada y contestó:

-Nadando si hace falta.

-La isla más cercana está a un kilómetro y medio.

-Prefiero ahogarme a acostarme contigo.

-Ya veremos después si puedo hacerte cambiar de opinión.

-Tendrás que hacerlo por la fuerza.

Thorn sonrió, inflexible.

-Lo dudo mucho.

Pero tampoco había dicho que no estuviese dispuesto a hacerlo...

## Capítulo 7

UN LENTO escalofrío recorrió a Lisa y Thorn le tendió la mano, preguntándole:

-¿Vas a bajar conmigo ahora a comer algo? Estuvo a punto de negar con la cabeza, pero se lo pensó mejor. Aunque no tenía apetito quería salir de la tensa atmósfera del dormitorio.

Se puso en pie sin responder y evitando tanto los ojos como las manos de Thorn. Había dado un par de pasos hacia la puerta cuando él la agarró por la muñeca y la hizo parar.

Ella se giró para mirarlo con sus grandes y asustados ojos. Había una arrogante sensualidad en el gesto de su boca y sus ojos se clavaron en los de ella autoritariamente.

-Vamos a dejar algo claro le dijo con suavidad-: no pienso permitirte esta actitud. Si prefieres que vayamos directamente a la cama...

-No -logró decir ella a pesar del pánico que la invadió-. Prefiero comer algo.

¡Cobarde!, se dijo Lisa para sí misma. Pero no tenía sentido precipitar lo que más temía.

Bajaron las escaleras de la mano como dos enamorados. Como siempre, su contacto la hizo temblar. Pero esta vez era de odio.

En la bonita cocina les esperaba una estupenda cena fría. Thorn la ayudó a sentarse y, una vez sentada, la sirvió un tentador plato de marisco fresco y ensalada.

-Gracias -dijo ella en un tono frío y formal.

-¿Champán?

-No, gracias, ya... -se detuvo antes de decir que ya no tenían nada que celebrar y dijo-. Ya he tenido bastante champán por hoy.

Tenía el estómago cerrado y tomó un poco de pan y algo de ensalada antes de apartar el plato.

-¿Eso es todo lo que piensas comer? -preguntó él con un deje de impaciencia-. Has comido muy poco en todo el día.

-No tengo mucha hambre -y se atrevió a añadir con dulzura-. No sé por qué será.

El tiro pareció dar en la dianaa porque la cara de Thorn se tensó y, sin más comentarios, éste se dispuso a servir el café.

Mientras se lo tomaban en silencio, Lisa lo observaba con disimulo. Estaba callado y concentrado en sus propios pensamientos, como si examinase su interior. Y, a juzgar por su gesto, no le gustaba lo que había encontrado allí.

Tras unos instantes, su rostro cambió y, en una actitud tan normal

como si no hubiera pasado nada, sugirió:

-¿Por qué no salimos a estirar las piernas?

A Lisa le pareció una buena idea y se puso en pie enseguida. Aún no se había calmado del todo y necesitaba tiempo para recobrar el equilibrio antes de analizar en profundidad lo que había ocurrido.

En el otro extremo de la sala había unas puertas que daban a una terraza con un tramo de escaleras que conducía al puente levadizo sobre el foso.

Fuera la luz era dorada como la miel y la balsámica brisa llevaba un olor a orquídeas y a mar.

Thorn evidentemente quería que la relación continuara siendo amistosa y empezó a hablarle del foso mientras cruzaban el puente.

Lisa caminaba a su lado sin escucharlo, presa del temor ante la noche que la esperaba. ¿De verdad estaría dispuesto a usar la fuerza?

A pesar de su indudable crueldad, Lisa intuía que no lo haría. Un sexto sentido la dijo que aunque era un hombre capaz de todo para seducir a una mujer nunca la forzaría. Le gustaba que fuesen cálidas y bien dispuestas.

Es decir, que su única defensa era mostrarse rígida y fría. Si podía. Aunque ahora lo odiaba por lo que la había hecho, su cuerpo aún ansiaba el deseo y la satisfacción que él podía darle.

Bueno, pues su mente tendría que controlar a su desmandado cuerpo, se dijo. Cuando él hubiese aceptado la derrota, ella insistiría en tener su propia habitación. Y cuando Mark viniese, si venía...

Absorta en sus pensamientos tropezó y hubiese caído al suelo de no ser por Thorn. Aquello la hizo volver a la realidad y advirtió que estaban en un sendero, rodeado de plantas trepadoras y exuberante vegetación, que llevaba a la playa.

Al llegar a ésta vieron ocultarse el disco naranja del sol bajo el mar y el crepúsculo cayó como cae cerca del trópico: con la rapidez de un azul telón sobre un escenario.

Se quitaron los zapatos y caminaron por la playa uno junto a otro, pero sin tocarse.

-Cuando era pequeño solía venir aquí a nadar -le contó él-. Y es uno de los mejores sitios en Norteamérica para bucear.

El contacto de la arena bajo sus pies era sensual y tibio, las olas susurraban al llegar a la orilla y sobre sus cabezas sonaba el rumor de las hojas de las palmeras agitadas por la brisa. Las estrellas comenzaron a lucir.

Era hermoso y romántico y, de pronto, ella sintió ganas de llorar. Si las cosas fuesen distintas... Si de verdad estuviese enamorado de ella...

Pero las cosas no eran distintas. Y él no la quería.

Y sabiendo eso de ninguna manera se prestaría gustosamente a consumar el matrimonio.

Aunque antes había hablado con total confianza en su poder de persuasión ahora no estaba haciendo ningún intento de aprovechar el romántico ambiente de la idílica noche tropical.

Pero era un magnífico estratega... Quizá la superficial conversación y la actitud platónica eran parte del plan para hacerla sentirse segura.

Pues estaba perdiendo el tiempo, porque sí estaba alerta.

-Tienes un gesto fiero -le dijo él, divertido.

Aquello la hizo salir de sus pensamientos y reparó en que habían llegado al final de la playa. Frente a ellos, más allá del arrecife de coral, se recortaba ante la luna llena la silueta de los manglares al borde del agua.

El cielo color añil estaba salpicado de estrellas y el plácido mar tenía reflejos de plata sobre negro. Aparte de unas pocas luces en el horizonte era como si estuvieran solos en el mundo. Era una noche mágica,, una noche para enamorarse...

Thorn se sentó y dio unas palmadas en la fina arena invitándola a hacer lo propio.

-Ven a sentarte a mi lado y cuéntame por qué estás tan enfadada.

Y ahora quería encandilarla con su encanto y sus palabras tiernas.

-No, gracias -le contestó ella glacialmente.

Un segundo después, él la agarraba de la pierna y la hacía caer sobre su regazo.

-Así está mejor. No me gustas nada cuando te pones orgullosa -le dijo en un tono de total satisfacción.

-Déjame.

-La verdad es que no quieres que te deje ir -dijo en un tono deliberadamente humillante y con una sonrisa burlona-. Sólo me lo dices porque quede intacto tu orgullo. ¿Dónde estaban el encanto y las palabras tiernas?

-Pero estás perdiendo el tiempo -continuó él-. Sé que estás loca por mí y...

-¿Qué demonios te hace pensarlo? -lo interrumpió ella, logrando mantener un tono de desprecio y distancia.

-Siendo el tipo de mujer que eres nunca te hubieras casado conmigo de no estar loca por mí.

Aquello dio justo en el blanco y Lisa le espetó:

-¿No has oído hablar de la atracción sexual? Pues incluso eso ha desaparecido en cuanto he descubierto el tipo de hombre que eres. Él rió con desprecio.

-No me cuentes cuentos. Estás encaprichada y lo sabes. Si yo no hubiera tenido otros planes y hubiera seguido el juego un poco, te hubieras acostado conmigo la primera noche.

-Eres un egoísta, creído... -trató de liberarse pero él la retuvo fácilmente con un solo brazo.

-Me vendrá muy bien tener una mujer joven e impulsiva y, si eres obediente, puede que hasta te trate bien... A mi manera, claro -añadió con sarcasmo.

Con la mano libre le tomó el pecho, acariciándolo con una deliberada insolencia. El pezón se endureció bajo sus dedos y él rió levemente.

-Las reacciones de tu cuerpo son muy fuertes. Me pregunto si te harán volver a mí suplicando cuando ya hayas servido a mis fines y me quiera deshacer de ti.

-Eres un bastardo...

Sus palabras de desprecio y el tono de sarcasmo hicieron enfurecerse a Lisa. Perdió el control y, sollozando desesperadamente, se arrojó sobre él como una tigresa y le golpeó la cara con una primitiva violencia de la que nunca se había creído capaz.

La fuerza de aquel golpe lo tendió de espaldas. Él, sin hacer ningún ademán de contraatacar, se defendió manteniéndola a raya hasta que uno de los puños de Lisa le llegó a dar en el pómulo. Él la agarró ambas muñecas y rodaron por la arena, hasta que él se sentó sobre ella para detenerla.

Un segundo después, la boca de Thorn buscó la de Lisa empujando su cabeza contra la arena.

Su inquieta lengua, la aspereza de su incipiente barba, y el peso de su cuerpo sobre el de ella eran potentes afrodisiacos.

Él le soltó las muñecas y ella recorrió su sedoso pelo con las manos, como aprendiendo la forma de su cabeza.

La mano de Thorn se movió hacia abajo, dejando un rastro de fuego en su piel, siguiendo la curva de la cintura.

De improviso la ropa le parecía una prisión. Quería desesperadamente sentir el contacto de la piel de él. Como si pudiera leerle el pensamiento, Thorn le desabrochó la blusa con un rápido y hábil movimiento y abrió el broche delantero de su sostén.

Le acarició las costillas y el pecho con sus largos dedos y cuando éstos encontraron sus firmes pezones, ella gimió. Un segundo después la boca ocupó el lugar de los dedos y ella se retorció de deseo cuando él se los mordisqueó, enviando a su interior las más exquisitas sensaciones.

Mientras salían ahogados gemidos de la garganta de Lisa, él la

despojó de la falda y la extendió sobre la arena. A continuación se deshizo con rapidez del resto de las ropas de ambos. Cuando volvió a abrazarse a ella, Lisa sintió con asombro su dura masculinidad rozándole la sensible piel.

-Por favor... Por favor... -suplicó ella.

Él le separó los muslos y sus dedos investigaron con delicadeza pero firmemente entre ellos antes de que él entrase en ella lentamente por primera vez.

En el instante de completa calma que siguió, él susurró:

-Estás bien, cariño.

A ella le ardía la seca garganta y dijo con la voz ronca:

-Sí... claro que sí...

Él comenzó a moverse de nuevo rítmicamente, llegando cada vez más profundo, mientras la espiral de maravillosas sensaciones que engendraba dentro de ella crecía en intensidad hasta que todo su ser se elevó.

Se detuvo uno o dos segundos, haciéndola esperar, antes de liberarla con un último y potente empuje. Ella gritó al sentir que el mundo entero explotaba en una cascada de fuegos artificiales y su cuerpo se convulsionaba bajo el de él.

Su reacción disparó la de él y, unos segundos después, con la respiración entrecortada, él tembló hasta quedarse completamente quieto, con la cabeza descansando sobre su pecho.

Lisa no era consciente más que de su cuerpo y del peso del de Thorn sobre ella, ciega y sorda, mientras unas deliciosas ondas de satisfacción la inundaban.

Poco a poco la conciencia del mundo exterior retornó a su mente. Oyó la brisa agitando las ramas de las palmeras y el sonido de las olas y, más cerca, el canto de un pájaro nocturno.

Dejó escapar un suspiro y Thorn se movió y alzó la cabeza. Al notar el movimiento, ella abrió los ojos para descubrirlo observándola a la luz de la luna.

No supo que había estado llorando hasta que él le secó las lágrimas con los pulgares. En su bronceado rostro había una expresión mezcla de ternura y júbilo. Aunque había esperado una reacción ardiente estaba asombrado y encantado al ver la profundidad de su pasión.

-¿Has disfrutado de tu primera vez? -le preguntó suavemente.

-Sí -era una palabra que se quedaba muy corta y le dieron ganas de reír. Sin defensas en aquel momento,

admitió-. No tenía ni idea de que las sensaciones pudieran ser tan intensas. Creía que iba a morir.

En los ojos de Thorn apareció una mirada de triunfo que ella no

pudo reprocharle y su boca se curvó en una gran sonrisa antes de preguntarle malévolamente:

-¿No sabías que las sensaciones fuertes se potencian unas a otras?

Ella tardó un instante en comprenderlo. Sin querer que su voz sonase indignada sino intrigada, dijo:

-Lo has hecho a propósito...

-¿Hacer qué?

-Decir todas esas cosas tan humillantes para que me enfadase.

-He pensado que era la mejor manera de romper las barreras -reconoció él- y ponerte furiosa ha tenido un doble fin. Pero no me esperaba que fueses tan salvaje -dijo palpándose con cuidado la mejilla-. Casi me pones un ojo morado, ¿no te arrepientes?

Lisa estaba aún en un estado de euforia que rayaba la embriaguez y, agarrándolo por el cuello para acercarle la cara a la suya, susurró:

-En este momento no me arrepiento de nada...

La boca de él selló la suya y, con habilidad y ardor, comenzó a excitarla otra vez. El era amable con el cuerpo de Lisa, y enseguida ella se abandonó y reaccionó con todo el fuego de su apasionada naturaleza.

Esta vez, él le hizo el amor despacio. Se movió con una lentitud enloquecedora, haciéndola jadear al retirarse hacia atrás antes de volver a avanzar inexorablemente en su interior.

Sólo cuando supo que estaba al borde, aceleró el ritmo, reprimiendo sus propias sensaciones hasta que ella gritó y él sintió las palpitaciones dentro de ella. Entonces se relajó y la siguió al abismo.

Después, con la falda arrugada aún bajo sus cuerpos, Lisa se durmió entre sus brazos con la cabeza junto a su pecho.

El cosquilleo de sus pestañas la hicieron suspirar y moverse.

-Despierta, cariño -le dijo él-. Es hora de irnos a la cama. Hace mucho frío de madrugada y no quiero que te resfríes.

Pero el sueño de ella era demasiado profundo y sólo consiguió mascullar algo incomprensible antes de acurrucarse de nuevo junto a él.

Lisa despertó lenta e indolentemente y se desperezó. Su mente aún estaba nublada por el sueño y apenas era consciente de aquella sensación de bienestar en todo el cuerpo.

Continuó tumbada con los ojos cerrados mientras algunas ideas empezaban a filtrarse en su conciencia. Hoy iba a ser el día de su boda... No, ayer fue el día de su boda... Mark no había llegado a tiempo... Pero recordaba el anillo, y el pastel de la señora Kirk y el helicóptero...

De pronto, el reguero de pensamientos se convirtió en una riada al

romperse el embalse. Con un profundo dolor y una rabia inútil y amarga recordó la perfidia de Thorn y luego, con desprecio por sí misma, su propia rendición.

Su mente le presentaba la escena de la playa una y otra vez, como si quisiera torturarla. Una vez más sintió el éxtasis cuando el cuerpo de Thorn invadió el suyo, la fresca brisa de la tarde en la encendida cara, los granos de arena bajo la cabeza...

Pero ahora, aunque no recordaba haber vuelto a entrar en la casa, estaba en una muy cómoda cama.

Con un bostezo ahogado abrió los ojos para ver que la luz del sol llenaba la habitación.

Al volver la cabeza vio que Thorn estaba a su lado. Apoyado sobre un codo estudiaba su cara como si quisiera aprender de memoria cada rasgo: la boca, un poco grande, la cara en forma de corazón, los marcados pómulos y el hoyito de la barbilla...

-Buenos días -le sonrió él.

Aunque se arrepentía amargamente de su rendición, se descubrió pensando en lo devastadoramente atractivo que era, tan sexy y viril con aquellos ojos verdes copados de pestañas, un mechón de pelo negro sobre la frente y la oscura sombra de la incipiente barba.

Él se inclinó para besarla y, como ella apartó la cara, el beso aterrizó en la mejilla.

-¿No me das un beso de buenos días? -preguntó él, intrigado.

-Debes de pensar que soy una mujer fácil.

-Creo que eres un encanto.

Y era verdad. Aunque no era su tipo, ya que a él siempre le habían gustado las mujeres altas, refinadas, las bellezas de pelo negro que sabían lo que hacían, Lisa había llegado a fascinarlo raramente. Tenía valor, amabilidad, dulzura y un aura sexual de la que no parecía consciente en absoluto.

-Y yo creo que eres un cerdo mentiroso -le dijo ella entre dientes.

-Yo esperaba que después de lo de anoche las cosas irían mejor, que hoy estarías un poco más... digamos resignada, a ser mi mujer. Un poco más animada.

-Me siento fatal -dijo ella escuetamente.

-¿Ayudaría en algo una taza de té?

Ante su silencio, él salió de la cama y se puso una bata azul marino y, descalzo, se encaminó a la puerta.

Ella deseó que no volviera nunca, no tener que volver a verlo jamás. Deseó poder salir corriendo y dejarlo todo atrás, incluso los recuerdos. Pero eso, lo sabía bien, era imposible. A cada segundo se acordaría de él y de su noche de amor.

Había sido un amante extraordinario. Claro que eso ya lo esperaba de él. Lo que no había esperado era la cautela y la consideración que había mostrado con ella. El empeño en no hacerla daño... al menos físicamente.

Aun así la había mentido, la había embarcado en aquella farsa de matrimonio y, en sti beneficio y a pesar de la oposición de Lisa, había usado unos métodos despreciables para consumar el matrimonio.

De alguna manera hubiera preferido que lo hiciese por la fuerza. Al menos así su orgullo hubiera quedado intacto.

Pero ahora la culpable era ella. Su propio cuerpo la había traicionado y se daba asco a sí misma. Claro, que si Thorn creía que eso iba a volver a ocurrir estaba muy equivocado: ¡su magnetismo sexual no era tan potente como él pensaba!

Mantendría el control y evitaría otros contactos en el futuro. Y cuando Mark llegase se iría con él...

La puerta se abrió para dejar paso a Thorn, que llevaba una bandeja con el desayuno. Lisa se sentó bruscamente y, al ver que estaba desnuda, se tapó el pecho con la sábana.

Él la observó con una mirada de sarcasmo y, sin hacer ningún comentario, sirvió dos tazas de té. Cuando le ofreció una galleta, ella negó con la cabeza.

El, sentado al borde de la cama, dijo sardónicamente:

-No me digas que tu primer encuentro con el amor, además de generar un tardío pudor, te ha dejado sin habla...

-No fue amor -objetó ella con amargura-. Sólo deseo.

Él se encogió de hombros.

-Lo llames como lo llames, yo diría que le tienes una afición natural.

Lisa se sonrojó. Su primer encuentro real con el amor físico la había sorprendido: nunca había sospechado que bajo su cotidiana calma se ocultara una naturaleza tan tempestuosa.

-¿Cómo he llegado hasta aquí? -dijo para cambiar de conversación-. Lo último que recuerdo es que estaba en la playa.

-Estabas profundamente dormida, o sea, que te traje en brazos.

-¿Desde allí? -exclamó ella.

-Hay un atajo y tú no pesas mucho.

-No sé por qué no me desperté -murmuró ella, incómoda.

-Estabas completamente exhausta, lo cual no me sorprende -su voz se hizo más profunda-. Fuiste tan ardiente, tan apasionada...

Ella agachó la cabeza con la vergüenza reflejada en el rostro.

-¡No pongas esa cara! -le ordenó él bruscamente.

-¿Cuál?

-De vergüenza, de arrepentimiento por ser una mujer cálida y apasionada. Como si te odiases a ti misma.

-Me desprecio... Aún más de lo que te desprecio a ti -añadió sin pensárselo.

A las pupilas de Thorn asomó la rabia, pero la ocultó enseguida bajo una máscara inexpresiva. Tras un par de segundos dejó en la bandeja la taza de té y sugirió con amabilidad:

-¿Te gustaría acompañarme a nadar un rato?

Lisa estuvo tentada de negarse, pero cambió de opinión. Hasta que Mark llegase estaba atrapada con Thorn y el sentido común le decía que las cosas serían más fáciles si la situación se volvía lo más similar posible a la vida normal y cotidiana.

Una vez logrado esto, todo lo que tenía que hacer era mantener la calma y hacer que su relación fuese lo más civilizada posible.

Forzándose a usar un tono natural dijo:

-Es una buena idea, pero antes me gustaría darme una ducha.

-En eso estaba pensando yo también.

¿Por qué no se iba entonces? No quería salir de la cama con él allí y ninguna bata a mano.

Al ver que ella no se movía, él le preguntó:

-¿Estás esperando a que te envíe una invitación para compartir mi cuarto de baño, o es que te da vergüenza?

-Ninguna de las dos cosas -mintió ella.

-En ese caso... -él se puso y en pie y con un hábil movimiento apartó la sábana, dejándola desnuda a la luz del día- venga, fuera.

Se recordó a sí misma que ya la había visto desnuda antes y, con toda la dignidad que pudo, se levantó y fue hacia el armario.

Sin ser consciente de ello, había decidido no llevar nada de lo que le había comprado Thorn, incluidos los anillos y el colgante.

Dando para sus adentros las gracias a la señora Kirk por meter en la maleta sus vestidos viejos rebuscó entre las cosas que había en la estantería de arriba. Para cuando hubo encontrado lo que andaba buscando, Thorn, por suerte, ya estaba en su cuarto de baño.

Se quitó el colgante y el anillo de pedida y lo dejó en la cómoda, pero cuando llegó el momento de quitarse el de casada dudó.

¿Sería porque se lo había puesto en la iglesia? ¿Porque en aquel momento aún creía que Thorn la quería y que ese ibaa a ser un matrimonio real?

Fuese por lo que fuese, no pudo quitárselo. Llamándose tonta mil veces se lo dejó en el dedo, prometiendo que se lo devolvería a Thorn antes de salir de la isla.

Tras lavarse los dientes se duchó, dejando correr el agua por aquel

cuerpo que llevaba las huellas de su pasión, un cuerpo que se sentía distinto, satisfecho y radiante, aunque sus pensamientos eran dolorosos e inquietos.

Qué extraño que su mente y su cuerpo, hasta hacía poco un todo armonioso, estuvieran tan en desacuerdo.

Suspirando, se lavó el pelo para eliminar los últimos restos de arena, se lo envolvió en una toalla y se puso sus sandalias y el traje de baño amarillo que tenía desde que aún estudiaba. Era viejo y le estaba pequeño, sobre todo en el pecho, y no le sentaba nada bien, pero eso le convenía. Lo último que quería era provocarlo.

Estaba en el dormitorio tratando de encontrar un pasador para hacerse una cola de caballo cuando regresó Thorn con dos toallas de playa. Recién duchado y afeitado, con unas sandalias y un bañador negro que se ceñía a sus caderas, tenía un aspecto embriagadoramente viril.

Recorriendo con la vista la esbelta figura de Lisa le preguntó:

-¿Qué es eso que llevas puesto?

Ella lo miró con una fría arrogancia hasta que la dignidad de su estampa se esfumó al caérsele el turbante hacia un lado. Ella se lo quitó, dejando caer la masa castaña de rizos sobre sus hombros desnudos y dijo:

-No sé a qué te refieres.

-Lo sabes muy bien -dijo él rebuscando en el armario y sacando el bikini de leopardo-. Deja de jugar y ponte esto.

-No estoy jugando, y no me lo voy a poner -dijo echando por la borda la reciente decisión de mantener una relación civilizada con él-. No pienso ponerme nada de lo que me compraste. No quiero que me trates como una...

El se abalanzó sobre ella y le levantó la barbilla con una mano.

-Te trataré como quiera tratarte -dijo en un tono peligrosamente calmado-. Y si eres dócil yo seré amable contigo. Pero si presentas batalla tendrás que atenerte a las consecuencias. Por última vez, Lisa, ¿vas a quitarte esto por las buenas o prefieres que te lo arranque yo?

# Capítulo 8

LISA, que sabía muy bien que no era una amenaza hueca, se apartó de él arrancándole el bikini de la mano y entró al cuarto de baño con lágrimas de rabia en los ojos.

¡Era un animal arrogante y dominante! Le hubiera encantado poder desafiarlo, pero tuvo que reconocer, muy a su pesar, que tenía la capacidad de hacerla obedecer. 0 sea, que en los días siguientes tendría que llevarlo lo mejor que pudiese y seguir sonriendo.

Cuando regresó a la habitación con el bikini de leopardo ya puesto, él no prestó atención ninguna a su rebelde expresión y dijo con una satisfacción irritante:

-Así está mejor.

-El poder debe de crear adicción -comentó ella con amargura.

-Sí -confirmó él-. Una vez que lo has probado todo lo demás parece insípido en comparación.

La chispa de su mirada le dijo a Lisa que iba a provocarla otra vez.

-Ahora ven a darme un hesito para enseñarme la mujercita tan dócil que tengo.

De alguna manera ella consiguió superar la rabia y le rozó la mejilla con los labios.

-Con poco entusiasmo, pero algo es algo -suspiró él-. Venga, vámonos -dijo tomándola de la mano tras echarse las toallas al hombro.

Sin hablar, tomaron el atajo hasta la playa, donde las olas rompían en la arena y la brisa tropical agitaba las palmeras. El agua era de color aguamarina en la orilla y, mar adentro, lapislázuli y añil, mientras que junto al arrecife tomaba un maravilloso tono jade.

Thorn dejó las toallas sobre la arena y, tras descalzarse y aún de la mano, entraron en el agua.

A Lisa le chocó la fría temperatura del agua pero, cuando se acostumbró, ésta le pareció una cálida seda que rodeaba su piel. Aunque nunca había nadado en el mar, el tener a Thorn junto a ella le daba confianza.

Nadando despacio se podía ver a través de las cristalinas aguas y observó coral, anémonas y peces de unos colores fantásticos paseándose entre el lecho de algas que cubría el fondo.

Aunque Thorn era mucho mejor nadador, se quedó junto a ella y tan pronto como Lisa empezó a cansarse la esperaba mientras ella flotaba sobre la espalda en el agua.

Al mirar hacia un lado vio que él paseaba la mirada por todo su cuerpo. Su intensa expresión hizo sonar la alarma y el corazón se le

aceleró. De pronto, inquieta y asustada, empezó a nadar hacia la playa.

Thorn alargó el brazo y la agarró de la muñeca. Ella se resistió y tragó algo de agua, por lo que empezó a toser.

-No -le dijo él bruscamente mientras le sostenía la barbilla con una mano.

Le sujetó la cabeza a flote mientras con la otra mano le bajaba la parte de arriba del bikini para dejar al aire sus pechos , y después la atrajo hacia sí. Los pezones rozaron el vello de su pecho e, inmediatamente, se le pusieron duros.

Él tomó con la otra mano sus nalgas y las apretó contra su cuerpo. Lisa sintió la firmeza de su viril deseo de un modo que hizo que se le encogiera el estómago.

-Pásame los brazos alrededor del cuello -le ordenó él roncamente.

Ella lo obedeció como si no tuviera voluntad y entonces él le tomó los muslos con las manos para hacer que le rodease la cintura con las piernas. Después la rodeó con sus firmes brazos para aprisionarla pegada a él.

El movimiento del agua mecía sus cuerpos y ella lo miró, indefensa, mientras sentía un dolor dulciamargo, un dolor cuyo centro era él. Un dolor que le daba, al mismo tiempo, un increíble placer.

Acto seguido él tomó sus labios y, mientras acunaba su cuerpo con la ternura de un padre, entró en su boca con la fiereza de un conquistador.

Al fin abandonó sus labios y, agachando la cabeza, halló sus pezones y uno tras otro los saboreó, desatando en su interior unos espasmos como reacción.

Ella respiraba profundamente y sin poder evitarlo apretó su húmeda cabeza contra sus pechos, queriendo prolongar aquel exquisito tormento.

Tras unos instantes, él volvió a levantar la cabeza para decirle al oído:

-Me deseas. Dime que me deseas.

Ella, renuente a reconocerlo, apartó la cara.

-Dilo -le ordenó él-. Quiero oírlo.

-Ya sabes que sí -dijo ella añadiendo desde lo más profundo de su corazón-. ¡Pero ojalá no fuera así! Me desprecio por desear a un hombre al que odio, un hombre que me está utilizando.

Ella observó cómo él palidecía a pesar de la bronceada piel. Aquellas palabras habían sido como un puñado de piedras que le hubiesen arrojado.

Sin una palabra más la soltó y comenzó a nadar vigorosamente

hacia la playa. Ella quedó flotando un instante antes de comenzar a hacer lo propio.

Pero estaba más cansada de lo que había pensado y la playa parecía estar muy lejos. El mar, en vez de sostenerla, daba la impresión de que se la quería tragar.

Le dio pánico quedarse demasiado atrás y forzó la brazada para alcanzarlo. Los pulmones empezaron a resentirse y sintió una presión en el pecho. Abrió la boca para tomar aire, tragó agua y, atragantándose, comenzó a hundirse.

Con el corazón a toda velocidad y un rugido en los oídos luchó y salió de nuevo a flote pero enseguida se hundió otra vez.

Entonces, como por milagro, unas fuertes manos la sujetaron y mantuvieron su cabeza fuera del agua.

-No te muevas -le ordenó él, añadiendo en un tono más tranquilo-. Ya estás a salvo. Vuélvete y flota sobre la espalda.

La arrastró hasta que, al acercarse a la orilla, se puso en pie y la tomó en sus brazos.

Una vez en la cálida arena la depositó en el suelo y se sentó junto a ella.

-Gracias -logró decir ella con la respiración aún entrecortada-. Me temo que no soy muy buena nadadora.

-No debí haberte dejado -dijo con un enojo en la voz que Lisa adivinó iba dirigido contra sí mismo-. ¿Cómo estás? ¿Has tragado mucha agua?

-Estoy bien. Sólo he tragado un poquito, eso es todo.

Pero, a pesar del calor que hacía, estaba muerta de frío y temblando.

-Mejor te llevo a casa -dijo él, preocupado.

La envolvió con las toallas y, una vez más, la levantó en brazos y comenzó a caminar a una velocidad que daba muestra de su excelente forma fisica.

-Si no tienes cuidado esto se va a convertir en una costumbre -bromeó ellaa aún tiritando.

Él le lanzó una breve y sorprendida mirada y luego, con una media sonrisa pícara, contestó:

-Se me ocurren otras peores.

Al llegar a la casa la llevó directamente al baño y, como si fuera un bebé, la metió en una bañera llena de agua caliente y perfumada.

Ella se sentó con la cabeza apoyada en el borde y la reconfortante tibieza del agua empezó a reemplazar a aquella profunda sensación de frío.

El, al ver que recuperaba el buen color, le preguntó:

-¿Puedo dejarte sola un par de minutos?

-Claro.

-No lo tengas tan claro. Un shock es algo muy imprevisible.

-Ya estoy bien, en serio -insistió ella, agradecida al ver su preocupación.

Él regresó casi inmediatamente.

-Tómate esto.

Se incorporó un poco para agarrar la taza de té con azúcar que él le había llevado y, aunque odiaba el té con azúcar, se lo bebió dócilmente.

-Ahora relájate y en un momento te daré el desayuno en la cama -dijo él mientras le apartaba un húmedo rizo que se le había pegado a la mejilla.

-No sé por qué tengo que volver a la cama: no soy una inválida.

-Vas a quedarte toda la mañana en la cama -respondió él, añadiendo sarcásticamente-. Y, para que no te preocupes, quiero decir sola... Si quieres compañía tendrás que pedirlo.

Tras irse él, ella volvió a recostarse y cerrar los ojos. ' Era una mezcla extraña, pensó. Tan considerado y tierno algunas veces, y tan frío y cruel otras...

Pero era un hombre como no había dos.

Y si, algún día, alguna mujer lograba ganarse su amor

y su respeto esa sería una mujer muy afortunada. Estaba casi dormida cuando él volvió. -¿Te has aclarado el pelo? -No.

Una vez que ella lo hubo hecho, él tomó una toalla ~, y le secó los rizos castaños casi por completo. Después la ayudó a salir de la bañera, le secó la piel con una delicadeza que hizo volver a la vida a cada terminación nerviosa del cnernn rle 1 ;ca

Unos minutos más tarde estaba metida en la cama, rodeada de almohadones, aturdida y excitada. A juzgar por la mirada irónica de Thorn mientras le daba de comer los wafles con caramelo, éste sabía exactamente lo que había hecho y lo había disfrutado mucho.

¡Por supuesto! La noche anterior le había explicado que las sensaciones se reforzaban unas a otras y además acababa de decirle que si quería compañía tendría que decirlo. Era evidente que esperaba que el susto derribase las barreras, tal y como hizo la rabia, y ella cayese en sus brazos.

Pues su plan había fallado. Aunque una parte de ella deseaba desesperadamente estar con él, Lisa no pensaba ceder.

Tan pronto como terminó el café y, temerosa de cambiar de opinión, fingió un bostezo.

-¿Estás cansada?

Ella asintió sin hablar. La voz podía traicionarla.

Él hizo un gesto de ironía, admitiendo tácitamente la derrota, antes de taparla como si fuera una niña.

Dejó las ventanas abiertas pero corrió las cortinas y dijo suavemente antes de desaparecer:

-Que duermas bien.

La leve brisa agitaba la floreada tela de las cortinas, se oía el avión volando sobre la isla y, en la distancia, las gaviotas chillaban...

Su cuerpo aún, estaba excitado y creyó que no se dormiría. Pero un instante después el mundo se desdibujó y los párpados se le cerraron...

Lisa comenzó a emerger gradualmente de aquel profundo sopor para pasar a un sueño más ligero y, entonces, empezó a soñar.

Alguien estaba tendido a su lado y la besaba. Eran unos besos suaves, sobre los párpados y las mejillas, y mientras tanto unas hábiles manos se deslizaban bajo la fina camiseta de algodón para acariciar sus pechos y despertarlos también.

Ella se abandonó completamente con un suspiro y cuando aquellos fascinantes labios le rozaron los labios e intentaron aparatarse, ella echó los brazos alrededor de un cálido cuello y abrió los suyos como una invitación.

Con los ojos aún cerrados disfrutó de la satisfacción que aquellos labios y aquellas manos le daban sin prisa alguna hasta convertirla en una dócil masa de sensaciones.

Ella se movió para dejar avanzar aquellos dedos que la invadían tan sabiamente y, dejando escapar murmullos de placer cuando alcanzaron el centro mismo del aquella exquisita sensación, esperó a que la llevasen al clímax.

Pero estos se detuvieron de golpe y se retiraron negándose a darle el placer que ansiaba... Y entonces, increíblemente, él se apartó.

Con una exclamación de frustración, ella intentó tirar de él para mantenerlo cerca. Aquel hombre de carne y hueso, y no de fantasía, se mantuvo lejos.

-Tienes que pedírmelo, Lisa... -dijo un burlón susurro junto a su oído.

Ella fue incapaz de romper el oscuro embrujo de los sentidos, incapaz de negar la necesidad que la inundaba, a pesar de su determinación de no rogarle.

-Por favor... Vamos, por favor...

Tras un instante eterno sintió aquel conocido peso sobre su cuerpo mientras, piel con piel, él se acomodaba en el acogedor lecho de sus caderas.

La primera y profunda penetración hizo retorcerse en un éxtasis el

cuerpo de Lisa y comenzó la espiral que culminaría en una explosión de luz y júbilo.

Un par de instantes después, Thorn se tendió a su lado y la abrazó. Ella permaneció quieta, con la cabeza sobre el hombro de él, mientras el mundo volvía a la normalidad y los latidos de sus corazones recuperaban el ritmo habitual.

Pronto lo odiaría a él y se odiaría a sí misma, pero en aquel momento todo lo que sentía era deleite en la virilidad y la fuerza de aquel hombre que era su marido, deleite en el placer que se podían dar el uno al otro. Porque aquello era un intercambio de placer, y ambos daban y recibían. De eso no cabía ninguna duda.

Y era maravilloso.

Lisa le iba a devolver la sonrisa a Thorn cuando el sentido común empezó a hacer su aparición y la hizo recordar que no había amor entre ellos. Sólo sexo...

No se dio cuenta de que había pronunciado las dos últimas palabras en voz alta hasta que él le contestó con dulzura:

-El sexo no tiene nada de malo mientras sea una experiencia placentera para ambas partes. Si dejas de resistirte, no sólo a mí sino a tus propios deseos, y disfrutas de lo que compartimos, encontrarás la situación más fácil de llevar.

Aquellas palabras la hicieron ponerse rígida. Si creía que iba quedarse dócilmente a su lado hasta que completase la venganza y estuviese listo para deshacerse de ella estaba muy equivocado.

Se apartó bruscamente y se sentó en la cama.

-¿Y esperas que no me importe que me hayas engañado para casarme contigo? ¿Y tampoco el que me estés usando para hacerle daño a mi hermano? ¿Que te vayas a deshacer de mí cuando ya no te sirva para nada?

Él se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Con un cruel gesto en los labios dijo:

-Suponiendo que juegues bien tus cartas quizá no quiera deshacerme de ti. Si al cabo de cinco meses... Eso es lo que duró el matrimonio de Ginny. Lo que tardó tu hermano en llevarla a drogarse...

Lisa se encontró preguntándose qué tipo de hombre sería su hermano. No sabía nada sobre su matrimonio, o sea, que no podía defenderlo. Pero por lo poco que lo conocía, por sus cartas y su actitud hacia ella, no parecía el tipo de hombre que maltrataría a su esposa embarazada.

-Como estaba diciendo... -continuó Thorn mientras la acariciaba la mejilla- si al cabo de ese tiempo resulta que todavía me interesas,

tengo intención de mantener nuestro matrimonio.

-¡Muy amable! Pero se te olvida una cosa.

-¿Qué?

-Yo. Lo que yo quiera y tenga intención de hacer.

-Quizá sea hora de dejar una cosa clara -dijo él negando con la cabeza-. Harás exactamente lo que yo diga. Aunque estoy dispuesto a ser un marido tolerante entre mis planes no está...

-Quizá sea hora de que yo te deje algo claro -dijo ella entre dientes-. Tus planes, sean los que sean, no cuentan. No tengo intención de quedarme contigo cinco días si puedo evitarlo, por no hablar de cinco meses. Si Mark viene...

-Vendrá.

-Pues me iré con él.

-Me temo que no lo puedo permitir.

-No puedes retenerme aquí -dijo ella valientemente.

Pero trató de no pensar en lo que ocurriría si había pelea entre él y Mark. La perspectiva era espantosa.

-Si te importa mínimamente tu hermano -dijo él como si supiese lo que estaba pensando Lisa- no hará falta llegar a soluciones desagradables. Con tu cooperación encontraremos una salida más civilizada y, sin embargo, efectiva.

Lisa esperó con el corazón en un puño.

-Por el momento -continuó Thorn- todavía tiene algunos recursos y una vida aparentemente normal. Aunque soy dueño de su compañía podría mantenerme al margen y permitirle dirigirla. Por otra parte -añadió con una mirada verde y glacial-, tengo el poder suficiente para dejarlo en bancarrota. Mañana mismo lo podría poner en la calle sin un solo centavo. Depende de ti.

-Si es un ser tan despreciable como tú dices, ¿por qué iba a importarme lo que le ocurriese?

El desafío de Thorn estaba perfectamente calculado.

-Pero tú no crees que sea así, ¿verdad?

No, no lo creía. La misma intuición que le había dicho que había algo oscuro en Thorn le decía ahora que las cosas no podían ser como él las pintaba.

-¿Qué prefieres Lisa? Puedo arruinarle si hace falta, pero creo que hacerle sufrir por ti como yo sufrí por Ginny es un castigo más adecuado.

Una cosa estaba clara: no podía quedarse parada y ver como Mark lo perdía todo. Era su hermano y había sido tan amable con ella...

Si accedía a quedarse ganarían algo de tiempo y quizá; con suerte, Mark no se preocupase tanto como Thorn pensaba...

Al leer en su cara lo que pensaba, él sonrió y dijo:

-Me alegro de que hayas decidido cooperar.

-Vas demasiado rápido -dijo ella intentando mantener el control de la situación. Si me quedo quiero tener una habitación propia y me tienes que prometer que no...

-Sin condiciones, Lisa. Si te quedas conmigo yo dicto las normas -le dijo él posándole un dedo sobre los labios.

-¡0 sea, dominación absoluta!

-Puede que llegue a gustarte -dijo recorriendo el borde de sus labios con el dedo.

-¡Ni en sueños!

Él rió.

-Bueno, si es igualdad lo que buscas puedes empezar ahora mismo...

Confusa ante sus palabras y su gesto le preguntó, insegura:

-No sé a que te refieres.

-Entonces te lo enseñaré.

Se acercó a ella y le rozó levemente los labios antes de apartarse.

-Ahora bésame tú -dijo él-. Vamos, bésame. Sabes que, a pesar de todo, lo estás deseando.

Era verdad. Lo deseaba. Como si estuviera embrujada acercó sus labios a los suyos. Al notar que los de él permanecían cerrados los recorrió con la punta de la lengua. Cuando finalmente se abrieron, ella se emocionó ante aquella pequeña victoria. Tardó un par de instantes en notar que las manos de él recorrían su cintura. Él se deslizó poco a poco hasta quedar medio tumbado.

Tomó entonces una de las manos de Lisa y se la llevó hasta el corazón y la mantuvo allí mientras susurraba:

-Sí, tócame...

Ella obedeció y dejó correr sus dedos sobre el áspero pecho en una exploración tan satisfactoria como erótica.

Siempre había soñado con acariciarlo con libertad y ahora se deleitaba en el contacto de sus sólidos huesos y músculos, en la suavidad de su piel y las potentes curvas de sus hombros.

Animada por los acelerados latidos del corazón llevó los dedos a las costillas, y le acarició la delgada cintura y las caderas hasta llegar a su liso y duro estómago.

La respiración de Thorn se entrecortó cuando ella bajó aún más y tomó en su mano aquella carne erecta. Sonriendo, con la sabiduría transmitida desde los tiempos de Eva, la acarició y comprendió triunfalmente que tenía casi tanto poder sobre él como él sobre ella.

Excepto que en el caso de él casi cualquier mujer le valdría.

Aquella idea fue como un jarro de agua fría y la hizo detenerse. Pero cuando trató de apartarse, él la retuvo entre sus brazos diciendo:

-No, mujercita mía, no te vas.

-Déjame -dijo ella forcejeando-. No quiero...

Se resistió hasta que, exhausta, probó la resistencia pasiva. El la desnudó sin piedad y se entretuvo con sus pechos. Con toda la maestría de que era capaz la enloqueció poco a poco y la arrancó gemidos y jadeos que no pudo contener.

Pero sólo cuando la sintió suplicar bajo su cuerpo, asaltada por sensaciones tan intensas que casi la torturaban, se avino a complacerla.

Y con varias y potentes estocadas la envió a flotar por el aire antes de volver lentamente a la tierra.

Ella estaba ya prácticamente dormida cuando él la liberó de su peso, físicamente y emocionalmente agotada.

Lisa se despertó e inmediatamente lo recordó todo. Una mezcla de excitación y humillación surgió dentro de ella. Miró a su alrededor y descubrió que, por suerte, estaba sola.

Suspirando apartó las revueltas sábanas y con los miembros rígidos y doloridos se acercó a la ventana y apartó la cortina.

La inocencia de la primera hora de la mañana había dado paso a la descarada luz de la tarde.

Si aquella hubiera sido una auténtica luna de miel no hubiera pasado más tiempo en la cama, pensó con una chispa de irónico humor.

Después se dio una ducha para relajar los músculos y a continuación, con una toalla enrollada, fue hacia el armario para buscar algo que ponerse de entre sus antiguas posesiones. Al abrir el cajón de la ropa interior reparó en que allí sólo estaba la que Thorn le había comprado. Sospechando lo que ocurría abrió de golpe la puerta del armario: toda la ropa que llevó desde Inglaterra había desaparecido.

Aún estaba protestando para sus adentros cuando la puerta se abrió y apareció Thorn. En su porte había una combinación de triunfalismo y decisión. Y tenía una insoportable cara de satisfacción.

-¿Qué has hecho con mi ropa? -explotó ella.

-Me he deshecho de ella -repuso él con calma.

-Pues si crees que me voy a poner algo de lo que tú me has comprado...

-Bueno, no hace ningún frío. 0 sea que si no te quieres vestir es asunto tuyo... La verdad es que yo te prefiero desnuda -y añadió acercándose mucho-. Pero me temo que debo insistir en que te pongas

esto.

Antes de darse cuenta, él ya le había colocado el anillo pero, al ir a hacer lo propio con el colgante, ella se lo quitó de las manos y, furiosa, lo arrojó contra la pared.

-Recógelo, Lisa -dijo él sin moverse y con el rostro despojado de toda expresión. -No.

-Lo vas a recoger y lo vas a llevar para complacerme. Ella se resistió desesperadamente.

-Si te obedezco en todo mi vida ya no será mía. -Obedéceme -le dijo él con una mirada que despedía

furia.

Ella intentó mantenerse firme, trató de agarrarse a su fuerza de voluntad, pero la determinación de aquel hombre tenía tal fuerza que no había forma de oponerse a ella.

Llamándose cobarde y con un sollozo, Lisa cruzó la habitación y se arrodilló para recoger el colgante de debajo de la cómoda. Cuando por fin lo encontró, las manos le temblaban de tal manera que no podía ni cerrar el broche.

-Deja que te lo ponga yo -dijo él en un tono suave y satisfecho.

Cuando ya lo tuvo colgado del cuello, frío y pesado, Lisa reunió la poca calma que le quedaba y dijo altivamente:

-Gracias.

Él miró el reloj y después recorrió con la mirada su cuerpo, aún cubierto por la toalla.

-Son las seis y cuarto -comentó perezosamente-. ¿No tienes intención de vestirte para cenar?

Con la cabeza muy alta, ella contestó:

-No, a menos que me pueda poner mi propia ropa.

-Me temo que eso no es posible -dijo Thorn en

un tono casi de lástima-. Sin embargo, si realmente quieres recibir a tu hermano sin más atavío que una toalla...

El corazón de Lisa se lanzó a la carrera.

-¿Quieres decir que viene para acá? ¿Esta tarde? Con una fría sonrisa que la heló las venas, Thorn

confirmó:

-Sí, estará aquí en unos veinte minutos.

## Capítulo 9

CON UN pánico que le encogía el estómago, Lisa preguntó enseguida: -¿Cómo lo sabes?

-Me mantengo en contacto con el continente.

-Con tus espías, querrás decir.

-¡Qué melodramático! -se burló Thorn.

-¿Es que has hecho que le sigan?

-No me gusta dejar nada al azar -admitió él-. De hecho, va a llegar antes de lo que yo pensaba. Bueno -añadió con sarcasmo-, ¿lo vas a recibir con la noticia de que tu cruel marido te ha escondido la ropa?

Lisa no se molestó en contestarle y se giró para dirigirse al armario. Thorn la detuvo agarrándola de la muñeca.

-Sólo quiero recordarte una cosa, cariño -dijo con crueldad-. Si trata de convencerte de que te vayas con él, niégate. Por su bien -y entonces añadió con desenfado-. Si quieres contarle por qué, puedes hacerlo.

«¡Sí, claro, y hacer que además se sienta culpable!», pensó ella.

-¿No quieres también que llore y me agarre a él un poquito? -dijo Lisa sin pensárselo dos veces.

-Llora todo lo que quieras. Pero recuerda que si se preocupa demasiado eso podría traer consecuencias desagradables...

La imagen de dos perros luchando por un hueso apareció en su mente mientras observaba alejarse a Thorn escaleras abajo.

Un segundo después su cerebro empezó a funcionar

con una curiosa lucidez y finalmente decidió cual sería la mejor estrategia.

Se vistió con un vestido de seda roja, ceñido y con escote, y se puso unas sandalias a juego. Luego se recogió el pelo en un moño, dejando fuera algunos rizos, y se maquilló con cuidado. Al mirarse en el espejo descubrió que el efecto era el que buscaba: la tímida chica había dado paso a una refinada y elegante mujer con un anillo de diamantes brillándole en el dedo. Una mujer que transmitía confianza en sí misma.

Ahora sólo necesitaba unas gotas de ese perfume francés que le había parecido demasiado fuerte cuando Thorn se lo regaló. Ya estaba lista.

Él estaba en el salón, junto a la puerta de la terraza, y al verla entrar tuvo que mirarla dos veces.

-¿No te gusta? -le preguntó añadiendo con aire inocente-. Lo elegiste tú.

Él, recuperando el aplomo, respondió:

-Tienes un aspecto maravilloso.

Pero en absoluto el que Mark se esperaría... Estaba tan claro como si él lo hubiera dicho en voz alta y ella se felicitó a sí misma.

-Sabes cómo llegará Mark hasta aquí? -preguntó Lisa esperando oír un helicóptero en cualquier momento.

-En barco -dijo él al tiempo que señalaba una motora azul ya amarrada en la playa.

-Ya está subiendo hacia aquí -dijo Thorn con una salvaje satisfacción que dejaba ver lo ansioso que estaba por enfrentarse a él.

Lisa, luchando por controlar su nerviosismo, salió a la terraza. Cuando Thorn la siguió le dieron ganas de saltar de alegría. Si pudiera seguir marcando el paso ella...

-Se acerca una tormenta -comentó él.

Lisa sintió un escalofrío y se preguntó si sus palabras serían proféticas. En ese preciso instante avistó a un hombre alto y bien formado con el pelo rubio y rizado que se acercaba. Instantes después, con la vista fija en la pareja, cruzaba el puente y subía las escaleras.

Su agradable rostro tenía una expresión sombría y cansada, y tenía la frente cubierta de sudor, los zapatos polvorientos y el traje arrugado. Tenía el aspecto de alguien que, perseguido por un demonio, había viajado demasiado lejos y demasiado rápido.

Thorn dio un paso al frente pero ninguno de los dos hombres habló. Tras el primer choque de miradas ambos miraron a Lisa, como esperando su reacción.

Ella observó a aquel hombre que tenía el ceño despejado y los ojos castaño oscuro de su madre y no le resultó un desconocido, como si todos aquellos años de separaciónn no hubieran existido. Eran hermano y hermana, eran de la misma sangre y la actitud de Mark le confirmó lo que ya sabía: que se preocupaba por ella.

Aquella corriente instantánea de reconocimiento y simpatía la llenó de una cálida sensación y la hizo olvidar sus temores, afianzando su decisión de hacer funcionar el plan.

-Mark -dijo con alegría y una sonrisa radiante en la cara-, ¡me alegro tanto de conocerte por fin!

Al tiempo que ella se ponía de puntillas para besarle en la mejilla él la abrazó fuerte antes de preguntar muy rápido:

-¿Estás bien?

-Soy la mujer más feliz del mundo. ¿Quién no lo sería con un marido tan estupendo?

Se volvió para tomar a Thorn de la mano y hacer que se acercase más.

-Cariño, ven a saludar a Mark.

Se podrían haber hecho apuestas a cuál de los dos estaba más asombrado.

Rogándole al cielo que le siguieran el juego, Lisa esperó con una sonrisa en los labios. Cuando ambos se hubieron saludado con una fría inclinación de cabeza, ella les tomó a los dos por el brazo y, pequeña y delicada en medio de aquellos dos hombretones, les condujo hacia el interior hablando sin parar.

-Thorn me dijo que vendrías tan pronto como pudieras. Siento que te perdieses la boda. Fue un poco precipitado pero, una vez que comprendimos que nos habíamos enamorado, no pudimos esperar...

Y sonrojándose encantadoramente miró a Thorn con devoción.

Una vez dentro llevó a Mark hasta el sillón más cercano mientras decía:

-Siéntate, anda. Pareces agotado. Pero es que este calor y la humedad...

Buscó otro tema de conversación y halló la inspiración al ver el mueble bar del rincón.

-Thorn nos preparará algo frío de beber, ¿verdad, cariño?

Él asintió con una mirada irónica.

-Por supuesto. ¿Qué quieres tú, preciosa?

-Un vodka con tónica y mucho hielo.

-¿Y tú, Mark? -preguntó Thorn con educación pero sin afecto.

Mark se secó el sudor de la frente con el pañuelo y dijo, un tanto asombrado:

-Lo mismo, gracias.

Mientras Thorn servía las bebidas, Lisa se sentó en el brazo del sillón de Mark y le preguntó:

-¿Qué tal fue el viaje a Hong Kong? ¿Fue todo bien?

Mark se vio obligado a hablar y comenzó a relatar los estupendos acuerdos que había cerrado durante el viaje.

A continuación, para alivio de Lisa, Thorn le hizo un par de preguntas al respecto y durante un rato conversaron civilizadamente.

En cierto momento, Mark interrumpió la descripción de uno de los contratos que se firmaron para decir de repente:

-Lo siento, Lisa. No debería haber ido. Me arrepiento mucho de haberte abandonado así...

-¡Pero si no me dejaste abandonada! -dijo ella con firmeza-. Hiciste todo lo posible para asegurarte de que estaba bien cuidada.

Y entonces, luchando por llevar la iniciativa, añadió rápidamente:

-Y me pareció muy amable por parte de Thorn el ir a recibirme, y dejarme vivir en su apartamento, en

vez de obligar a la pobre señora Simpson a cancelar sus vacaciones

-y acurrucándose junto a él añadió--. Ha sido tan bueno conmigo... Se ha asegurado de que tuviese todo lo que necesitaba...

-No absolutamente todo -objetó Thorn malévolamente.

Ella continuó como si nada.

-Pero lo mejor de todo es que se ha tomado tiempo para enseñarme Manhattan y estar conmigo todo el día. Y las cosas no podrían haber salido mejor -comentó mientras le tomaba la mano y se la estrechaba-. Es como un sueño hecho realidad. Casi no me puedo creer que estemos casados...

Un relámpago iluminó súbitamente la habitación y la hizo dar un salto. Aquello les hizo reparar en que el cielo se había oscurecido considerablemente. Al relámpago le siguió un trueno lejano.

Thorn se puso en pie con un elegante movimiento, manteniendo a Lisa a su lado, y se dirigió a Mark:

-Si tienes intención de volver a la costa esta noche sería mejor que no lo dejases para mucho más tarde.

Aunque muy cortés era sin duda una orden.

Lisa observó a los dos hombres mientras sentía que la tensión le aprisionaba la frente. La hostilidad flotaba en el ambiente.

Corriendo un riesgo calculado se apoyó en el costado, de Thorn y mirándolo a la cara dijo:

-Pero puede quedarse aquí, ¿verdad, cariño? -lanzó una risita pícara y añadió-. Ya sé que estamos en nuestra luna de miel pero...

Mark adoptó súbitamente una expresión confusa e insegura. Se sonrojó levemente y se puso en pie.

-Gracias, pero creo que me voy a ir. Ya he reservado la habitación en el hotel.

Ella se acercó a abrazarlo.

-No sé como darte las gracias por preocuparte tanto por mí.

Dijo mostrando por un segundo a la verdadera Lisa.

-Mira, hermanita -comenzó a decir él desesperadamente-, ¿estás segura de que sabes...?

-Sé que tú y Thorn habéis tenido vuestras diferencias en el pasado -lo interrumpió apresuradamente- pero de ahora en adelante todo va a ir bien.

En su voz había una alegre confianza que estaba muy lejos de sentir.

-Gracias por venir y... -se detuvo, quedándose sin palabras por un momento, antes de seguir--. Cuídate. Ya tendremos ocasión de hablar más cuando Thorn y yo volvamos a Nueva York.

Mark estudió su cara y, tras unos segundos, se volvió súbitamente.

Otro relámpago iluminó el cielo mientras Thorn salía a la terraza

siguiendo al otro hombre.

-Antes de que te vayas quiero informarte de la situación de CMH...

Lisa los observó. Ambos eran de la misma estatura pero Mark parecía más joven y algo menos fuerte que Thorn.

-No me importa nada lo que me hagas a mí, pero más te vale tratarla bien a ella -le oyó decir con la emoción contenida.

La risa suave y burlona de Thorn lo siguió mientras bajaba las escaleras hacia el puente. Un momento después se oyó el motor del bote y vio la motora alejarse y unirse a una flotilla de barcos que huía de la tormenta.

Tras el siguiente relámpago empezó a llover a mares, tanto que casi no se oyó el trueno.

Lisa cerró las puertas ante aquel diluvio y empezó a decir con cierta ansiedad:

-¿Crees que Mark...?

-No le pasará nada -la interrumpió él y añadió, sibilinamente, volviéndose a mirarla-. Deberías preocuparte más bien por ti misma. Tengo intención de darte tu merecido por toda esa farsa.

Siempre había sabido que Thorn era del tipo de hombre al que es mejor no contrariar. Pero, en su deseo de calmar los temores de su hermano, no había pensado en las consecuencias.

Y ahora era demasiado tarde.

De pie en medio de la oscura habitación, mientras la tormenta rugía fuera, reprimió el pánico que la asaltaba y dijo con tanto desprecio como pudo:

-¿Por qué no? Eres un hombre muy fuerte. Si quieres ponerte en el lugar de la sartén que le dice al cazo que le tizna... Pero hagas lo que hagas no se, lo pienso contar a Mark.

-No tendrás que hacerlo.

Se aproximó, alto y amenazador, y ella tuvo que recurrir a todo el valor que poseía para no moverse de donde estaba.

La tomó por la barbilla y le levantó la cara, sonriendo ante su gesto de miedo.

-Puedes haber engañado hasta cierto punto a tu hermano con tu actuación de mujercita devota pero él ya está bastante preocupado. Sabe perfectamente por qué me he casado contigo.

Estudió la pálida y cansada cara de Lisa y, súbitamente triste, dijo con un suspiro:

-Has sido tan valiente, tan noble, al defender a un hermano que no vale ni la décima parte que tú...

-Vale la pena todo lo que pueda hacer por él -respondió ella-. ¿Es que no ves que no es la clase de hombre que maltrataría a una mujer

embarazada? -le suplicó ella con desesperación-. Tienes que estar equivocado.

Los rasgos de Thorn se endurecieron.

-Se te olvida que me lo contó Ginny. ¡Y no es posible que ella se equivocase!

Lisa reconoció que era inútil seguir. Que jamás podría limpiar el nombre de su hermano ante Thorn porque luchaba contra un fantasma. Se le humedecieron los ojos y, a pesar de sus esfuerzos por no parpadear, dos lágrimas gemelas le rodaron por las mejillas.

Él se las secó con los pulgares y comentó con más amabilidad:

-Parece que ya has tenido bastante por hoy. Y este torbellino emocional no es nada bueno para ti.

La tomó de los hombros y la hizo sentarse en un sillón antes de salir de la estancia.

-He comprobado que tu hermano ha llegado bien. Un poco mojado, pero bien -dijo al regresar-. Ahora relájate y vamos a cenar algo.

Aquella inesperada amabilidad la hizo llorar aún más. A pesar de toda su arrogancia y la ocasional crueldad, podía ser tan tierno y considerado cuando quería...

Si se hubieran conocido en otras circunstancias y hubiera podido enamorarse de ella... Pero era una reflexión inútil y triste.

Poco a poco la tensión cedió y en su lugar quedó un vacío, una dolorosa tristeza.

Cuando Thorn entró de nuevo estaba muy animado.

-Es simplemente una cena de microondas, pero ven a comer algo.

Aunque lo último que tenía era hambre se dirigió a la cocina. Al entrar la cegó el brillo de la luz que él había encendido.

Todavía se oía la lluvia corriendo por los cristales y bajando por las cañerías, pero la tormenta se estaba alejando.

Cuando él empezó a servirle el pollo con arroz, Lisa meneó la cabeza sintiendo unas ligeras náuseas.

-No creo que...

-Tienes que comer algo -le espetó él con suavidad y firmeza-. No has comido prácticamente nada en los dos últimos días.

Al tiempo que le servía una copa de vino siguió hablando:

-De ahora en adelante me voy a encargar de que disfrutemos a fondo de nuestra luna de miel, o sea que vas a tener que recuperar las fuerzas... -riendo súbitamente ante la cara de ella aclaró-. Quiero decir para otras cosas, además de hacer el amor...

Aquella risa lo hacía irresistible y a Lisa le dio un vuelco el corazón al observar las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos.

-Cuando pase la tormenta volverá a hacer sol. Y la señora Kirk va a

pensar que nos hemos pasado demasiado tiempo en la cama si no volvemos con un buen bronceado...

Ella le agradeció lo que intentaba hacer y, incapaz de permanecer insensible ante tal encanto, sintió que una chispa de calor empezaba a eliminar aquel frío en su interior.

-0 sea, que tenemos varias actividades al aire libre en agenda. Voy a llevarte de paseo, y a navegar. Y si el incidente de esta mañana no te ha asustado demasiado podemos probar a bucear...

-Sí, me encantaría...

-Bien -dijo él alzando la copa en honor a su valentía-. Prometo cuidarte más en el futuro y estoy seguro de que te vas a divertir. ¿Brindamos por eso?

Ella dio un sorbo de aquel delicioso vino helado y dejó la copa en la mesa. Entonces él, como si fuera una niña, le puso delante de la boca el tenedor con un trozo de pollo y la animó:

-Vamos, come...

Tras tomar aquel bocado siguió ella sola, cayendo en la cuenta de pronto de que estaba muerta de hambre.

A lo largo de la cena el cielo se fue despejando y él le hablaba sobre las islas y la costa de Florida.

-El fondo del mar es fascinante. Hay todo tipo de criaturas extrañas y bancos de peces de colores que nadan entre el coral y los barcos naufragados.

-¿Hay muchos barcos hundidos? -preguntó ella, muy interesada.

-El arrecife se ha llevado más oro de los galeones españoles que ningún pirata.

Mientras conversaban amistosamente tomando café y coñac, Lisa se fue sintiendo más cansada.

-Si quieres irte a la cama... -murmuró él con una extraña dulzura.

Ella se puso en pie comentando:

-Es prácticamente lo único que he hecho hoy: quedarme en la cama y dormir.

-Bueno, no exactamente -dijo él.

Y al ver cómo ella se ruborizaba pensó en lo divertido que resultaba burlarse un poquito de ella.

-Yo subiré dentro de un rato --añadió tras darle un breve beso en los labios.

Tras lavarse los dientes y prepararse para acostarse observó que había salido la luna, y se apoyó en el alféizar de la ventana para contemplar la playa bajo sus rayos.

Lo único que rompía el silencio era el murmullo de las olas y el de las miles de gotas de lluvia que caían de las hojas de los árboles al

suelo.

El aire era fresco y cargado de humedad y en el cielo brillaban montones de estrellas sobre un fondo azulón. Parecía que al día siguiente estaría despejado y podrían empezar a hacer todas las cosas que Thorn había sugerido.

Había hablado de disfrutar de su luna de miel. Pero, ¿cómo podía disfrutarla con un hombre que la utilizaba, un hombre al que odiaba?

No, no lo odiaba. Lo había intentado pero no lo había logrado.

Aunque sí odiaba la atracción que sentía hacia él, la forma en que él usaba aquella atracción para derrotar su voluntad, para satisfacer una necesidad que cualquier mujer...

Aquella idea se interrumpió cuando le vinieron a la mente la madrastra de Thorn y la pobre Carole. No, no le servía cualquier mujer...

Quizá, debido a aquella desilusión cuando era tan joven, sentía cierto desprecio por las mujeres en general. Quizá era incapaz de amar y sólo se centraba en conseguir a aquellas que deseaba...

Y a ella la deseaba. De la potente atracción mutua no cabía ninguna duda.

¿Qué hubiera hecho él si ella le hubiera repugnado físicamente? ¿Casarse igualmente y mantenerla a raya a base de amenazas, en vez con el doble juego de amenazas y sexo?

Porque las dos cosas habían influido, reconoció ante sí misma. No había accedido a quedarse a su lado sólo para proteger a Mark: realmente no había sido capaz de abandonarlo.

El sexo era un lazo muy sólido. Y a ella la había atrapado como una telaraña a una mosca: estaba atada con unos delicados, sedosos hilos de fascinación...

Se sobresaltó. Thorn se movía con una ligereza asombrosa en un hombre de su tamaño y, absorta en sus pensamientos, no lo había oído acercarse. Él la rodeó con los brazos.

-¿Qué haces aquí todavía? Pensaba que ya estarías en la cama y dormida.

-Estaba mirando. Es una noche preciosa -dijo con la voz algo ronca.

Thorn acercó la cara hasta estar mejilla con mejilla.

-¿Quieres acostarte conmigo, Lisa?

-¿Es que tengo elección?

-Sí, la tienes -repuso él con una breve sonrisa.

Y Lisa tuvo en ese momento la extraña seguridad de que si decía que no él la respetaría y no trataría de seducirla.

-¿Por cuánto tiempo? -preguntó ella respirando hondo.

-Todo el tiempo que estés conmigo.

Un escalofrío la subió por la espalda. Quizá se había equivocado y él no la deseaba. Quizá sólo la había querido atrapar con aquel sensual lazo para tener más control sobre ella.

-¿Ya no me deseas? -preguntó ella con dificultad.

-Sí, por supuesto que sí. Siente cuánto...

Y tomándole las nalgas con las manos hizo que sus cuerpos se pegaran de cintura para abajo, lo cual despejó todas las dudas de Lisa.

-¿Entonces por qué? -susurró ella con la garganta seca.

Él dejó caer los brazos y le permitió poner cierta distancia entre ellos.

-Digamos que mala conciencia por la forma en que me he convertido en tu marido.

-¡Conciencia! ¿Tú?

Él hizo un gesto como si aquellas palabras fueran una bofetada. Pero su voz era suave y tranquila cuando dijo, con una rara formalidad:

-Quizá demasiado tardía... Sin embargo, no volveré a intentar mantener relaciones contigo a menos que tú quieras. Está en tu mano, Lisa.

Si al menos le importase un poco..., pensó Lisa con desánimo. Pero al estudiar su sombreada cara sólo vio en ella deseo. Como si le pesase demasiado dejó caer la cabeza y fijó los ojos sin ver en la hebilla de su cinturón.

Sin embargo, ¿por qué no aceptar la oferta? Era su única oportunidad de ser feliz, al menos por un rato. y olvidar la devastadora perspectiva del resto de su vida sin él.

No importaba lo que le hubiese hecho. Ahora sabía que todavía lo amaba y le dolía. Era un dolor dulce y amargo, un puño de hierro que le apretaba el corazón.

Pero el dolor que le había causado lo había compensado con creces con el éxtasis al que la había llevado. Y, en el fondo de su corazón, sabía que él era el único hombre al que había amado y amaría.

Alzó la cara, lo miró a los ojos y dijo con claridad:

-Sí, quiero que seas mi amante.

Él se quedó quieto unos segundos y después, con un murmullo incoherente, la abrazó con todas sus fuerzas.

-Lo siento, cariño. ¿Te he hecho daño? -preguntó al oír una pequeña queja.

-Sí... No... No importa: quiero que me abraces.

Él lo hizo y luego se separó para mirarla a la cara. Lo que vio en ella fue el afrodisiaco más potente jamás creado.

Poco a poco, como un hombre que sabe saborear los placeres, le

quitó las horquillas y sonrió al ver caer aquella cabellera castaña y le bajó los tirantes del camisón, que cayó al suelo con un sedoso rumor. La luz de la luna bañaba sus muslos, sus hombros y la pálida curva de sus pechos.

Era hermosa, pensó él. Delicada como una figura de porcelana y, sin embargo, fuerte y arrojada, con un espíritu inquebrantable.

Las manos de Thorn ocuparon el lugar de la luz de la luna y sus caricias casi le detuvieron el corazón.

Sus bocas se unieron y se formó entre ellos una corriente de excitación tan fuerte que los transportó a ambos. Él la tomó en brazos y la tendió sobre la

alfombra antes de desnudarse con apresurados dedos.

Lisa al verlo allí, desnudo y hermoso como una estatua griega, extendió los brazos para hacerlo tenderse. La boca de Thorn repartió besos por sus párpados, su pelo, sus labios entreabiertos y sus pechos, mientras, conociendo perfectamente sus necesidades, la acariciaba hasta volverla loca.

Cuando por fin cubrió el cuerpo de ella con el suyo no hizo ningún intento por no descargar todo su peso. Sabía instintivamente que ella ansiaba sentirlo.

Hicieron el amor con prisa y furia y el clímax fue casi insoportable.

Más tarde, cuando sus latidos se habían calmado, él se puso en pie y para protegerla de la fría brisa que entraba por la ventana la llevó a la cama.

La abrazó y le hizo apoyar la cabeza en su hombro mientras decía tiernamente:

-Duerme, amor mío.

Amor mío...

Pero ella no era su amor. Era una mujer que lo satisfacía. Aunque él odiase a su hermano. Y cuando se hubiese vengado de éste y ella dejara de agradarle, la abandonaría, ya que no había ningún sentimiento profundo, ningún afecto.

Lisa permaneció tendida escuchando la profunda y regular respiración de Thorn y, mientras su cuerpo era todo júbilo, su corazón lloraba lágrimas de sangre.

## Capítulo 10

LISA y Thorn prolongaron la estancia en la isla varios días y cuando volvieron a Nueva York, en forma y bronceados, hacía un calor sofocante y el menor soplo de brisa, aún con olor a humo de los coches, era un tesoro.

La señora Kirk, con unos pantalones de chándal amarillos y una camiseta roja y verde les recibió con su habitual austero entusiasmo.

-Ya tengo la comida preparada y he hecho sitio en tu dormitorio para las cosas de Lisa. Supongo que lo compartiréis, ¿no? ¿Este no será uno de esos matrimonios modernos en que los dos tienen habitaciones separadas?

-No, le aseguro que no -dijo Thorn con una mirada que hizo sonrojarse a Lisa y desear que estuvieran solos.

Ella asintió con cara de aprobación y ya se alejaba cuando se detuvo para decir:

-Ah, y ha llamado la señorita Guggenheim -pronunció el nombre dejando claro lo que pensaba de ellapara recordar que hace una fiesta el sábado por la noche. Le dejé muy claro que estabais de luna de miel pero insistió en que habías prometido ir. Y el señor Hayward llamó varias veces para preguntar si habíais vuelto.

Al oír el nombre de Mark, la cara de Thorn adoptó un gesto frío. Tras llevar las maletas al dormitorio dijo bruscamente.

-Tan pronto como me haya duchado y cambiado me voy a la oficina. ¿Encontrarás algo que hacer mientras no estoy?

Lisa se quedó helada al oír el tono de su voz y repuso:

-Claro pero, ¿no vas a comer algo antes?

-Pediré que me suban un sandwich si quiero comer.

Diez minutos más tarde añadió escuetamente:

-No sé a que hora volveré, o sea, que no me esperes.

Y tras esto desapareció y ella se quedó sola. Su burbuja de felicidad había explotado como un globo que roza un alfiler.

Mientras habían estado lejos, enterrando en lo más hondo de su mente las dudas sobre el futuro, cada día había sido como un valioso tesoro en que había vivido, amado y reído y lo había dado todo.

Él, como si también se hubiera liberado momentáneamente de sus espíritus malignos, había parecido en ese tiempo incluso más joven y guapo. Había un resplandor en su cara que se podría haber tomado por felicidad.

Habían pasado los días paseando y practicando deportes acuáticos, tomando el sol en la playa y leyendo y las noches haciendo el amor lenta y satisfactoriamente.

Thorn había hecho el desayuno que, hablando y besándose, habían tomado en la cama. A menudo para hacer después el amor.

Él había conocido muchas mujeres de aspecto sexy que habían resultado ser frías y calculadoras y se sintió conquistado por el calor y la pasión que escondía bajo aquel aspecto tranquilo. Y se lo había dicho.

Aunque no se sentían incómodos en silencio habían conversado durante horas, debatiendo sobre cualquier cosa. La mayor parte de las veces estuvieron de acuerdo y, cuando no, habían disfrutado de las batallas retóricas. Lo único de lo que no habían hablado nunca era de Mark y la sombra que pendía sobre su relación.

Habían explorado la zona buscando animalitos y, a pesar de que era muy escrupulosa en sus higiene personal, Lisa no había protestado por tener los pies llenos de barro, o el pelo enredado.

Thorn, acostumbrado a las mujeres aburridas y superficiales que no parecían poder pasar un día sin ir a un salón de belleza, se había deleitado con la personalidad de Lisa, su entusiasta amor por la vida y su completa falta de vanidad. Y una vez más se lo había dicho, dándole así esperanzas de que algún día podrían cambiar las cosas.

Ella no había echado de menos la gente, ni las salidas nocturnas y, aunque habían estado aislados, Lisa se había sentido en el paraíso.

Ahora, de pronto, estaba de nuevo en la tierra y con su regreso a Nueva York y a la vida real, Thorn era de repente un hombre distinto del desenfadado amante que fue en la isla y todas las esperanzas de Lisa se perdieron.

En los días siguientes casi no lo vio, ya que trabajaba de sol a sol. Algo que, a pesar de su natural energía, le daba un aspecto cansado.

Aunque dormían en la misma cama, él no hizo ningún intento de tocarla y la trataba con una cortés frialdad que le rompía el corazón. Tal vez si ella se hubiera acercado a él las cosas hubieran sido distintas pero, aunque deseaba ardientemente estar en sus brazos, su orgullo la impedía pedírselo.

A la primera oportunidad que tuvo llamó al apartamento de Mark y oyó un mensaje que decía que estaba en California en viaje de negocios. Ella dejó en el contestador otro pidiéndole que la llamase en cuanto regresase.

El teléfono no sonó hasta el viernes por la tarde.

-¿Lisa?

-¡Mark! -exclamó ella con alegría-. ¿Cuándo has vuelto?

-Hace diez minutos. ¿Podemos vernos?

-Sí, ¿dónde?

-Supongo que ahora puedes salir, ¿no?

-Sí, sí puedo.

La señora Kirk estaba fuera y Lisa estaba a punto de cenar sola en la cocina.

-Thorn trabaja hasta tarde -añadió-. Tiene que ponerse al día después de las vacaciones.

-¿Cenamos juntos entonces? Toma un taxi y espérame en Fingles en media hora.

-¿Dónde está?

-En Madison esquina con la calle Sesenta y siete.

-Allí estaré.

Lisa llamó a un taxi sin perder un segundo. Para cuando se hubo puesto un elegante vestido negro de cóctel y bajado al vestíbulo del edificio, éste ya la esperaba.

Al llegar a Fingles, un selecto restaurante, Mark ya estaba allí, esperándola bajo el toldo de la entrada.

Se apresuró a recibirla y pagó al taxista antes de acompañarla al interior a través de las puertas de cristal ahumado que un empleado les abrió.

El aire acondicionado mantenía la verde y dorada sala a una temperatura perfecta y había flores, que le daban un toque de color. Estaba bastante llena, con la mayor parte de las mesas ocupadas por una clientela muy bien vestida.

Mark le murmuró unas palabras al jefe de camareros y le pasó discretamente un billete. Un instante después les conducían a un reservado.

Ni Thorn lo hubiera hecho mejor, pensó Lisa mientras miraba la carta.

Tan pronto como estuvieron solos, los torturados ojos castaños de Mark estudiaron su cara.

-¿Estás bien?

-Sí, todo va bien.

-No tienes aspecto de ser muy feliz -observó él astutamente y suspiró-. Ojalá hubiéramos tenido ocasión de conocernos realmente.

-Eso pienso yo. Pero ya tendremos tiempo de ahora en adelante.

-Lo dudo. Thorn me odia y no le gustará que nos veamos -dijo Mark con el puño tan cerrado que los nudillos se le pusieron blancos-. Si se entera de lo de esta noche se pondrá furioso y puede que...

Ella le cubrió la mano con la suya con un gesto tranquilizador.

-No tienes de qué preocuparte.

-Ojalá yo estuviese tan seguro.

-Puedes estarlo.

-Pero sólo se ha casado contigo para... -Mark se detuvo

súbitamente.

-Ya se por qué se ha casado conmigo -repuso ella con calma-. Pero no importa lo que te quiera hacer creer a ti: no va a hacerme ningún daño.

Mark, con la voz insegura, preguntó:

-¿Si sabes por qué se casó contigo por qué no lo dejas?

-Porque lo quiero.

Era la verdad, aunque no toda la verdad.

-Es peligroso enamorarse de un hombre así -contestó Mark sombríamente-, de un hombre duro y cruel...

¿Te ha hablado de Ginny...?

Se quedó callado de pronto al ver que un camarero había aparecido junto a él.

Tan pronto como hubieron pedido y volvieron a estar solos, Lisa dijo despacio:

-Sí, me ha hablado de Ginny.

-Era una chica preciosa, alegre y animada. No llevábamos mucho tiempo casados cuando a Thorn se le metió en la cabeza, por alguna razón, que yo la pegaba...

-¿Lo hiciste?

-¡No, por Dios! Estaba enamorado de ella. Me di cuenta muy pronto de que nuestro matrimonio había sido un error pero jamás, jamás, le hubiera puesto una mano encima.

Su voz tenía una sinceridad inconfundible.

-Pero no conseguí que Thorn me creyese. Una vez

casi me partió la mandíbula porque le vio un cardenal en el brazo. No se por qué, ni qué pasó, pero todo empezó a ir fatal. Nada de lo que hacía la complacía y después de perder el bebé, Thorn la convenció de que me dejara. Me pregunto si él... -se quedó callado.

Tras unos momentos, Lisa dijo con calma:

-No es lo que estás pensando. Él cree que tú la hiciste caer por las escaleras en medio de una discusión.

-¡Dios mío! -exclamó Mark con cara de horror-. Reconozco que aquella noche estábamos discutiendo pero se tropezó ella sola. Carole tiene que saberlo.

-¿Carole?

-Es una amiga de Ginny. Estaban muy unidas, incluso después de casarnos -y añadió con rabia-. Siempre he pensado que fue una mala influencia. Ojalá a Thorn sí le hubiese gustado esa chica, quizá él hubiese podido evitar que se metiera en problemas.

«0 sea, que así es como Carole encaja en la historia», pensó Lisa.

-Que es más de lo que su padre, Sol Guggenheim, pudo hacer -

continuó Mark-. Aunque la cubrió de oro la dejó hacer cuanto le venía en gana.

Lisa, con el corazón latiéndole a cien por hora, volvió al tema fundamental.

-¿Quieres decir que Ginny le debió de contar a Carole lo que ocurrió aquella noche?

-Quiero decir que Carole lo vio: estaba allí. De hecho ella fue la razón de que empezásemos a discutir. Quería que Ginny la acompañase a una de esas fiestas salvajes que tanto le gustaban. Pero Ginny estaba pálida, parecía enferma, y yo no quería que saliese.

En aquel instante les sirvieron la cena. Mientras lo hacían, Lisa trató de aclarar sus ideas. Estaba segura de que Mark decía la verdad. Pero, en ese caso, ¿por qué Ginny le había hecho creer lo peor a su hermano y enfrentado a los dos hombres?

Cuando el camarero se marchó finalmente, Lisa se esforzó por cambiar de conversación para borrar de la cara de su hermano aquella desolación.

-En una de las cartas decías que de pequeña solía sentarme en tus rodillas. Creo que me acuerdo de algunas cosas. ¿Una vez...?

Durante el resto de la cena y el café hablaron sobre su infancia y se pusieron al día el uno al otro en cuanto a sus vidas.

Fue Mark quien al fin se dio cuenta de lo tarde que era. Agitado, se apresuró a salir del restaurante y paró un taxi para ella.

-¿Quieres que vaya contigo? ¿Y si...?

-No creo que esté en casa -dijo ella para calmarlo-. Desde que volvimos vive en la oficina prácticamente. Gracias por la cena. Te llamaré.

Y tras un breve abrazo entró en el taxi.

El ático estaba oscuro y silencioso cuando llegó. Estaba cruzando el salón cuando una figura alta se levantó de una silla y la sobresaltó. Un segundo después se encendieron las luces.

-¿Dónde diablos has estado? -preguntó Thorn.

Su cara era una máscara de furia y no llevaba ni chaqueta ni corbata.

-He salido -se encaró ella con él.

Con los ojos echando chispas, él dijo despectivamente:

-No hace falta que me digas con quién.

-Mark me ha llevado a cenar.

Por un segundo consideró si decirle o no lo que su hermano le había contado. Decidió no hacerlo. Era sólo la palabra de Mark contra la de Ginny. Pero si conseguía que Carole confirmase la versión de Mark...

-No me prohibiste que lo viese -comentó ella vale rosamente al ver la expresión rígida de Thorn.

-¿Y si lo hubiera hecho?

-No estás en casa el tiempo suficiente para hacer de guardián -lo atacó ella-. Las cuatro últimas noches he cenado sola -dijo dejando ver su resentimientoy, teniendo en cuenta el caso que me has hecho, es como si también hubiera dormido sola.

-Eres una pobrecita esposa a la que le falta atención -se burló Thorn-. Pero no tengo intención de que eso siga ocurriendo.

Era evidente lo que quería decir.

Con un solo movimiento la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

-Déjame -dijo ella empezando a forcejear-. Voy a dormir en mi antigua habitación.

-No, cariño -su tono era frío y de rabia-. Te voy a hacer el amor hasta que me supliques piedad y yo esté satisfecho.

-¡Prefiero que me pegues! -exclamó ella.

-Lo dudo.

La arrojó con desprecio en el viejo diván, encendió la luz de la mesilla y comenzó a desabrocharse la camisa.

Ella corrió hacia la puerta pero, antes de llegar, él la detuvo. Luchó y pataleó y, oyendo romperse las costuras del vestido, él la desnudó despiadadamente.

-Te odio -sollozó ella-, te odio.

-Nada nuevo -comentó él mientras terminaba de desnudarla con el brazo libre.

Un momento después, ella estaba extendida en la cama y él sobre ella, controlando sus movimientos.

-Voy a gritar -balbuceó.

-Tendrás que gritar muy alto: la señora Kirk no está. Y ahora, mi dulce guerrera...

Ella tembló convulsivamente cuando él la tocó por primera vez, pero entonces, con una fatalista calma envolviéndola, se quedó tendida y en silencio, pasiva como una muñeca de trapo.

No era su estilo el tenerla a la fuerza. Aquello no le satisfaría el orgullo. Obviamente quería castigarla, torturarla con una mezcla de sensuales sensaciones.

Pero la mente también tenía su papel en el sexo y si su única defensa era la frialdad la usaría.

Thorn detuvo las manos y, como si fuese clarividente, la miró a la cara. Sus ojos color avellana tenían una expresión ausente, como si mirase a través de él.

-No va a funcionar, mi querida esposa. Yo me aseguraré de que tu

mente no se ausenta y colabora para que disfrutes de lo que te voy a hacer.

La mordisqueó el labio inferior y, sonriendo, vio como las pupilas de Lisa se dilataban involuntariamente.

Cuando Lisa despertó y se desperezó, comprobó que estaba sola en la cama y que la luz del día invadía la habitación. Notó una oleada de calor que se transformó en un escalofrío al recordar, humillada, la noche anterior. Sus esfuerzos habían sido inútiles. Él la había usado con una insultante insolencia y había sonreído al ver como se retorcía y se convertía en una esclava indefensa de la pasión, pisoteando su orgullo de mujer.

¡Jamás lo perdonaría!

Se puso una bata y se encaminó a la cocina con la garganta seca para tomar una taza de café.

Allí se encontró con la señora Kirk, que estaba preparando el desayuno. Tenía el gris cabello revuelto y las gafas mal colocadas.

-Parece que a las dos se nos han pegado las sábanas

-comentó con acidez.

-Thorn -Lisa dijo su nombre con dificultad- me comentó que anoche salió usted, o sea que tiene una buena excusa.

-Sí, fui a una proyección de cine en beneficio de los necesitados. Pero tengo tanto que hacer hoy...

El teléfono sonó e interrumpió sus palabras.

Lisa se había servido el café y estaba tomándoselo cuando regresó la dama con una expresión de ira.

-Era esa Guggenheim otra vez, para recordarle a Thorn lo de la fiesta de esta noche. Le he dicho que está en la oficina. Allí no se atreverá a llamarlo.

Cautelosamente, Lisa comentó:

-Era amiga de Ginny, ¿no?

El ama de llaves adoptó un gesto reservado.

-Así es.

Lisa renunció a la cautela.

-Señora Kirk, ¿cómo era realmente Ginny? -y, al ver la reticencia en la cara de la dama, añadió con desesperación-. No es por simple curiosidad. Necesito saberlo. Y usted es la única persona que me puede dar una opinión imparcial.

Se hizo un largo silencio y Lisa ya pensaba que su petición no había encontrado eco cuando la señora Kirk dijo sencillamente:

-De pequeña era preciosa, y encantadora y amable cuando le venía en gana. Pero era una mentirosa incorregible, astuta y engañosa y empeñada en salirse siempre con la suya.

»Hice todo lo que pude, y no se debería hablar mal de los muertos, pero creció y siguió siendo como era. Se metió en muchos líos que tuvo que ocultarle a su hermano.

»Él estaba demasiado ocupado con los negocios como para darse cuenta y ella lo tenía encandilado. Thorn jamás pensó nada malo de ella, pero a mí no me gustaba la forma en que se exhibía...

La señora Kirk se quedó de pronto callada y luego continuó.

-Fue un gran alivio cuando se casó aunque yo lo sentí por el señor Hayward... ¡Pero ya está bien! Probablemente he hablado más de lo debido y no me corresponde...

Un impulsivo abrazo interrumpió las e,Xplicaciones de la señora.

-Gracias por ser tan franca. No repetiré ni una palabra.

-Puede que fuese hora de que alguien lo dijese. Y sólo te he contado la verdad -repuso la mujer encogiendo los huesudos hombros.

Lisa apretó los dientes. De alguna manera debía convencer a Carole aquella noche en la fiesta de que hiciese lo mismo...

Mientras estaba ayudando a la señora Kirk a recoger los platos del desayuno seguía con sus pensamientos puestos en la fiesta. Lisa recordó que tendría lugar en el prestigioso Waldorf-Astoria.

Aunque estaba disgustada y enfadada por el modo en que Thorn la había tratado, un extraño orgullo hacía que odiase la idea que hacerlo quedar mal ante sus amigos.

-Tendría que hacerme algo en el pelo y la cara -dijo pensando en voz alta.

-Abajo hay una peluquería y salón de belleza -sugirió la señora Kirk.

Lisa suspiró.

-Probablemente ya es demasiado tarde para pedir hora. Y, en cualquier caso, yo... Se me ha olvidado pedirle dinero a Thorn.

La señora, que sabía mejor que ella el peso que tenía el apellido Landers, exclamó:

-¡No importa! Les llamaré para pedirte hora y ya mandarán la factura después.

Ya eran las cinco y media cuando Lisa salió del salón de belleza con el aspecto y la sensación de ser una mujer nueva.

El cabello, rizado y aclarado por el sol, se lo habían cortado de un modo que le hacía el cuello más largo y realzaba su bonita estructura ósea. La piel le resplandecía y las uñas tenían un brillo perlado mientras que el profesional maquillaje le remarcaba la boca y los ojos y la convertía en una deslumbrante belleza.

Aunque su propio juicio fue algo más moderado cuando se miró al espejo supo que podría ir a cualquier parte sin que tuviese que

avergonzarse de ella.

Cuando dieron las seis y aún no había rastro de Thorn empezó a ponerse nerviosa. ¿Habría decidido no ir a la fiesta después de todo?

Lo llamó a la oficina y fue él mismo quien contestó con cierta brusquedad:

-Landers al habla.

-Me estaba preguntando a qué hora vas a llegar a casa.

Lisa tuvo la sensación de que le sorprendía oír su voz pero, tras un instante, él preguntó con un frío desprecio:

-¿Estás pensando en volver a escaparte para ver a ese hermano tuyo?

Sabiendo que una discusión estropearía sus planes Lisa no estalló.

-Carole ha llamado antes para recordarte lo de la fiesta de esta noche... ¿Vas a ir, verdad?

-No estoy de humor para fiestas -dijo él, irritado.

-Por favor, Thorn, llévame. He ido a la peluquería y me he arreglado y me encantaría ir -dijo conteniendo la respiración mientras esperaba su respuesta.

-Muy bien, ya que me lo pides así... -y añadió casi para sí mismo-. Tal vez si Carole se enfrenta al hecho de que me he casado me deje por fin en paz.

Lisa se puso en el lugar de la otra chica.

-Tampoco quiero estropearle la fiesta. Está enamorada de ti y...

-¿Aún eres lo suficientemente ingenua como para hablar de amor? Existen el encaprichamiento y el deseo bueno y sincero, pero no el amor... Al menos como tú lo imaginas. Estaré en casa en una hora -añadió secamente para terminar.

Con una mezcla de alivio y nerviosismo escogió el vestido más llamativo que Thorn le había comprado:

uno de Jamé dorado con finísimos tirantes. Era falsamente simple, ciñéndosele a la cintura y cayendo grácilmente sobre sus caderas.

Completó el atavío con unas sandalias a juego, un chal y un bolso del mismo material. No llevaba ninguna joya excepto el colgante de Thorn y el anillo. Una vez lista esperó muriéndose de impaciencia.

A la siete y media, al ver que no había llegado, estaba ya desanimada y segura de que habría cambiado de opinión. Entonces escuchó con alivio que la puerta se abría.

Iba a pasar de largo sin mirarla apenas cuando se paró de golpe y preguntó:

-¿Qué te has hecho?

Su ataque fue tan salvaje, tan inesperado que los ojos se le llenaron de lágrimas.

-No quería... No quería hacerte quedar mal.

-Por favor, no llores -dijo añadiendo cansadamente-. Es simplemente que me gustas más con el pelo largo y estoy hastiado de las muñecas de plástico que crean en los salones de belleza.

Con un breve suspiro se giró sobre los talones y entró en el dormitorio diciendo al tiempo:

-Estaré contigo en quince minutos.

Para cuando volvió, Lisa ya había recuperado el control, aunque por dentro la devoraban el desánimo y la decepción y los nervios ante lo que se disponía a intentar.

Llegaron al Waldorf cuando la fiesta estaba en todo su apogeo y las risas y el rumor de las conversaciones flotaban en el aire junto con la música de baile. Y el champán corría como las cataratas del Niágara.

Era una sofisticada fiesta en la que estaba presente lo mejor de Nueva York. Mientras se abrían paso para ir a saludar a la anfitriona, varios de los hombres más poderosos de Wall Street saludaron a Thorn con respeto. Sonriendo y haciendo el papel de buen marido les presentó a Lisa y aceptó sus felicitaciones.

Carole se acercó acompañada de un hombre robusto y de baja estatura con los labios regordetes. Llevaba un vestido escarlata oscuro que realzaba su morena belleza.

-Thorn,, cariño, me alegro de verte -dijo con una sonrisa radiante.

Pareció estar a punto de besarlo y, de pronto, él le tomó la mano con cortesía y se la llevó a los labios.

-¿Ya conoces a Lisa, no?

-Sí, claro --y comentó con una evidente falta de entusiasmo-. Gracias por venir.

Los dos hombres se dieron la mano y entonces Thorn se giró hacia Lisa:

-Cariño, te presento a Sol Guggenheim, el padre de Carole... Sol, esta es Lisa, mi mujer.

Él estudió su cara mientras le estrechaba la mano.

-No sabía que estuvieras casado... Y con una chica tan guapa -le comentó a Thorn.

-Ha sido un romance sorpresa y lo hemos mantenido en secreto por la prensa.

En aquel instante apareció Paul, el joven rubio que ya les había presentado Carole en una ocasión. Se saludaron al reconocerse y luego éste se llevó a Carole a bailar como si no percibiese su reluctancia.

-¿Qué te parece? --le preguntó Sol a Thorn.

-Un joven agradable y muy decidido -contestó Thorn.

-Puede que se convierta en mi yerno -asintió Sol lentamente-. Creo

que quiere a Carole y sabe cómo llevarla... Ah, ahí está Manny... Bueno, os dejo para que disfrutéis de la fiesta.

Cuando les dejó solos, Thorn inclinó la cabeza y dijo:

-¿Te apetece bailar, cariño?

Y esta vez fue Lisa la que se vio conducida a la pista de baile.

Normalmente le encantaba bailar con él pero aquella noche, con tanto rencor entre los dos y la mente fija en otros asuntos, Lisa no conseguía relajarse y sintió un gran alivio cuando él sugirió mezclarse con los demás invitados.

Dos horas y varias copas de champán más tarde, Lisa no había avanzado nada hacia su objetivo. Thom no la había abandonado ni un instante y, debido a la rabia o a la influencia de Paul, Carole ni se les había acercado.

Cuando todo el mundo empezó a desplazarse hacia el buffet ellos tomaron asiento en un rincón tranquilo.

-¿Tienes hambre? -preguntó él.

-Muchísima -mintió Lisa.

-Voy a ver que encuentro por ahí.

Tan pronto como se marchó, Lisa empezó a observar a la multitud en busca del vestido escarlata de Carole. Si pudiera encontrarla y hablar con ella a solas un minuto...

Entonces, como por ensalmo, la alta chica apareció a su lado. Se tambaleaba un poco y el vaso que llevaba se inclinaba peligrosamente. Se sentó en el sofá azul al lado de Lisa y le dijo:

-Felicítame. Paul y yo acabamos de comprometernos.

-Espero que seas muy feliz -dijo Lisa con sinceridad-. Paul parece un chico estupendo.

-Lo es -dijo Carole con amargura-. Pero tú te has llevado al único hombre que me ha importado de verdad. Lo intenté con todas mis fuerzas... Y no fui la única. Pero cuando se trata de mujeres es un cerdo arrogante y cruel.

¡Como si yo no lo supiera!, pensó Lisa.

-¿Cómo has conseguido que se enamore de ti? -le preguntó Carole con la lengua vacilante-. Me gustaría saber cual es el secreto...

-¡Pero si no está enamorado de mí! -dijo Lisa decidiendo por instinto contar la verdad-. Sólo se ha casado ',

conmigo para vengarse de Mark... .

Carole frunció el ceño y la observó intentando centrar la mirada.

-¿Mark?

-Yo soy la hermana de Mark Hayward.

-No sabía que tuviese una hermana. ¿Y qué?

-Thorn piensa que Mark maltrató a Ginny y...

-¡Qué gracioso! -exclamó Carole tras apurar el vaso y dejarlo caer de su mano-. Eso demuestra lo ciegos y tontos que pueden ser hasta los hombres más inteligentes. Ginny tenía a Mark en sus manos. Él estaba loco por ella y a ella no le importaba nada él... Jamás lo quiso.

-Pero iba a tener un hijo suyo.

-No era de Mark, sino de Rick Merryl. Rick era aún más joven que Ginny pero un completo salvaje, siempre tuvo problemas con la policía. Él fue quien la introdujo en las drogas...

Lisa repitió, como en trance:

-El niño no era de Mark...

-Claro que no. Ya estaba embarazada cuando se acostó con él. Esa fue una de las razones de que se casase con Mark: tenía miedo de que Thom descubriese de quién era realmente el niño. Se hubiera puesto furioso y...

Lisa temió que Thom regresase antes de que le diese tiempo a sacarle a Carole la verdad y la interrumpió para preguntar:

-¿Estabas allí la noche que se cayó por las escaleras y perdió el niño?

-Sí, había ido para llevarla a una fiesta. Pensé que necesitaba animarse un poco. Él no quería dejarla ir y discutieron.

-Pero Mark dice que él no estaba siquiera cerca de ella cuando tropezó y cayó por accidente.

-No fue un accidente y no se tropezó...

Todas las esperanzas de Lisa comenzaron a esfumarse y casi no oyó las siguientes palabras de Carole, absorta en su desolación. Cuando al fin las asimiló susurró apresuradamente:

-Repíteme eso.

-He dicho que Ginny lo hizo a propósito.

-¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

-Para ocultar que esa misma tarde se había deshecho del niño en una clínica ilegal...

Al ver la horrorizada expresión de Lisa la otra chica murmuró:

-Le dije que era tonta. Quiso librarse del niño desde el primer momento pero le daba miedo y además pensaba que si iba a una buena clínica, Thorn acabaría por enterarse.

»Y eso no lo hubiera soportado. Lo que más le importaba en el mundo era la opinión de Thorn, que pensase bien de ella, que la quisiese. Y no sólo como un hermano..,

»Esa fue otra razón para casarse con Mark: para poner celoso a Thorn. Pero al ver que no funcionaba se desesperó aún más. Quería estar con Thorn pero no quería volver con el hijo de otro hombre en las entrañas.

»Todo lo que hizo fue a causa de él. Quería que la viese como una mujer, que la desease. Ya sabes que no eran hermanos de sangre y Ginny llevaba años loca por él. Pero él siempre la trató como una niña y eso la desesperaba...

-Dios, creo que me voy a desmayar... -musitó Lisa poniéndose en pie.

Un fuerte brazo la sujetó y la llevó hacia el guardarropa. Thorn llamó a una de las encargadas y dijo con prisa:

-¿Podría ocuparse de mi esposa? No se siente bien.

Alegrándose de no haber comido nada, Lisa se bebió a sorbos un vaso de agua y gradualmente las náuseas desaparecieron y le sonrió débilmente a la anciana que la cuidaba con tal atención.

-Ya me siento mejor, gracias. Creo que voy a volver -dijo al fin.

Thorn la esperaba junto a la puerta con la cara pálida y los ojos como hundidos. Ya había recogido el bolso y el chal de ella y, sin una palabra, la instó a entrar en un taxi que ya les esperaba.

Estuvieron en silencio todo el camino hasta el apartamento y él no abrió la boca hasta que se hallaron sentados en el salón.

-¿Te apetece un coñac?

Ella negó con la cabeza.

Él se sirvió una copa y la apuró de un trago.

-Pareces un fantasma -la dijo en un tono arisco-. Te sugiero que te vayas a la cama.

Ella volvió a mover la cabeza.

-Tenemos que hablar -dijo con la voz débil y temblorosa.

-Ya hablaremos más tarde. Ahora hay algo que debo hacer. Vete a descansar, Lisa.

Salió de la habitación y Lisa oyó abrirse y cerrarse la puerta principal.

Curiosamente embotada, sin sentir ni pensar, se quedó donde estaba, como hipnotizada. Pasaron los minutos y las horas.

Debió de quedarse dormida porque al abrir los cansados ojos se encontró a Thom ante ella, agotado y pálido.

Lisa, aterida, vio como la aurora comenzaba a entrar por la ventana.

-Voy a hacer café -dijo _,l roncamente.

Pero cuando ella trató de levantarse, se lo impidió.

-Lo haré yo.

Regresó pronto y, tras pasarle a ella una humeante taza, se sentó enfrente.

Fue Lisa quien rompió el silencio.

-¿Cuánto te dio tiempo a oír?

-Casi todo. Vi a Carole acercarse y sentarse a tu lado. Como era obvio que estaba bastante borracha sospeché que habría problemas y volví.

-¿Creíste lo que me contó?

-No quería creerlo. Cuando te dejé aquí fui a la clínica. No fue fácil encontrar a alguien a esas horas que accediese a comprobar los historiales médicos. Ginny e le rompió la voz al pronunciar su nombreno perdió el niño al caer por las escaleras. Ya no estaba embarazada cuando la internaron. Me siento tan culpable... Debería haberme dado cuenta de que algo iba mal. Tendría que haberla ayudado.

0 sea que aún pensaba sólo en Ginny.

Lisa le preguntó entonces con frialdad:

-¿Y qué hay de Mark? ¿No te sientes culpable por juzgarlo mal? ¿Por todas esas cosas horribles que has dicho y hecho?

Con un gesto desolado, Thorn dijo:

-Al salir del hospital he ido a verlo. No es que le haya entusiasmado que le despierten a las tres y media de la madrugada para hablar pero, tras calmarse lo suficiente para escucharme, hemos tenido una conversación de hombre a hombre. Le he dicho que estoy dispuesto a compensarlo en lo posible y, en lo que respecta a sí mismo, se ha mostrado muy poco rencoroso. Eres tú quien le preocupa. Y a mí.

--Muy amable por tu parte.

-Si quieres dejarme...

Ella rió ásperamente.

--¡Si quiero dejarte...!

Thorn apretó la mandíbula.

-Te daré una casa, un coche, una suma de dinero, una pensión mensual, lo que q...

-No quiero ni la casa, ni el coche, ni tu dinero -lo interrumpió ella en un tono glacial-. Todo lo que quiero es irme con Mark.

Se puso en pie con dificultad.

Él la agarró del brazo y dijo apresuradamente:

-Espera a haber descansado un poco, hasta que hayas tenido tiempo de pensarlo...

-No tengo nada que pensar -repuso ella liberándose de él y caminando hacia la puerta.

Estaba a medio camino cuando su voz, grave y con la emoción contenida, la detuvo.

-Lisa, no te vayas.

Era una frase simple pero él no era de los que suplican.

Con la cabeza muy alta, Lisa cerró la puerta tras de sí y tomó el ascensor para bajar. El golpeteo de los altos tacones resonó en el desolado vestíbulo cuando lo cruzó para salir a la calle.

Parada en medio de la acera con aquel precioso vestido de Jamé dorado miró hacia uno y otro lado de la Quinta Avenida. Dentro de nada la calle despertaría y volvería a su ruidosa vida pero ahora, al amanecer, estaba curiosamente tranquila y vacía.

Entonces reparó en un taxi que, una manzana más abajo, paraba para dejar en casa a alguien que volvía de una fiesta. En cuestión de minutos estaría con Mark.

Pero, ¿de verdad era eso lo que quería? Había pensado en Mark y ella como las víctimas inocentes, pero Thorn también era inocente. Todo lo que había hecho era creer las mentiras que una chica desequilibrada le había contado.

Cuando volvió a entrar en el edificio, el guardia de seguridad, que había aparecido en el vestíbulo, la echó una sorprendida mirada y luego, al reconocerla, la saludó cortésmente:

-Buenos días, señora Landers.

-Buenos días -contestó ella con una radiante y serena sonrisa.

Entró silenciosamente en el apartamento y se encontró a Thorn sentado donde lo dejó, con la cabeza hundida entre las manos.

Debió de hacer algún ruido, porque él alzó la vista. Lisa advirtió en su cansado rostro tal tristeza, tal desolación, que ella misma hizo un gesto de dolor.

Thorn disimuló inmediatamente. Se puso en pie y le preguntó con naturalidad:

-¿Se te ha olvidado algo?

-Sí.

Él alzó las cejas como interrogándola.

-Se me olvidaba cuánto te quiero -dijo ella simplemente-. Y no hablo de deseo, sino de amor... De ese en el que no crees.

Un segundo después él había recorrido el espacio que les separaba y la tenía aprisionada contra sí. Con la boca contra el pelo de ella musitó:

-Cuando me di cuenta de lo estúpido que había sido, de cómo había dejado que Ginny me enredase y estuviese a punto de arruinar todas nuestras vidas, mi única esperanza era que lo que sentías por mi fuese algo más que pasión. Sólo así había una posibilüad de que me perdonases. Pero hasta que he creído que te había perdido no he admitido ante mí mismo que lo que yo sentía era mucho más que deseo. Si el amor significa preocuparse y cuidar a alguien, sentir ternura y afecto, y un compromiso sólido y duradero, entonces... te

quiero.

Ella se apartó un poco y, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, bromeó:

-No sé si creérmelo todavía. Vámonos a la cama y repítemelo hasta que lo consigas.

-¿Sólo quieres que te lo diga? ¿No te lo puedo demostrar?

Ella lo tomó de la mano y lo condujo hacia el dormitorio.

-Sí, por favor.

**Lee Wilkinson - Amor despiadado (Harlequín by Mariquiña)**